

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

**LA CONDESA BATHORY: UN REPORTAJE
HISTORICO-NOVELADO SOBRE EL PODER Y LA
JUSTICIA EN LA EDAD MEDIA TARDIA EN
HUNGRIA**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACION
P R E S E N T A:
GLORIA BAUTISTA GUERRERO

ASESORES: JOSE ANTONIO GONZALES ARRIAGA
LUZ ELENA PEREYRA RODRIGUEZ

2005



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
El reportaje, el periodismo literario y la novela histórica	
PRIMERA PARTE	12
La esposa de Ferencz Nádasdy	
SEGUNDA PARTE	54
La alimaña de Csejthe	

INTRODUCCIÓN

El reportaje, el periodismo literario y la novela histórica

La palabra “novela” usualmente nos remite a la idea de “ficción”, a una historia inventada con personajes imaginarios y, por lo tanto, totalmente ajena al campo del periodismo; pero no es así. Aunque la novela es un género literario tiene muchos puntos de contacto con el periodismo, el primero es el medio de expresión: el lenguaje escrito.

En el siglo XVII se llamaba literatura a todo aquello que fuera escrito, se tratara de un ensayo, un tratado de ciencias, una novela o una gaceta. Fue hasta el surgimiento del positivismo que, con el afán de definir con precisión cada género, y con la profesionalización del periodismo¹, que la novela fue limitada al ámbito de la ficción.

Durante el proceso de profesionalización e industrialización del periodismo en el siglo XIX, existían dos tendencias: en Estados Unidos y Europa diarios como *The Times* y *New York Herald* buscaban ganar la confianza de los lectores a través de la veracidad de las noticias que publicaban. En cambio, en México el periodismo era una plataforma para el debate ideológico y político en diarios como *El pensador mexicano*, *El correo de la federación*, *El correo del sur* y *El boletín clandestino*. La coexistencia de ambas tendencias se explica por las ideas liberales y los acontecimientos políticos que convulsionaban al mundo².

¹ Hablamos de profesionalización porque en el siglo XIX surgieron las dos primeras agencias de noticias Havas en 1835 y Reuters en 1851, y los tirajes de diarios como “The Times” se duplican debido a la demanda de noticias. Además, surge la venta de publicidad. Fuente: www.udem.edu.mx/agencia/historia/personajes/

² A inicios del siglo XIX en México ya corrían las ideas independentistas del puño de periodistas como Joaquín Fernández de Lizardi, y posteriormente la lucha entre liberales y conservadores por definir el rumbo de la naciente República Mexicana, tuvo como foro la prensa escrita de la época. En Europa se libraban las guerras en contra de las monarquías absolutas y las guerras nacionalistas que originaron el nuevo mapa político de ese continente. En estados Unidos se libraba la guerra de secesión.

En el mismo siglo, la novela naturalista de Emile Zola, la novela histórica de Gustave Flaubert, la novela realista de Charles Dickens y la novela costumbrista de Joaquín Fernández de Lizardi, buscaban un rigor metodológico que les permitiera acercarse a la realidad y retratarla lo más fielmente posible, convergiendo así con el periodismo y su preocupación por apegarse a los hechos. Es quizás este tipo de novela la que mayor relación guarda con uno de los géneros más ricos y versátiles del periodismo: el reportaje. Ambos géneros comparten herramientas literarias como la narración, la descripción y el diálogo, técnicas cuya utilización se incrementó a partir de la explosión de lo que Tom Wolfe denomina “El nuevo periodismo”³. De hecho, en el ensayo del mismo nombre, el autor señala que los periodistas de este “género”⁴ aprendieron a darle vida y fuerza al texto periodístico a partir de la novela realista del siglo XIX:

A base de tanteo, de “instinto” más que de teoría, los periodistas comenzaron a descubrir los procedimientos que conferían a la novela realista su fuerza única, variadamente conocida como “inmediatez”, como “realidad concreta”, como “comunicación emotiva”, así como su capacidad para “apasionar” o “absorber”.⁵

“El nuevo periodismo” o “Periodismo literario” como lo llamaremos de ahora en adelante, dio un giro al periodismo de los años sesenta— cada vez más alejado de sus orígenes literarios y preocupado por apegarse a los “hechos” como manera de garantizar el dogma positivista de la objetividad— reivindicando la utilización de técnicas propias de la novela y más aún, la función del periodista como observador de la realidad y por lo tanto como “narrador”.

El reconocimiento del periodista como “sujeto” participativo en el proceso periodístico marcó una nueva tendencia y una pauta fundamental para una postura alternativa dentro del quehacer periodístico, la cual reconoce la labor

³ “El nuevo periodismo” de Tom Wolfe es presumiblemente el primer ensayo que intenta sistematizar las características de la utilización de técnicas literarias en el periodismo.

⁴ El entrecomillado se debe a que tal denominación es realmente arbitraria, pues hasta el momento sólo se han escrito ensayos sobre el Periodismo Literario como el citado de Wolfe y el de Sebastián Bernal y Lluís Alberto Chillón intitulado “El Periodismo de Creación”; sin embargo no existe una teoría periodística que permita clasificarlo.

⁵ Tome Wolfe, *El nuevo periodismo*. p 50.

del periodista y su poder creativo. Para apoyar esta postura cito a Gabriel García Márquez:

A una universidad Colombiana se le preguntó cuáles son las pruebas de aptitud y vocación que se hacen a quienes desean estudiar periodismo, y la respuesta fue terminante: “Los periodistas no son artistas”. Estas reflexiones, por el contrario, se fundan precisamente en la certidumbre de que el periodismo es un género literario.⁶

Antes de los años sesenta e incluso hasta nuestros días, el periodismo se ha esforzado por demostrar la objetividad a ultranza como condición esencial de su labor, a tal grado que el periodista se volvió anónimo y el lenguaje escueto, frío, distante, pretendiendo convertirlo en un espejo de la realidad cuando, en tanto actividad humana, es imposible negar la participación de los sujetos en la misma realidad sobre la que están informando. El Periodismo literario por el contrario, desvela el tabú en torno al periodista y lo reivindica en su papel de testigo, de generador de la información, de “narrador”. Sebastián Bernal y Lluís Alberto Chillón, estudiosos de esta nueva tendencia que conjuga “literatura y periodismo” y a la que llaman “Periodismo de creación” reconocen su validez cuando afirman:

(...) la explicitación (...) de la subjetividad del informador, la ruptura de la compartimentación tradicional en géneros estancos, el uso de múltiples técnicas narrativas y la renuncia a las estructuras rígidas y estereotipadas propias del periodismo convencional(...), son vehículos expresivos de una manera diferente de acercarse a la realidad y de informar acerca de ella.⁷

Partiendo de estas premisas, de que el periodismo es también un género literario, y de que la utilización de técnicas narrativas es un vehículo alternativo para informar, fue que surgió el presente trabajo, un reportaje histórico novelado sobre la Condesa Báthory, en el cual se emplearon no sólo técnicas literarias, sino también técnicas periodísticas, sobre todo en lo referente a la investigación, que por ser histórica, fue básicamente documental.

⁶ Texto leído en la Asamblea General de la Sociedad Interamericana de Prensa, el 7 de Octubre de 1996. p. 1

⁷ Sebastián Bernal y Lluís A. Chillón. *El Periodismo de creación*. p. 84

Por la metodología con que se elaboró este proyecto puede considerarse un reportaje, aunque la exposición se realice con un lenguaje literario, buscando recrear la atmósfera de la época y, como dice Wolfe, pretendiendo establecer con el lector una comunicación emotiva. Desde esta perspectiva, este reportaje puede considerarse también dentro del Periodismo literario.

En cuanto a las características formales del Periodismo literario que Tom Wolfe menciona en su ensayo *El nuevo periodismo*, se hace a continuación una síntesis y se establece una comparación con el presente reportaje sobre La Condesa Báthory:

- 1) Construcción escena por escena: consiste en contar la historia saltando de un hecho a otro, recurriendo lo menos posible a la mera narración histórica.

La narración en el reportaje es más o menos cronológica, sin embargo la secuencia temporal se rompe como medio para enfatizar algunos acontecimientos y presentarlos desde la perspectiva del personaje histórico, Erzsébet Báthory.

- 2) Registrar el diálogo en su totalidad: Tom Wolfe afirma que el diálogo realista capta al lector de forma más completa que cualquier otro procedimiento individual.

Aunque en el caso de la Condesa Báthory el único registro que existe son los documentos del juicio realizado en contra de sus cómplices, se buscó recrear los diálogos de la manera más natural posible, con base en los acontecimientos históricos que sí estaban documentados. Por la misma razón es que los diálogos en este reportaje son escasos.

- 3) Punto de vista en tercera persona: Aunque Wolfe mencionó sólo una voz narrativa es posible emplear cualquiera, ya sea en primera o en tercera persona, la narración del relato depende de lo que más convenga para darle fuerza y verosimilitud.

En este reportaje se eligió la voz de la misma Condesa Báthory, es decir la primera persona o narrador protagónico como se conoce en la teoría literaria. Parafraseando las palabras de Wolfe, la voz narrativa consiste en presentar el relato a través de los ojos de un personaje

particular, para experimentar la realidad emotiva de la escena, tal como él (el personaje) la estaba experimentando.

4) La descripción minuciosa de los gestos cotidianos, hábitos, costumbres, modales y toda clase de detalles de la vida diaria sobre el comportamiento del personaje, destinados a dar realce y realismo a la descripción.⁸

En este sentido se documentó acerca de la vestimenta y las costumbres de la época, los alimentos, la flora, la fauna; para dar fuerza a la atmósfera y por tanto dotar de veracidad al relato, puesto que los detalles más ínfimos son imposibles de comprobar. Los nombres de poetas y alquimistas son verídicos, hombres de la época conocidos en la corte de Rodolfo II y por tanto, presumiblemente en relación con la Condesa Báthory por su estrecha relación con el Emperador.

Este reportaje sobre la Condesa Báthory es un ejercicio de investigación en varios sentidos. Por un lado está la investigación documental que sustenta el reportaje. Por otro, es una investigación acerca de posibilidades alternativas de expresión dentro del periodismo, es decir, el reportaje pudo limitarse a enunciar los acontecimientos históricos que rodean al personaje elegido: un complicado panorama político y militar, donde se encuentra la amenaza constante de una invasión turca, al mismo tiempo que se desarrollan las luchas políticas en el imperio de los Habsburgo, un imperio tan dividido en intereses y territorios que hacía casi imposible gobernar, sobretodo porque la clase política estaba más ocupada en mantenerse que en gobernar dignamente a sus súbditos, de ahí las injusticias y el poder desmesurado de los nobles. Pero el contexto era tan complicado, incluso cuando sólo se intentara exponer la vida de un personaje, la Condesa Sangrienta, que se inició la exploración de recursos literarios para facilitar su lectura e involucrar al lector. Así inició una segunda investigación sobre El periodismo literario.

Aunque mucho se habla de él, el material es escaso, se encontraron apenas tres ensayos sobre el tema: *El nuevo periodismo* de Tom Wolfe, *Periodismo Literario* de Alejandro Iñigo y *Periodismo informativo de creación* de

⁸ Tom Wolfe. *El nuevo periodismo*. p. 50 - 52

Sebastià Bernal y Lluís Alberto Chillón. Los tres ensayos coinciden en las características formales de este género y señalan dos aspectos importantes: que surgió con gran fuerza cuando la industria periodística convirtió la labor de informar en una actividad impersonal, defensora de una objetividad endeble desde la base misma en que pretendía cimentarse, arguyendo que la información es objetiva pues se limita a lo proporcionado por las fuentes—siendo ya de suyo, subjetiva—; y sobretodo, que el Periodismo literario es una manera alternativa de informar. Además, los ensayos mencionados señalan los orígenes del Periodismo literario en la novela naturalista del siglo XIX. De ahí que nos atrevamos a afirmar que el empleo del lenguaje literario dentro del periodismo no es más que un regreso a sus raíces: la lengua escrita sin limitaciones, sustentado en la realidad, pero con un enfoque mucho más humanista.

No obstante, el Periodismo literario no es la única fuente de este reportaje. El reportaje histórico guarda relación con otro género literario que en la actualidad ha recobrado su auge en las plumas de autores como Arturo Pérez Reverte, Kate O'Brien y Maurice Druon: la novela histórica.

Según estudiosos como Amado Alonso y Georg Lukács⁹, la novela histórica surgió en el siglo XIX con *Ivanhoe* de Walter Scott. Ambos señalan que los antecedentes de la novela histórica se hallan en el prerromanticismo europeo, para ser precisos, en la novela gótica del siglo XVIII, cuya mayor expresión es *The Castle of Otranto* de Horace Walpole. En la novela gótica el retorno a los temas de la edad media y la descripción de atmósferas sentaron el precedente tanto del romanticismo alemán como de lo que más tarde sería la novela histórica.

A pesar de que la *Iliada* narraba ya un hecho histórico acaecido cinco siglos antes, y otras epopeyas de la antigüedad —como *El gilgamesh* o *El Mahabarata*— relataban también acontecimientos históricos, así como permaneció la tradición oral de transmitir los grandes batallas o acontecimientos políticos hasta la edad media, dichas narraciones no pueden ser consideradas novelas históricas pues no existía una intención explícita, ni un método para registrar fielmente los hechos. El nacimiento de la novela histórica es señalado

⁹ Amado Alonso, *Ensayo sobre la novela histórica* y Georg Lukács, *La novela histórica*.

hasta el siglo XIX porque es entonces cuando surge el objetivo explícito de reconstruir el pasado con fines literarios, es decir, artísticos.

En *Salammbô*, Flaubert manifestó ya una abierta preocupación por encontrar un método que permitiera apegarse lo más fielmente posible a la realidad histórica que pretendía novelarse, de hecho fue tan minucioso en la construcción de la época, que *Salammbô* es considerada una novela “arqueológica”, denominación que algunos autores como Amado Alonso reconocen como un subgénero de la novela histórica.

En el rigor metodológico hay un importante punto de contacto entre la novela histórica de Flaubert y la novela naturalista de Zola, la diferencia radicaba únicamente en que uno buscaba retratar el pasado y el otro el presente.

Las ideas de la ilustración impregnaban todos los ámbitos de la vida en el siglo XIX, el político, el social y el artístico. Ya mencionamos el periodismo ideológico de ese siglo y su compromiso con las reformas políticas que se estaban gestando. Pero hay que añadir también la repercusión de las ideas ilustradas en el desarrollo de la novela, no sólo en los autores mencionados, sino también en otros como Víctor Hugo, Tolstói y Balzac. Las ideas liberales, la denuncia social y el sentimiento nacionalista, fueron denominadores comunes del periodismo y la novela histórica, lo cual prueba una vez más la estrecha relación entre ambos géneros.

De hecho, periodistas como Ryszard Kapuscinski hacen hincapié en la labor periodística y su relación con la historia, pues en el quehacer cotidiano, en la información que día a día se entrega a la sociedad, se va tejiendo la historia. La inmediatez de la noticia es el testimonio de una realidad en constante movimiento, y por lo tanto, el periodismo es un registro diario de ese movimiento que eventualmente nos ayudará a comprender los procesos que han generado nuestra realidad actual, el periodismo se habrá convertido en historia.

El reportaje, que como ya mencionamos es uno de los géneros más completos del periodismo, está estrechamente vinculado con el devenir histórico, es una fuente para el historiador pues no sólo expone la noticia actual, sino que busca una explicación, hace una exposición profunda e interpretativa de la realidad que analiza y nos otorga herramientas para

comprender mejor los procesos históricos. Además, el reportaje admite explícitamente la participación del periodista. Kapuscinski define la relación entre historia y periodismo de la siguiente manera:

(...) ser historiador es mi trabajo(...) estudiar la historia en el momento mismo de su desarrollo, lo que es el periodismo(...) Todo periodista es un historiador. Lo que él hace es investigar, explorar, describir la historia en su desarrollo. Tener una sabiduría y una intuición de historiador es una cualidad fundamental para todo periodista.¹⁰

El periodismo es también una fuente para la novela histórica, de hecho, por su naturaleza es una fuente viva, llena de detalles que dan veracidad y emotividad a la novela. Si consideramos las características del Periodismo literario que Wolfe enunció, descubriremos que la fuerza vital del periodismo nace precisamente del empleo del lenguaje con todas sus posibilidades, como reflejo de los personajes que protagonizan la realidad y no sólo como un mero vehículo de comunicación impersonal.

Ahora bien, puede decirse que el periodismo literario no es un referente fiel de la realidad en tanto la participación del periodista es tan evidente, pero la objetividad positivista tampoco es un referente fiel, sobre todo porque falsea el hecho mismo de que la información es recabada, clasificada y presentada de acuerdo a criterios institucionales y del mismo periodista que la recabó.

En torno a este debate, en la actualidad existen dos posturas opuestas, la primera surgió con el positivismo y la profesionalización del periodismo en el siglo XIX, y defiende a ultranza la objetividad como premisa necesaria para garantizar la veracidad de la actividad periodística. La segunda es una voz cada vez más fuerte de connotados periodistas como Tomás Eloy Martínez y Gabriel García Márquez, y estudiosos como Alejandro Íñigo y Sebastián Bernal y Lluís Chillón.

La nueva tendencia busca que se reconozca abiertamente la esencia subjetiva del periodismo en tanto es realizado por sujetos, y que en lugar de negarse, se validen las aportaciones del informador al proceso comunicativo.

¹⁰ Ryszard Kapuscinski citado por Juan Miguel Reyes en "Ryszard Kapuscinski, el periodismo como conocimiento y divulgación de la historia"
www.tuobra.unam.mx/publicadas/030704231912.html

Si bien el primer diario del mundo nace en 1631 en Francia (*La Gazette*), es hasta el siglo XIX cuando comienza a generarse una industria del periodismo con el nacimiento de las primeras agencias noticiosas Havas (1835) y Reuters (1851); y con el envío de corresponsales al resto del mundo. Estas nuevas empresas pudieron satisfacer la demanda de noticias actuales gracias al telégrafo que brindó la oportunidad de entregarlas de manera rápida, casi en el momento mismo en que estaban sucediendo, con lo que surgió la primera característica del periodismo contemporáneo: la inmediatez.

En un siglo convulsionado por movimientos políticos e ideológicos tanto en Europa como en América, la exigencia de noticias aumentó rápidamente, dando origen también a grandes diarios como *The Times* en Londres y el *New York Herald*, surgiendo así una segunda característica, la del periodismo manejado por grandes instituciones con tendencias e intereses bien definidos, y por último: la venta de publicidad; la tercera característica del periodismo contemporáneo y que también tiene influencia sobre los contenidos. Por lo tanto, es en este siglo cuando la prensa escrita se convierte en una industria, y cuando la preocupación por la veracidad de las noticias se convierte en el medio para ganar la confianza de los lectores e incrementar la circulación. Ya a principios del siglo XIX se hacían tirajes de hasta 10 mil ejemplares¹¹.

Al mismo tiempo que se da esta nueva tendencia del periodismo hacia la profesionalización con tintes mayormente informativos, tenemos la difusión de un nuevo pensamiento filosófico, el positivismo; que reforzó esta tendencia y convirtió a la “objetividad” en la condición esencial de la verdad. No obstante, con el periodismo informativo coexistió la prensa de contenidos ideológicos, que propagaba las ideas revolucionarias de la época. Así en México, al inicio de la guerra de independencia, se publicaron diarios como *El Juguetillo*, donde escribía Carlos María Bustamante artículos liberales, aprovechando la Libertad de Prensa que había declarado la Constitución de Cádiz y que marcaría la línea de la prensa mexicana durante el siglo XIX y principios del XX, una prensa crítica, altamente política y liberal, que buscaba propagar las nuevas ideas democráticas e incidir en la construcción política de México. Como

¹¹ *The Times* duplicó su tiraje de cinco a diez mil ejemplares entre 1815 y 1821. Fuente: www.udem.edu.mx/agencia/historia/personajes/

ejemplo de este periodo tenemos los diarios: *El pensador mexicano*, *El correo de la federación*, *El correo del sur*, *El boletín clandestino*, *El demócrata* y *Regeneración*, de los hermanos Magón. Los periodistas mexicanos de estos siglos se caracterizaron por su fuerte compromiso social y su participación en la lucha político-ideológica del país. Entre ellos destacan Joaquín Fernández de Lizardi, Carlos María Bustamante, Francisco Zarco y Ricardo Flores Magón. El compromiso social y la difusión de las ideas liberales son características que, reiteramos, el periodismo comparte con la novela naturalista del momento.

Sin embargo, a medida que la modernidad avanzaba y se adoptaban las ideas positivistas, la objetividad se convirtió en el dogma de todas las ciencias, y por supuesto del periodismo. El periodismo ideológico se hizo a un lado para dar lugar al periodismo informativo, que esgrimía como divisa fundamental el apego a los hechos. La doctora Lourdes Romero en su ensayo “El futuro del periodismo en el mundo globalizado” señala tres etapas del periodismo contemporáneo:

A partir de 1850 y hasta la actualidad, pueden observarse tres etapas bien definidas en el desarrollo del periodismo: el ideológico, el informativo y el de explicación(...) La primera etapa del periodismo moderno, iniciada a mitad del siglo XIX, concluye antes de las diferentes variantes(...) La segunda etapa es la del periodismo informativo, que surge en 1870(...) coexiste durante un tiempo con el periodismo ideológico(...) Surge en los años posteriores a la segunda guerra mundial una nueva etapa contemporánea: la del periodismo de explicación. [En este tipo de periodismo] se proporciona al lector no sólo el relato de los hechos sino también el resultado de su análisis(...) ¹²

El periodismo de explicación tiene como mejor exponente el reportaje, y es quizás de esta “evolución”, como le llama la doctora Lourdes Romero, de una etapa a otra, que se genera la búsqueda de un periodismo más humano, más vinculado con el lector y la realidad, surgiendo así el Periodismo literario, menos preocupado por demostrar su objetividad y más avocado a comunicar y hacer comprender al lector los hechos que se abordaban. Por lo tanto, el

¹² Ma. De Lordes Romero, “El futuro del periodismo en el mundo globalizado. Tendencias Actuales”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. No. 171. Enero – Marzo 1998. p. 158.

Periodismo Literario es un ejemplo de la aceptación de la naturaleza subjetiva del periodismo, que además busca enriquecerse con ese elemento.

En la actualidad es cada vez más cuestionado el modelo del “periodismo objetivo”, pues si bien el periodismo es referencial y pretende separar claramente “los hechos” de las “interpretaciones” , no puede deslindarse del factor humano que lo produce, mucho menos de la industria que existe alrededor de él y que determina las políticas de los diarios, noticieros, etc, para hacer periodismo. El Periodismo literario tiene tanta validez como el periodismo tradicional, en tanto tiene su fundamento en investigaciones serias y profundas. Así, aunque el presente trabajo expone una multitud de detalles imposibles de corroborar, fue tejido con base en una exhaustiva investigación documental.

Para cerrar esta introducción y defender la validez del Periodismo literario, citamos nuevamente a la doctora Lourdes Romero y su criterio acerca del periodismo en la actualidad:

En nuestros días existen periodistas que no aceptan los principios de la objetividad positivista y que enriquecen los textos periodísticos con una intensificación de la subjetividad y con elementos que han sido tradicionalmente considerados como propios de la ficción. Prueba de ello son los múltiples relatos que encontramos con las características propias del “nuevo periodismo”(…) Esta tendencia, aunque convive con la convencional, sirve de contrapeso para reflexionar sobre la manera más convincente de presentar la realidad con su complejidad y sus contradicciones.¹³

¹³ Op Cit. p. 167.

Primera parte

La esposa de Ferencz Nádasdy

I

Tan estruendoso era el crepitar del fuego que mitigaba las voces de la muchedumbre. Los tonos amarillos y naranjas de la hoguera se devoraban. En el centro estaba un hombre, sobre un trono de hierro. Sus ojos tan desorbitados parecían alcanzar la corona. Ya no se escuchaban sus alaridos agudos, pero la mueca sobrepasa el horror.

Alrededor de la hoguera observaban sus compinches silenciosos, se les veía aterrados. La plaza y la catedral de Csejthe se inundaban de ese olor a carne achicharrada. Uno de los cómplices comenzó a santiguarse. Ni los grilletes, ni el verdugo, ni los servidores fueron suficientes para apaciguarlo. El fuego había apagado su voz y la reyerta.

La humareda apenas llegó a ser vista en el recién liberado castillo de Csejthe. Fue apagada cuando la carne comenzaba a ennegrecer.

No sentí nada, ni siquiera asco, cuando el verdugo, con la destreza de un barbero, diseccionó el cadáver, del que brotó un poco de sangre espesa, de color oscuro. Desde la tribuna donde estábamos mi tío el Rey y Emperador, mis padres y yo, los órganos se veían como encogidos.

Todos los secuaces tuvieron que comer de aquél cadáver retorcido. Ninguno se resistió a las lanzas de los soldados, pero en cada uno de sus movimientos yo podía leer el terror y el arrepentimiento.

El trono y la corona de hierro fueron enviados a Viena, al castillo del Emperador Maximiliano II, mi tío, como testimonio de nuestra justicia.

Después, el resto de los rebeldes fueron ahorcados. Mi padre decidió que sus cabezas las dejaron clavadas en estacas en medio de la plaza pública, como ejemplo para los demás.

Nunca más se ha hablado de Doszá ni de la rebelión, aunque en silencio todos recuerdan el castigo.

Los siguientes años han sido de relativa paz con el Emperador Rudolph[♦] y El Turco.

II

Disfrutas mirándote, luces perfecta, el rojo resalta la palidez de tu rostro, te gusta verte así.

Buscas en tus pupilas la imagen de ese hombre en la hoguera, pero no la encuentras. Se refleja en tu mente, no en el espejo.

No tienes ganas de bajar, esta noche no sólo cenarás con tu madre y tu tía Klara, también estará presente tu futura suegra, Orsolya Kanizsay, con quien pronto partirás al castillo de Ecsed; permanecerás con ella hasta el día de tu matrimonio con Ferencz.

Aún no comprendes lo que sucede, tienes once años y lo único que deseas es que llegue el invierno para que tu padre regrese del frente y te lleve a la corte del Emperador Maximiliano II, quieres lucir los nuevos vestidos que te trajeron y el collar de perlas de Venecia que te ha prometido tía Klara. Pero el próximo invierno, cuando tu padre regrese y las comadreas se escondan en sus madrigueras, ya no estarás en Csejthe.

III

El matrimonio entre Ferencz Nádasdy y Erzsébet Báthory fue arreglado desde que eran muy pequeños. Representaba la alianza de dos de las familias más poderosas de Hungría.

Orsolya Kanizsay, madre de Ferencz, llegó a inicios de otoño a Csejthe para llevar consigo a Erzsébet, pues era costumbre que la suegra se hiciera cargo de la educación de la novia, para moldear su comportamiento al gusto del futuro esposo.

Erzsébet no recibió con agrado la noticia de la llegada de Orsolya, y durante la cena no ocultó su fastidio a pesar de la mirada acuciosa de su suegra. Apenas se limitó a contestar con palabras cortadas las preguntas que le formulaban. Anna

[♦] Maximiliano II, padre de Rudolph II, era el Emperador del Sacro imperio germánico y Rey de Hungría cuando ocurrió la rebelión y Erzsébet era niña. La madurez de Erzsébet transcurrió durante los reinados de Rudolph II y Mattías, su hermano.

intentó explicar la actitud de su hija hablando de su corta edad, pero Orsolya se apresuró a recordarle que ella era sólo tres años mayor cuando nació Ferencz.

Orsolya tampoco ocultaba su molestia, mas le consolaba pensar que la educación de Erzsébet pronto estaría a su cargo.

Klara sonreía divertida, miraba la mesa y comparaba cuan larga era con la distancia entre su hermana y Orsolya, Anna libertina y la otra virtuosa y muy dedicada a la religión.

La luz de los candelabros, la madera de las sillas y el color opaco del mantel trasladaban el otoño al interior del frío salón. Sobre la mesa había diferentes platillos: aves, pierna de cordero, vino y distintas salsas. Un fuerte olor a páprika predominaba sobre el resto de los condimentos.

-- ¡Sírvenme más Dósza! -- Ordenó Erzsébet sin dejar de reír, bajo la mirada desconcertada de las tres mujeres.

--¡No menciones el nombre de ese maldito en nuestras tierras!-- La reprendió su madre. Ella respondió altanera, mientras le servían.

-- Para mí la carne es Dósza y no me parece mala, me gusta.

Sin hacer caso de las demás, Erzsébet cogió con las manos un pedazo de carne y empezó a morderlo ruidosamente. Klara y ella intercambiaban miradas, y en medio de risitas Klara la imitó. Orsolya sin disimular su enojo se levantó de la mesa y abandonó el salón. Anna, divertida, también cogió la carne con las manos.

IV

Erzsébet fue la niña predilecta de Klara, desvergonzada ninfómana que lo mismo hallaba placeres en las caballerizas de mármol, con los caballos de su primo el Emperador, que al lado de los lacayos del palacio Báthory en Kolozsvar o con su enorme perro negro a quien llevaba consigo de castillo en castillo.

Klara viajaba constantemente a Venecia, Florencia, Viena, Presburgo e incluso Constantinopla, para encontrar las novedades de la “ciencia del amor”. Iba acompañada por sus doncellas con quienes, lo mismo de día que de noche, en su castillo o en recepciones, jugaba al juego del amor y la carne. Su amante era una

noble húngara de bajo rango, famosa por su belleza y su promiscuidad, quien la acompañó hasta el día de su muerte.

A Erzsébet le permitía entrar a sus fiestas privadas. Le excitaba la niña mirando de cerca, casi rozando con la nariz los cuerpos sudorosos. Le gustaba verla desnuda y acariciarle el pubis liso, meterle suavemente la lengua y pedirle que la orinara mientras la lamía. Le divertía sentir dentro de la vagina la mano pequeña de su sobrina. A Erzsébet le gustaba enterrar sus uñas en esa piel resbalosa y rosada de su tía. Klara le había enseñado a la pequeña a introducirle objetos gruesos y largos dentro del ano y la vagina, y la adiestró también en el arte de sobar el pubis hasta humedecerlo para facilitar la introducción de los objetos.

Antes de que Erzsébet partiera con Orsolya para Ecsed, le regaló finos brocados y un collar de perlas que había traído de su último viaje a Venecia. Le regaló también un consolador de cristal y otro de terciopelo rosa, y con ellos la instruyó sobre el arte de avivar los instintos de los hombres. Le mostró cómo debía mover las manos para masturbarlos, y cómo chuparlos para sacarles la simiente lechosa.

Además, por primera vez le permitió probar los goces de penetrarse ella misma.

En Ecsed Orsolya jamás sospechó la existencia de tales objetos, con los cuales la niña siguió practicando hasta que encontró a un siervo que le pareció ejemplar para disfrutar de las lecciones que le había dado su tía.

V

Fue difícil convencer a mi madre de que Darvulia viajara conmigo, más difícil aún fue que Orsolya lo aceptara. Como buena fanática de la cruz, mi suegra, la “alimaña de dios”, no quería cerca de mí a “una influencia tan negativa como Darvulia”, mi nodriza.

En el castillo todos temían a Darvulia, era bruja: conocía mejor que nadie los secretos de la belladona, de la mil en rama, de la concupiscente mandrágora y del amargo absintio. Preparaba con ellas ungüentos y cocciones con las que el sexo de

las mujeres florecía. Aunque Darvulia era despreciada en la aldea, las campesinas, e incluso las damas nobles como mi madre y mi tía, la buscaban.

Yo no estaba dispuesta a partir sin Darvulia, así que Orsolya tuvo que ceder. Esa fue la única vez que lo hizo.

VI

Partimos a finales de otoño. Anna debió quedarse feliz sin mi padre y sin mí. Sin mi padre porque su permanencia en el Frente de batalla le permitía a ella organizar grandes fiestas con lacayos, escuderos y nobles damas; fiestas donde los olores de las carnes desnudas se mezclaba con el de la col agria y la hediondez de los deshechos. Sin mí, porque yo era el último deber que tenía como madre, el único freno a sus dilapidaciones. Feliz con mi tía Klara y con el mozo que la visitaba por las noches, cómplices de sus juegos.

Para llegar a Ecsed atravesamos el bosque en un viaje que duró varios días. La piel desprendida de los árboles crujía con el peso del carruaje, y los troncos, casi completamente desnudos, por la noche se movían sigilosamente y nos hacían muecas, susurraban algo al viento cuando pasábamos junto a ellos.

Darvulia juraba que no eran árboles los que habíamos visto durante el día, sino un aquelarre de brujas, que nos confundían con sus disfraces. Decía que se juntaban para adorar a Ördög[♦].

VII

Miras hacia los árboles como si en el bosque fueras a encontrar la respuesta que necesitas para mitigar tu hastío. Te preguntas por qué tienes la sensación de equivocarte a cada momento, por qué Orsolya siempre desaprueba tu conducta y tus decisiones. Nunca le pareces lo suficientemente bella, bondadosa y delicada para Ferencz. Le molesta que hagas lo que desees, que digas lo que piensas.

No sabes por qué debes callarte y tocar el arpa, y esperar a que ella o Ferencz decidan sobre ti. Cuánto añoras tu casa, a Csejthe y a tu tía Klara. Pero Csejthe está muy lejos y Orsolya jamás aprobaría que tu tía te visitara: así que no

[♦] Según las leyendas húngaras, diablo al que veneraban las brujas.

puedes hacer más que esperar a que Ferencz regrese del frente para el día de la boda. Aún sin conocerlo lo detestas tanto como a Orsolya.

VIII

Desde su llegada a Ecsed, Orsolya dejó a Erzsébet a cargo del Padre Francisco Campillán, un español de estatura media, nariz prominente, cara delgada, ojos oscuros y tez trigueña; a quien desde hacía varios años había elegido como confesor. Orsolya se aferraba a la religión católica como única salvación de los bestiales turcos y los blasfemos protestantes. Los maestros de Erzsébet eran protestantes.

La suegra, una devota católica, como la buena costumbre europea lo dictaba para el Emperador y sus súbditos, todas las mañanas se hacía acompañar por Erzsébet al servicio, “como si eso la hiciera más europea, ni siquiera sabe latín” se decía a sí misma la joven Condesa, quien detestaba levantarse temprano y escuchar largas misas. Con el ardor de los magiares y el temple de los Habsburgo en la sangre, Erzsébet sabía disimular su fastidio y esperar a la noche para ir al bosque y en medio de danzas, sexos abiertos y conjuros, desfogar su alma.

El alemán era su segunda lengua. Recibía clases de música, de latín, inglés y también un poco de francés. Siempre bajo la estricta vigilancia de el Padre Francisco.

El Padre Campillán gustaba de los textos griegos, Parménides había sido desde muy joven su pasión, y ahora contagiaba a su pequeña pupila de esa avidez por los griegos.

-- Yo prefiero a Safo -- Insistía Erzsébet

-- Eso lo sé hija mía. Pero no debes excluir al resto de los sabios por una poetisa.

-- Usted lo hace con Parménides -- El Padre Campillán no atinaba a hacer más que reír ante la impertinencia de su discípula.

-- Está bien, leamos a Safo. Sus versos son más sublimes en tus labios.

En varias ocasiones Orsolya había interrumpido las sesiones de lectura, se disculpaba fingiendo ignorar que ellos estudiaban. Erzsébet se burlaba de su suegra.

-- Vino a cerciorarse de que no leíamos cosas del demonio en húngaro.

-- Vino a verme Erzsébet, ya la escuchaste.

-- Usted y yo sabemos que mentía.

-- No juzgues a tus semejantes.

-- Entonces explíqueme usted por qué vino a la capilla si ya casi anochece.

-- Soy su confesor, y si su alma necesita consuelo yo estoy aquí para proporcionárselo cuando lo desee.

-- Vino a espiarnos. Esa insensata confunde el griego con el latín. Seguramente pensó que estábamos leyendo la Biblia. -- La risa de Erzsébet parecía iluminar su mirada, oprimía su estómago y el cuerpo se le doblaba, como si la fuerza de su risa fuera a derribarla.

-- ¡Erzsébet! Compostura. Estamos en un sagrario. -- Decía el padre golpeando el hábito con las manos, pero se le escapaba una sonrisa de complicidad.

A veces, por las mañanas, en lugar de la clase de música Erzsébet iba a dar largos paseos por el bosque con Darvulia, con la complacencia de su mentor. Le gustaba meterse al lago mientras su nodriza arrancaba las hierbas que necesitaba para sus brebajes.

Una mañana nublada Erzsébet flotaba como un cuerpo inerte sobre las aguas cristalinas del lago, y su desnudez se parecía al rocío sobre las hojas del bosque que naufragan entre lirios blancos y tréboles. Erzsébet, yerta, lucía como la obra magnificente de unas manos divinas. Esa mañana, Darvulia y ella fueron sorprendidas por Rakoczi, un protestante fanático, escudero de Orsolya, quien en todo momento buscaba comprobar la ligereza del Padre Campillán. Por la fuerza llevó a Erzsébet y a Darvulia ante Orsolya. Ella acusó a Erzsébet de persuadir al padre con artilugios del demonio para que la dejara hacer su voluntad. El castigo por pervertir al sacerdote fue ejemplar: a Darvulia la enviaron a los molinos, no tendría más contacto con Erzsébet. A ésta se le prohibió el acceso a la biblioteca del castillo, y debía permanecer acompañada siempre por Rakoczi ante la presencia del Padre.

Erzsébet subió furiosa a su habitación, ni las lágrimas le eran suficientes para mitigar el encono de su enojo. Golpeó a una criada que limpiaba porque osó rozarle

su vestido, hasta dejarla amoratada e incapaz de sostenerse en pie. A otra le mordió los labios, se detuvo hasta que la sangre que brotaba de esos delgados labios comenzó a gotear sobre sus manos, nada más porque se atrevió a preguntarle “¿qué le aflige a la Señora?”

Los siguientes meses fueron del color de los lagos helados. En la mesa Erzsébet apenas hablaba. Tomaba las clases y se encerraba inmediatamente en su habitación.

Ya casi no iba a la capilla, había suspendido las sesiones de lectura con el Padre. No soportaba tener cerca de sí a ese hombre hosco, de cara descarnada y ojos saltones. La noche en que Rakoczi apareció acuchillado a la puerta de la recámara de Orsolya, ésta se asustó muchísimo y fue de inmediato a buscar a su confesor. Los latidos de su corazón retumbaban en los pasillos del castillo. Al verla entrar apresuradamente y con ropa de cama, el Padre tuvo la certeza de que algo grave había sucedido. Ella no dudó en hacerle saber sus sospechas:

– Ella lo hizo, padre, ella lo hizo.

-- ¿Ella, quién, Orsolya?

-- Esa niña de piel de muerto. Ella lo hizo, ella lo asesinó, padre. Está maldita. Temo por mí.

-- ¿Hablas de Erzsébet? ¡Por Dios hija mía!, ¡cómo puedes decir eso si es una niña? Rakoczi era un hombre que gustaba de crear conflictos, tenía muchos enemigos.

El sacerdote defendió fervientemente a Erzsébet. Orsolya le levantó el castigo y permitió que Darvulia volviera al castillo.

IX

Darvulia se levanta con la aurora para preparar el decolorante de cabello para su ama. Cuando la Condesa se dispone a tomar su baño, la habitación ya encierra un fuerte olor a hierbas. Agua de ceniza y agua de manzanilla con el poderoso ocre del azafrán húngaro, son los ingredientes con que lavan, hasta diez veces al día, el cabello de Erzsébet. Tal como lo indica la moda italiana, todo se hace con el agua

hirviente y con pétalos de flores blancas recién cortadas del bosque. Sus damas de compañía le alzan el cabello con sumo cuidado para no molestarla, un mínimo tirón podría ser suficiente para probar la furia de la joven Condesa.

Después del baño, Darvulia le pone en la cara ungüentos de agua de ternera y mano de cordero para protegerla del sol, aunque raramente Erzsébet sale a pasear durante el día. Ella sabe que aún a la sombra llegan los efectos nocivos del sol, tanto más traicionero porque repta hasta la débil carne humana. Cuida la palidez de su rostro como si de eso dependiera el bienestar de su alma. De día las cortinas de su habitación se mantienen cerradas. Los candelabros son la única luz que ella recibe pues permanece ahí hasta el anochecer. Velas de cera virgen, aromáticas y oscuras, amarillo oro, oro envejecido y luz ambarina. Aunque pasa todo el día en su cuarto, deambula por él como si estuviera distante, como si los objetos no existieran o hubiera una dimensión diferente entre ella y el resto del mundo. Erzsébet camina como si hubiera un gran vacío a su alrededor. La única relación que establece con el mundo, es a través de su espejo. Pasa mucho tiempo frente a él. Incluso diseñó uno grande, con marco de ébano en forma de bretzel[♦] para recargar sus brazos y poder contemplarse por largos, largos ratos, sin cansarse.

X

Erzsébet fue educada para gobernar sus fuedos, donde la autoridad del Rey era más simbólica que verdadera, pues el Turco había vencido a los Habsburgo en la batalla de Mohács, y ahora los nobles gozaban de total autonomía, incluso para decidir sobre la ayuda financiera que prestaban al Rey en las empresas que realizaba contra los turcos, a quienes pagaban un cómodo impuesto.

A pesar de Orsolya, el Padre Francisco nunca restringió el acceso de Erzsébet al conocimiento, e incluso la llevaba consigo en sus viajes para visitar a un anciano judío que gozaba de gran reputación en los alrededores debido a su sabiduría y a que era propietario de una enorme biblioteca. Szarany era su apellido.

Desde pequeña Erzsébet escuchó hablar de los judíos de Praga y de sus grandes bibliotecas, donde se podían conseguir títulos griegos, romanos y de oriente,

[♦] Pastel ligero en forma de ocho que se servía espolvoreado con cominos en aquella época.

e incluso aquellos prohibidos sobre magia negra y demonología. Iba entusiasmada camino al pequeño castillo del hebreo, hacía mucho tiempo que el Padre Campillán había prometido llevarla, pero estuvo a punto de no poder hacerlo por el castigo que Orsolya le impuso cuando Rakoczi la descubrió en el lago con Darvulia.

El viaje era corto, pero antes debían pasar al mercado, a conseguir especias indias que habían llegado desde Danzig. Erzsébet intentó por todos los medios disuadir al Padre de cumplir el encargo de su suegra, pero no tuvo suerte, Lo cierto es que no soportaba la idea de caminar por las callejuelas infestadas de animales, gallinas, cerdos, corderos que estaban en venta, y cuyo olor se mezclaba con el de las verduras y frutas que se exhibían al lado de grandes canastas de mercancía podrida. La Condesa no toleraba el colorido y el bullicio del pueblo, tanto más sucio cuanto más pobre. Campillán disfrutaba deteniéndose en cada puestecillo, hablando con la gente, revisando la mercancía. Erzsébet apenas podía simular el asco que le producían los dientes entre amarillo y verde de los vendedores y el olor a sudor y excremento de sus ropas. La humildad era una virtud que el padre aún no lograba inculcar a su discípula. Con una capa de lana española que le cubría casi totalmente el rostro para no recibir los rayos del sol, Erzsébet recorría la plaza al lado del Sacerdote, fingiendo serenidad, ideando la forma de hacerlo desistir de ese repugnante paseo.

Todavía era temprano cuando llegaron al castillo de Szarany. El viejo los recibió con vino y aceitunas. A Erzsébet le pareció simpático, era un hombre pequeño, de ojos azules y buena charla, de cualquier forma no pudo dejar de estremecerse al sentir su mano rugosa y flácida.

Sus ojos negros resplandecieron al entrar a la biblioteca de ébano y papel, el olor de la estancia era para ella tan placentero como el sabor del vino en su boca. Cuando vio extraer del estante ese libro antiquísimo, encuadernado en piel negra, y decorado con placas doradas y florones, le produjo la fascinación de sentir que estaba a punto de participar del gran secreto que le permitiría saciar su vaciedad, recuperar su ausencia, mitigar el hastío de su alma.

Las visitas se repitieron con cierta frecuencia, después de un tiempo el Padre Campillán le permitió a Erzsébet ir sola, lo que estrechó su amistad con el anciano

Szarany. Éste le predicaba un especial afecto a la pequeña Condesa, pues no había tenido discípulo más ferviente ni dedicado. Erzsébet podía pasar todo el día en la biblioteca, hasta que llegaba la noche y debía partir al castillo. Pronto se inició en las artes de la alquimia y se convirtió en una asidua estudiosa de la astrología. “Nunca una mujer de luna había buscado en mis libros la respuesta a su tristeza, ni había intentado tocar al amor y a la inmortalidad mediante la sabiduría”, comentaba el anciano al Padre Campillán, quien a pesar de las quejas de su benefactora, Orsolya, no dejaba de alentar a la joven Erzsébet en sus estudios.

-- Pequeña, ¿cómo puedes leer con tan poca luz? -- Decía Szarany mientras colocaba un candelabro grande con velas nuevas al lado de Erzsébet.

-- Szarany, si la tierra se mueve alrededor del sol, y el sol es sólo un astro, como muchos otros que vemos en el cielo, entonces ¿cuál es el lugar del hombre en este espacio? ¿Cuál es nuestra grandeza?

-- Nuestra grandeza, hija, la construimos con nuestras obras mediante la gracia de Dios.

A Darvulia no le gustaba que su “niña” fuera amiga de Szarany, “los judíos son hijos del demonio, ellos son los responsables de todas las desgracias que nos ocurren. En el tiempo de mis abuelos, muchas gentes murieron por la peste, que nos envió Ördög por culpa de ellos”. Para Erzsébet esas eran las creencias de los siervos. Sin embargo también su suegra participaba de ellas. Le prohibió terminantemente visitar al anciano Szarany; era un insulto para su fe católica que la esposa de su hijo tuviera contacto con esos sacrílegos que habían sido expulsados de España y de todos los reinos donde la fe todavía era defendida. Ella, Orsolya, no podía más que lamentarse de que esa “gente” tuviera permitido vivir entre los húngaros, mas hacía todo lo que estuviera a su alcance para mantener alejados a los suyos de la influencia malsana de esos hombres. Erzsébet iba a escondidas a la casa del viejo judío.

-- Hacía mucho tiempo que no me visitabas, pequeña. El polvo ya empezaba a devorar estos libros.

-- ¿Tienes algo nuevo para mí Szarany?

-- Claro, pequeña, acaba de llegar de Praga. -- Con paso apresurado Erzsébet se dirigió a la biblioteca, como la niña que busca un regalo.

-- Esta noche cenaré contigo Szarany.

-- ¿No debes volver temprano al castillo?

-- No. Esta noche quiero hacerte compañía.

Frente al Padre Campillán Orsolya fingía tolerancia hacia el judío y hacia el afecto que tanto él como su nuera le prodigaban, pero en cuanto se quedaba a solas con Erzsébet, le imponía severas reprimendas.

Una noche Erzsébet no volvió de la casa de Szarany, el anciano cayó muy enfermo y ella se quedó a cuidarlo. Durante la noche colocó compresas en la frente del viejo para bajarle la fiebre y en cuanto amaneció mandó llamar a los médicos de la familia Nádasdy para que lo atendieran. No se separó ni un instante del viejo. Erzsébet, quien a pesar del gran cariño que tenía al rabino, en todo momento había evitado tener contacto con la piel enjuta del anciano, ahora sostenía su mano mientras en voz alta daba lectura a un libro muy antiguo. Permaneció en la aldea durante toda la convalecencia de Szarany; el Padre Campillán logró apaciguar a Orsolya y convencerla de que Erzsébet estaba obrando bien, pues servir a los semejantes era deber de toda buena cristiana.

Orsolya no protestó más y esperó con paciencia el regreso de su nuera. Cuando ésta llegó, le prohibió terminantemente salir de su cuarto, incluso para asistir a sus clases; le quitó todos los libros que tenía en su posesión y mandó guardar bajo llave los que estuvieran cerca; además la obligó a tejer y a escribir largas cartas sobre los deberes de las mujeres casadas. Erzsébet escuchó impávida la sentencia del castigo, más al llegar a su cuarto desquitó su rabia con las doncellas. A una le haló el vestido hasta hacérselo jirones. Su enojo era tal que mordió con gran fuerza a sus sirvientas, los finos y pequeños colmillos que asomaban cuando sonreía, eran ahora dos fuertes dagas de marfil. No veía dónde propinaba las mordidas, a una le arrancó un pedazo de carne del brazo; a otra le dejó marcada la cara; entre más sangre brotaba del cuerpo mayor era su ira; a una más le trozó un dedo solamente con los dientes. Los gritos de las sirvientas eran apenas un débil aullido en la

inmensidad del bosque, pero dentro del castillo atravesaban los muros de color sepia y resonaban agudos, desgarradores. Orsolya escuchaba desde su habitación, pero no hacía nada para evitarlo, segura de que no podía detener a su nuera. Un mínimo error de parte de las doncellas era para Erzsébet una provocación a su furia.

Así transcurría el tiempo mientras Ferencz estaba en el frente. El joven novio sólo fue a Ecsed para la boda y permaneció con su esposa muy poco tiempo, el que creyó suficiente para procrear a su primer hijo.

XI

Ferencz era un noble guerrero que peleaba al lado de los Habsburgo como su padre lo había hecho. Su valor y su ardor en la batalla le habían valido el apodo de “Beg Negro”. Su familia había obtenido sus cuantiosas propiedades por gracia del Rey, como recompensa por los territorios conquistados o recuperados en las guerras contra los turcos. Desde muy joven se unió a la mayor empresa de los nobles húngaros: la guerra.

Conoció a Erzsébet cuando regresó del frente para casarse con ella. Le sorprendió la palidez de su rostro, como la de un cadáver, sus cabellos rubios por los tonos que le daban los lavados con manzanilla, su carácter huraño y hostil, las historias que secretamente contaba la servidumbre acerca de ella. Tenía la impresión de que el alma de su prometida siempre estaba ausente. A nadie le confesó el miedo que ella le provocaba, más incluso que el que podía producirle la muerte, tan familiar para él en la guerra.

La boda se realizó sin demoras, ya el Emperador había enviado la carta en que daba su consentimiento para que se realizara el enlace. Manjares exóticos se servían en las mesas. El aire otrora fétido por los animales y los desperdicios, olía a acacias, y largas cortinas y alfombras rojas recubrían las paredes del castillo. Las danzas vienesas se escuchaban en los alrededores. Las mejores familias de Hungría asistieron a la celebración. El Emperador Maximiliano no pudo hacerlo pero envió a un representante suyo, y como regalo una jarra de oro que contenía un vino muy raro, además de una donación de doscientos táleros de oro. La Emperatriz envió un velicomen de oro cincelado para que los esposos bebieran en la misma copa de

aquel preciado vino, regalo del Emperador, además de alfombras de oriente de seda y oro. El heredero Rudolph también envió presentes. La unión de los Nádasdy y los Báthory era un acontecimiento esperado como uno de los más importantes en el reino.

La habitación de los novios olía a ébano y a aceites de azahar. La flama azul de los candelabros de oro concedía un dejo de dulzura al rostro de Erzsébet. Entre las sábanas de seda, sus ojos negros llamaban ansiosamente a Ferencz.

En el lecho ese delicado cuerpo perfumado se transformó en un fuego inextinguible. Las caricias, los besos y el sudor se mezclaban con los gemidos y el placer. El pudor no asomó a su cama. Sus cuerpos se conocieron en todos sus pliegues y recovecos, con todos sus sabores. Las súbitas mordidas que ella le propinaba no hicieron sino aumentar el placer y el deseo de seguir, de seguir mas allá de la noche y del día. Los novios salieron de sus habitaciones hasta el tercer día después de la boda. Ferencz partió enamorado a los Cárpatos.

XII

Las exenciones de derechos de aduana se convirtieron en el siglo XVII en un privilegio feudal[♦]. Los ya de por sí grandes viñedos de Ecsed se extendieron aún más allá del horizonte donde dormía el sol.

Algunos campesinos se quejaron de que el Conde Nádasdy se había apropiado de los campos que estaban fuera del territorio de su castillo, de los campos dominicales de siega y de las zonas forestales prohibidas, algunas de las cuales habían sido arrancadas del poblado para añadirlas al castillo. Pero quien escuchó sus quejas fue el Palatino Thurzó, primo de los Condes, y este envió el asunto a los tribunales de la región, donde gobernaban con plena autonomía los Señores. Nádasdy no recibió con agrado la noticia de que ese reclamo había llegado a sus tribunales, así que se encargó de expropiar todas las pertenencias de los campesinos que la hicieron, y de los comerciantes que los habían alentado en un intento fallido por hacer tambalear el dominio de los Nádasdy-Báthory sobre la

[♦] Fuente *La segunda servidumbre en la Europa central y oriental*. Skazin, et. al., pág. 79

exportación de vinos y cereales. El castigo fue severo, las mujeres y los hijos de esos aldeanos entraron al servicio del castillo, y debían pagar una renta tan alta en trabajo, que al menos las dos siguientes generaciones de descendientes tendrían que permanecer en Ecsed. A los hombres los ahorcaron en la plaza pública, acusados de rebelión. Nadie podía crecer en esa tierra de campesinos ignorantes, ni siquiera aquellos que antaño tuvieron propiedades, ni los burgueses que alguna vez buscaron dominar el comercio con la liga Hanseática.

Los Nádasdy-Báthory se habían convertido en una de las familias más poderosas en la producción y exportación de vinos y cereales. La Europa occidental los necesitaba, y ahora afianzaban su poder con Esteban Báthory al frente del Principado de Transilvania.

Los campos de los alrededores eran durante el día un lago de canastas y pies que comprimían un colchón morado hasta convertirlo en un mar que se mezclaba con los colores del cielo al atardecer.

Erzsébet gustaba de salir durante el crepúsculo para disfrutar del aire perfumado de los viñedos, y a veces se perdía entre los enormes campos de trigo con algún joven lacayo de tez dorada y cabellos rubios. Le gustaba mirar su piel y la de sus amantes en medio de las espigas, formando una alfombra de oro.

XIII

Erzsébet se sorprendió gratamente cuando conoció a su esposo. No tenía el carácter aburrido de la madre, no era moralista y no deseaba a Erzsébet como una propiedad más sobre la cual decidir. Al contrario, después de la muerte de Orsolya dejó todos los asuntos domésticos y las decisiones inmediatas que se debían tomar en sus dominios en manos de su esposa. Sólo iba a Ecsed cuando era absolutamente necesaria su presencia, ya fuera para firmar un tratado, asistir al Consejo del Rey, o para seguir intentando procrear a su heredero.

Durante sus ocasionales estancias en Ecsed no deseaba que se le molestara con los negocios o los conflictos de la aldea, para eso bastaba la mano dura de Erzsébet. Se dedicaba a disfrutar de su hermosa esposa y a fornicar, en realidad lo hacía más por placer que por la necesidad de engendrar un heredero.

Con frecuencia, durante las temporadas que pasaban juntos, la pareja realizaba viajes al palacio de Maximiliano II, quien había abdicado en su hijo Rudolph. Erzsébet tenía más o menos 19 o 20 años. Esa Condesa húngara de ojos oscuros y piel de leche, de carácter huraño y taciturno, que era rechazada y aislada por la corte de Viena y por la nobleza de la Alta Hungría debido a su rareza, era la favorita del Emperador.

Maximiliano siempre le profesó un gran cariño, le recordaba a su madre española, bajita y delgada, de manos pequeñas y finas. Pero con una palidez que atemorizaba. Él comprendía su preocupación por el amor y la belleza, y compartía con ella el gusto por la magia y el esoterismo. Mantenían largas conversaciones sobre esos temas y, en medio de la flama ambarina de las lámparas de aceite, en sillones acojinados de terciopelo azul y el olor a madera y acacias que provenía de los jardines, leían a Bocaccio, a Aretino, a Brantômme, o escuchaban a los hegedüs, trovadores húngaros, acompañados de la guitarra de largo mástil. El amor era un tema predilecto para el Emperador y para Erzsébet.

En las fiestas que el Emperador daba, Erzsébet y Ferencz eran la pareja más bella. Él un hombre maduro, de cabellos negros y negra barba, tez bronceada y ojos oscuros, de facciones angulosas y robusto. Ella la dama más hermosa, con rostro infantil, pequeña y de apariencia frágil, lucía como ninguna otra los vestidos de lino o terciopelo oscuros y los brocados de Venecia. Sin embargo las damas dejaban de hablar cuando la veían venir y procuraban alejarse de donde se encontrara. Los hombres admiraban a distancia su belleza. Erzsébet siempre se presentaba lejana, ausente, inalcanzable.

XIV

Las largas quejas de Orsolya a su hijo en las cartas eran cada vez más frecuentes: la mala influencia de Darvulia sobre Erzsébet, las visitas de ésta al viejo judío, los rumores acerca de la preparación de filtros y brebajes en la habitación de su mujer, las constantes vejaciones hacia los sirvientes. Ya nadie en el castillo ni en la aldea quería servir a la Condesa. Además, no le daba un heredero.

A Ferencz le preocupaba que su esposa no se embarazara, lo demás, creía, eran exageraciones de su madre. No le importaba lo que los siervos pudieran decir

pues eran sólo eso, siervos que pertenecían a él tanto como sus tierras. Ignorantes y supersticiosos, cualquier excentricidad de su mujer podía ser para ellos brujería.

Pero aun después de la muerte de Orsolya ese tipo de quejas llegaba a Ferencz a través del Padre Francisco. Ferencz sabía que su esposa era autoritaria y altanera, eso le gustaba, y en cuanto a la crueldad, una mujer sola debía ser muy dura para hacerse obedecer por los siervos que buscaban cualquier pretexto para inventar historias que los liberaran de la corvea[♦].

Erzsébet era la mejor de las amantes, dulce y fogosa con su esposo. Cuando él visitaba el castillo ella se convertía en la más sumisa de las mujeres.

Que Erzsébet conociera las artes de Darvulia y juntas prepararan filtros, no era secreto para el Conde, la misma Erzsébet lo tranquilizaba con respecto a los hijos cuando en sus cartas le escribía acerca de los brebajes que pronto los harían venir, incluso le enviaba a él filtros mágicos para que lo protegieran en las batallas.

XV

Durante aquél otoño, Erzsébet permanecía en su lecho siempre enferma. Una parvada de doncellas y sirvientas hacían las veces de enfermeras y le llevaban a la cama drogas y brebajes para aliviar sus dolores de cabeza, o le daban a oler pomadas preparadas con mandrágora para mitigar el dolor. Las damas, amigas de la familia, le decían que sanaría de todos aquellos achaques en cuanto tuviera un hijo. Pero éste no llegaba. Orsolya la atormentaba recriminándole su incapacidad para quedar preñada “una mujer que no es fértil no merece los títulos que tú posees”. Cuando se marchaba de la habitación, Erzsébet se levantaba furiosa y desquitaba su rabia con las doncellas, les clavaba alfileres de plata por todo el cuerpo, las mordía hasta mitigar su ira. Inventaba los castigos más crueles según su falta: si estropeaban un vestido las mantenía desnudas días enteros. Cuando los inviernos eran crudos las muchachas no resistían el frío mas de dos días. Si le tiraban del cabello al peinarla, las rapaba con un cuchillo fino y filoso. Les daba tirones tan fuertes y embestía el cuchillo con tanta fuerza que les abría graves heridas en el

[♦] Renta de la tierra en trabajo.

cuero cabelludo. Con el sufrimiento que infligía a esas mujeres hacía desaparecer el suyo.

Mientras tanto probaba todas las suertes de hechicería para embarazarse: hierbas que colocaba alrededor de su lecho, conjuros que pronunciaba en ceremonias nocturnas en el bosque para pedirle a Isten[♦] por su fertilidad. Su impotencia ante los constantes reproches de Orsolya y su ansiedad por quedar preñada aumentaban su crueldad hacia quienes la rodeaban.

XVI

Descubrí un nuevo placer, el placer de la fiebre. Llevo varios días postrada en este lecho, desvanecida por el frío que siento dentro de mi cuerpo que arde.

El frío golpea mis huesos y tira de ellos, un dolor expansivo los recorre. Mis piernas no me sostienen, siento cómo el dolor me arranca los brazos y los pies y rompe mis huesos, e imagino las astillas blancas que ahora cortan mi carne, enterrarse en ella. La piel se me abre como el hielo cuando comienza la primavera, siento cómo se cuartea, se va deshaciendo en pedazos.

El sudor escurre sobre mi cuerpo y mis labios están más resecos que la piel de una serpiente. El calor hiela mis huesos. Siento el frío penetrar en mi cuerpo y hacerlo estremecer mientras arranca lentamente, con garras afiladas, mis pezones. He conocido el dolor que padecen las criadas cuando en su carne sienten hundirse lentamente el fino filo de mis cuchillos. He descubierto un nuevo placer, el placer de la fiebre.

XVII

Ecsed. Septiembre.

Amado Esposo,

Conozco vuestra preocupación porque pasa el tiempo y yo aún no os he dado el heredero que necesitáis. Mas os aseguro que pronto lo tendremos. Darvulia me ha enseñado acerca de ciertos filtros que han ayudado a muchas mujeres nobles a

[♦] Diosa húngara a la que realizaban el conjuro de la nube como símbolo de fertilidad. Para los húngaros existían el árbol, la hierba y el pájaro de Isten.

concebir. Yo misma estoy dedicada a prepararlos. He conseguido cada una de las raíces que indican las viejas comadronas y he seguido todas las instrucciones de Darvulia para tomarlos. Tengo fe en que pronto darán resultado. En verdad os digo que no os preocupéis más. Esos filtros son los mismos que la infanta María tomó para concebir a nuestro amado bien Rudolph II.

XVIII

Te has mirado al espejo desde que inició el alba y ya están anunciando el cambio de guardia. La luz que producen las lámparas de aceite parece tan débil y trémula como tu presencia. Darvulia ha entrado y salido varias veces de tu habitación pero la has ignorado. Realmente no te percatas de nada, estás absorta en tus pensamientos, buscas en tus pupilas la razón de tu tristeza, pero sólo encuentras ausencia.

Las sombras de los objetos que están sobre el tocador se alargan y se mueven al compás de la flama del candelabro de plata. Afuera la tierra es un tigre blanco y la noche hace eco al suave lamento de la nieve.

Por primera vez desde que inició el alba, abandonas el tocador. Coges el candelabro y vas hacia el ventanal, lentamente. Abres la cortina y haces un esfuerzo por iluminar la noche desde dentro. En la nieve se dibuja tu figura con el candelabro en alto. A lo lejos la noche es muy oscura. No alcanzas a distinguir nada. También está nada más la ausencia.

XIX

Ecsed. Marzo.

Querido esposo,

Tengo entendido que el Turco os ha otorgado plena libertad para negociar con los Habsburgo el peaje de exportación de trigo. También me han llegado noticias de vuestro ejército. Sé que estáis bien y no imagináis cuánto me tranquiliza.

En Ecsed los asuntos marchan como siempre, la servidumbre es cada vez más estúpida. El sábado pasado ordené la limpieza entera del castillo. Les otorgué tiempo suficiente para hacerlo, hasta el cambio de guardia, pero fue inútil,

comenzaron con el alba y al término del plazo apenas habían limpiado 75 habitaciones. ¡Podéis creerlo? Si Su Majestad, el Emperador Rudolph, me visitara mañana, este castillo sería una pocilga y sólo por la torpeza de los criados.

No debería preocuparos con este tipo de asuntos, finalmente confío en que podré resolverlos.

Espero pronto vuestro regreso del frente.

Vuestra amantísima esposa Erzsébet Báthory.

XX

Bajo la luz de las lámparas de aceite lees en tu habitación los últimos apuntes que publicó Kepler, Rudolph te los envió. Eres su súbdita predilecta pues comparten el interés por la astrología. En tu última visita al castillo de Praga se reunieron Kepler, el Emperador y tú. Los dos se sorprendieron por tus grandes conocimientos acerca de la materia y te sientes halagada.

Te distrae de la lectura la silueta de Ilona. Ha entrado, como acostumbra, sin autorización, pero disfrutas tanto de la astrología que no te molestas en reprenderla, pasas por alto su falta.

Sientes en tu nuca dos dedos que la recorren lentamente hasta llegar a los hombros, un frío que ni el invierno conoce te hace estremecerte, giras la cabeza para saber quién te tocó, pero no ves a nadie. Coges la lámpara y paseas por la habitación iluminada por una luz ambarina. Escuchas los suspiros del viento que suavemente mece las cortinas. Es verano. Todavía no oscurece y ya asoma la luna. Disfrutas del verde intenso del bosque mientras observas por el ventanal. Sientes una mirada en tu espalda, pero no haces un mínimo movimiento para girarte y buscarla, sabes que no encontrarás esos ojos.

XXI

Ecsed. Julio.

Querido Ferencz,

Sé que no debería escribiros únicamente sobre estos asuntos, ¡pero hay momentos en que ni la sabiduría ni la intuición me sirven para entender a estos animales! ¿Recordáis que os hablé de la cena en el castillo del Palatino Thurzó?

Había decidido usar el aderezo de perlas y topacios que me regalasteis en mi cumpleaños, con el vestido de lino verde que recién me envió Su Majestad, el Rey Rudolph, desde España. ¡Pero ordené a esas imbéciles planchar el vestido y lo quemaron! A dos de ellas yo misma les he quemado con la plancha las plantas de los pies, para que aprendan a tratar con más delicadeza mis ropajes ¡Pero la piel de esas criadas no puede compararse con la fineza del lino que quemaron!

XXII

Ecsed. Julio.

Miawa, la criada que vuestra madre se empeñó en que mantuviéramos en Ecsed, robó una pera, Darvulia la sorprendió. Decidí que nadie más se aprovecharía de mi buena voluntad así que ordené que la ataran desnuda al tronco del árbol del patio central. Yo personalmente le unté miel en todo el cuerpo para facilitarle la tarea a los insectos. Pero la muy maldita tiene la resistencia de los bárbaros, lleva una semana atada y aún sigue lamentándose. Ya no sé qué hacer.

Càrpatos. Julio.

Querida Erzsébet,

Será suficiente conque le untéis más miel.

XXIII

Nadie sabe cuándo comenzó el terror en Csejthe. Incluso cuando Ferencz vivía nadie estaba a salvo al lado de la Condesa. Cualquier error de las sirvientas o de las damas de compañía eran suficientes para probar su ira.

Ferencz no ignoraba lo que de su esposa se rumoreaba en el castillo y la aldea, pero esa crueldad no se comparaba a la que él y su ejército empleaban en la guerra contra el enemigo. No le parecía extraño que su esposa dispusiera de sus propiedades. La vida de los siervos era también propiedad de los señores por derecho legítimo. Jamás vio algo que lo sorprendiera durante sus estancias en el Ecsed. En sus viajes a la corte de Viena Erzsébet era una mujer hermosa de gustos delicados. Lucía por igual un vestido de terciopelo florentino que uno de seda china.

En su cuello largo y delgado resplandecían de la misma forma las perlas de Turquía que las gargantillas de oro y jade que provenían de América. En las recepciones del Emperador Erzsébet bailaba con Ferencz las mismas pавanas que bailaban las cortes de Inglaterra y Francia y era ella el orgullo de Ferencz cuando concentraba todas las miradas de la corte.

Así transcurría la vida de la Condesa hasta que su esposo se marchaba hacia nuevos combates. Entonces volvía a la hechicería y al encierro voluntario.

Aun después de la muerte de Darvulia siguió practicando los conjuros que la vieja bruja le había enseñado. Necesitaba de los talismanes, los astros y los filtros para sentirse segura en su castillo de piedra y muerte.

Viejas desdentadas de ropas sucias y sudor pestilente eran las encargadas de salir al bosque muy temprano, antes de que apareciera el sol, para recoger el matalobos que usaba para curar las heridas, la anémona pulsátil color de hiel, los amargos cólquicos y las belladonas verdes que crecían sobre las piedras. Esas mujeres eran sus alcahuetas, vigilaban como centinelas los pasillos del castillo para prevenir a la Condesa en caso de que alguien extraño se acercara. Escuchaban y veían complacidas los horrores que se cometían en Csejthe.

Cuando murió Ferencz, sus hijas Anna, Orsolya y Katerine estaban en edad de casarse y nobles inmensamente ricos de la Alta Hungría solicitaban la venia de la Condesa para realizar las cuantiosas alianzas matrimoniales. Erzsébet se encargaba de ello complacida. Pál, su único hijo varón y el menor, quedó bajo la custodia de Megyéry el rojo.

Erzsébet era una mujer bella, joven y poderosa. Csejthe le pertenecía más que nunca. Fue en aquella época cuando aumentó el flujo de campesinas de Nyitra a Csejthe, para el servicio de la Condesa. Las elegidas eran jóvenes, casi niñas, esbeltas, rubias de tez dorada y ojos claros, que sus secuaces llevaban al castillo con engaños, para satisfacer los inagotables deseos de su ama.

XXIV

Rudolph presidía los cortejos fúnebres de mi tío Maximiliano. El cuerpo fue trasladado de la torre del polvorín al castillo. De ahí partimos a la catedral de San Guido. Los molinos a las orillas del puente Carlos no se movían, las gaviotas graznaban suavemente, haciendo coro al toque de difuntos. Las carrozas, los dignatarios y toda la familia real vestíamos el color de los cuervos, aunque los pensamientos de muchos de ellos eran menos nobles que esos animales. Cuando las campanas de la catedral comenzaron a sonar, hubo una gran desbandada entre el cortejo, los nobles católicos huyeron temerosos ante aquél sonido que recientemente marcara el inicio de la matanza de San Bartolomé.

Europa encarnaba la incertidumbre y el temor de la venganza, después de que Catalina de Valois ordenara el asesinato de los protestantes en Francia, y de que el Emperador germánico muriera sin confesarse. Los católicos esperaban la revancha.

Algunos dejaron las carrozas definitivamente abandonadas. En medio del tumulto, la confusión y los gritos, los caballos se desbocaron. Rudolph continuó la marcha imperturbable, seguro de que pronto sería el nuevo Cesar Germánico. Fuimos pocos los que llegamos hasta la puerta del mausoleo. Terminaba así la vida del Emperador más poderoso de Europa.

Dicen que enfermó cuando iba camino a Ratisbona, después de la coronación de Rudolph en Praga. Permaneció enfermo largo tiempo. Cuando sus doctores se dieron por vencidos, la misma Emperatriz aceptó que lo vieran una bruja y un alquimista. Ferencz y yo llegamos al palacio real en esos días. Al lado del lecho del León estaban la infanta María y mi querido Rudolph. La curandera ungía el cuerpo de mi tío con olorosos ungüentos que durante algunos días nos engañaron acerca de su eficacia, pues tuvo una ligera mejoría. Después vino el alquimista con sus alambiques, matraces y piedras de luna, Tade Hájek, polaco que había estudiado en medio oriente. Su ciencia no sirvió de mucho, mi tío ya estaba muy mal.

Sobre Rudolph pesaban los conflictos religiosos del reino de Bohemia, lo apremiaba la sucesión del Imperio y más aún, la negación de su padre a ser confesado, a morir como había vivido, fingiendo ser un buen católico.

Mi tío ya había decidido: moriría como protestante sin importar lo que eso significara ni para el Imperio ni para su heredero. María sufría no sólo el dolor de ver agonizar al hombre al que había amado durante toda su vida y a quien había dado 15 hijos, sufría el dolor de ver aparecer la verdad que tanto se había empeñado en negar aun a sí misma: Maximiliano abjuró a su religión sólo para recibir la corona. Vivió junto a un hombre con principios contrarios a los suyos. Pobrecita, tan pequeña y frágil como esos peces que devoran las gaviotas, envejeció rápidamente en esos días de agonía para su esposo y para su alma, intentando convencerlo de que recibiera los sacramentos. Rudolph observaba todo inalterable, como un testigo lejano. Las enseñanzas que recibió en España por disposición de su padre, el catolicismo que le hizo engullir su tío, todo se venía abajo como la arena tocada por las olas. Su fe se quebrantaba.

¿Dónde termina y dónde empieza el poder? Yo no podía creer que él, el Emperador más poderoso, mi tío, estuviera postrado en su cama, con los ojos hundidos y la cara demacrada, cubierta sólo por una seca capa de piel ajada. Hablaba trabajosamente, aún así me permitieron permanecer a su lado. Hubiese preferido que no me lo impidieran, una revelación atroz, la muerte en cierne, la muerte sobre el León era algo que yo jamás habría concebido.

XXV

Estas satisfecha con el regalo de que te envió el Emperador Rudolph. Un vestido de terciopelo granate. De arriba el corpiño largo y con pico te queda muy ceñido, deja ver tus pequeños y almohadillados senos y eso te complace. Agradeces lo fino de la hechura, hilos de perlas cruzados rematan el adorno. Las mangas de la camisa son de lino blanco, según la tradición húngara. Sus puños dorados fueron tejidos con hilos de oro. Cuidas que el delantal de lino, también blanco, que se extiende sobre tu amplia falda esté algo remangado por un lado, señal de que eres una dama de alta alcurnia en tu país.

Te deleitas admirando tu belleza. Ningún espejo te parece lo suficientemente bruñido para reflejar el resplandor de tu imagen. Acaricias tus sinuosos labios. Hay algo en tu cara que te molesta pero no aciertas a saber qué es. Bajas con los dedos

el mechón de cabellos rizados y los esparces sobre tu frente. Frente ancha y tosca que rompe con la armonía de tu rostro. Iracunda abandonas el espejo. Se ha roto el encanto de tu nuevo atuendo. Llamas a gritos a tus damas de compañía para que te ayuden a cambiar de ropa. Un vestido, dos, tres, hasta seis distintos en un solo día, qué importa el laborioso proceso de vestirme y elegir aderezo y brocado para cada prenda, si lo único importante es que seas la más bella, que te mires al espejo y te regocijes con tu belleza.

XXVI

Erzsébet salió al patio para saber a qué se debía el alboroto de los siervos. Muy temprano Chetey[♦], un campesino de la aldea, encontró en el camino a un niño abandonado y, como debía hacer cualquier siervo, llevó al palacio de los Señores aquello que por encontrarse dentro de su territorio les pertenecía.

Poco tiempo después se supo que a aquel niño lo raptaron en una región cercana, pero era tan feo que lo habían abandonado en el camino a Ecsed. El conde Nádasdy lo entregó al pastor Ujváry para que lo criara. Éste le puso por nombre Ujváry János. El niño creció dentro del condado. Era muy jorobado y parecía idiota por lo que la gente se burlaba de él. Desde pequeño mostró una especial crueldad hacia los animales, aventaba a las crías de las gallinas contra los muros del castillo y se regocijaba viendo cuál salpicaba más sangre y cuál quedaba más destrozada con el golpe. Mataba lentamente a las ranas y gustaba de torturar a las yeguas heridas antes de matarlas tal como se lo habían ordenado.

Cuando creció los aldeanos lo despreciaban, no sólo por su fealdad, sino porque era especialmente brutal con aquellos que “decía” se burlaban de él. Sin embargo, pronto se ganó la gracia de la Condesa. Desde chico aprendió a hacer malabares y acrobacias y se esforzaba por hacer reír a su corte. Ella lo tomó como su lacayo, Ujváry se convirtió en su incondicional, nunca se separaba de ella y aunque no tenía acceso a las fiestas previas a los baños de la Condesa, se complacía jugando con los cadáveres antes de deshacerse de ellos. Además

[♦] Chetey es el nombre del raptor, en realidad no se sabe quién encontró a Ujváry, el resto del relato se apega a los acontecimientos.

aprendió pronto a negociar a bajo precio la compra de las pequeñas hijas de los campesinos de las regiones aledañas. Bastaba con que prometiera a sus madres una falda nueva o una chaquetilla para que ellas le permitieran llevárselas para entrar al servicio de la “castellana de Nyitra”[♦] mentira con la cual las reclutaba.

Ujváry János, apodado con el diminutivo Ficzkó, era el encargado de conseguir a las víctimas de la Condesa y de deshacerse de los cadáveres.

XXVII

En algunas regiones de la Alta Hungría la escasez de alimentos y el hambre eran tan grandes que la gente contaba historias de niños desaparecidos, a quienes sus propios familiares asesinaban para comerlos. Los campesinos habían sido despojados de sus tierras por los turcos, por los hajduks o por los mismos señores feudales.

La desolación cubría los bosques de Hungría, ahora amarillos y rojos, o negros por los invasores que los incendiaban. La gente desarrapada recorría grandes distancias a pie para buscar la protección de algún Señor. En el camino muchos eran asaltados sólo para diversión de los ladrones, que disfrutaban con el sufrimiento que les infligían. Las mujeres eran violadas y los niños y los ancianos torturados y asesinados. Otros morían de inanición. Los que lograban llegar a un Señorío estaban destinados a pasar el resto de su vida trabajando para los señores para pagar la renta de la tierra.

Para Erzsébet estas eran sólo historias de los siervos, no podía concebir tal miseria en medio del lujo de su palacio gótico, con el salón Corvino donde había cuadros de Durero y Holbhein, regalos de su primo Rudolph, o los enormes tapetes persas que adornaban el salón oriental decorado con realces de oro y estatuas de marfil. El único recuerdo en común que tenía con sus súbditos era el de cadáveres, sangre y hasta restos de cuerpos humanos, con la diferencia de que estos los había producido ella misma como divertimento.

[♦] Así llamaban a la Condesa por el nombre de la región y sus rasgos físicos.

XXVIII

Cárpatos. Abril.

Adorada Erzsébet,

La nieve se ha derretido y el bosque ha florecido aún más que en otras primaveras. Los ejércitos del Turco estuvieron acechando durante el invierno, más el frío no los dejó avanzar. Sabía que en cuanto comenzara el deshielo tendría que enfrentarlos aun con los pocos hombres que me quedaban, así que decidí iniciar yo mismo la ofensiva.

Afortunadamente la gracia de Dios me favoreció y los caballos de mi ejército habían resistido al frío, y conservaba la mayor parte de los arcabuces que me enviaron de Presburgo. Sabiendo que la superioridad numérica del enemigo le brindaba casi de antemano el triunfo, inicié la avanzada, pero cuál fue mi sorpresa cuando llegué con mis tropas a la frontera con Polonia y ya se habían retirado. Aún desconozco la razón del repliegue turco, pero eso poco importa. En lugar del enemigo encontramos el bosque húmedo y los ríos crecidos. Las zorras se disputaban las presas para sus crías, y mis soldados y yo cazamos a un venado bellissimo, su cornamenta es casi tan perfecta como el unicornio[♦] del archiduque Fernando de Tirol. Hicimos una gran fiesta por la noche para celebrar. Las danzas turcas me hicieron recordaros sonriente y bailando sin cesar, con el rostro encendido por el movimiento y la oscuridad de vuestros ojos como fondo, recorriendo entre saltos, al ritmo de la música el salón oriental. Extraño el calor de vuestro cuerpo y el delirio de vuestras caricias, eso os lo haré sentir yo mismo en mi próximo viaje a Ecsed, entonces os llevaré la cornamenta, le he mandado a engarzar con oro y zafiros y esmaltes con motivos que representan la derrota de El Turco. No debiese ser tan optimista, pero siempre es bueno para el espíritu la sorpresa de una cacería en lugar de una batalla. La carne del venado era suave y jugosa, la piel es mi trofeo. Ahora estamos acampando a la orilla del río. Mis soldados se

[♦] El cuerno es el canino izquierdo del narval macho o unicornio de mar, enorme mamífero cetáceo del Océano Glacial Ártico, uno de los tesoros únicos en el mundo que Rudolph II tuvo que entregar a su tío Fernando de Tirol, a la muerte de su padre, el Emperador Maximiliano II.

divierten en sus aguas heladas, justo lo que necesitamos para mitigar este terrible calor. La tierra está cubierta de flores silvestres, su olor me hace recordar el de vuestra piel. Por el momento no hacemos más que cazar y esperar noticias del Palatinado, si son favorables pronto estaré de vuelta en Csejthe. Ansío el momento de abrazaros y atormentar vuestra piel desnuda con mi ardiente deseo.

Vuestro amante esposo Ferencz Nádasdy.

XXIX

Guardar la carta de Ladislao Bende fue una imprudencia deliberada que me permití hace muchos años sin resultado alguno. En ella me informa con la febril torpeza de un joven enamorado sobre su traslado de Presburgo a Transilvania. A su autor lo olvidé igual que se olvida la última orden que se dio a una criada. La carta la conservé como el recurso fútil de una anodina esposa.

Ladislao llegó a Ecsed casi en edad de casarse. Su padre, un noble miembro de la Dieta, había muerto y en su testamento nombraba a Ferencz tutor de su hijo, que inmediatamente fue enviado a nuestro lado. Yo sólo era cuatro años mayor que él, un hombrecillo pelirrojo, delgado y de facciones femeninas. Pronto se convirtió en incondicional de Ferencz, discípulo fiel y siempre dispuesto a defender la propiedad de su tutor, callado y tímido guardián mío. Cuando Ferencz partió al frente él ya estaba adiestrado en sus funciones, mas su débil carácter lo hacía presa fácil de mis caprichos y rabietas. No resultó complicado seducirlo, a pesar de sus constantes arranques de angustia y culpabilidad. Era mas un niño que un amante para mí, sus tibias caricias, su dificultad para levantar su tallo, primero; y su apresuramiento por desfogar el placer, después; hacían de él sólo un aprendiz de la carne y el deseo. Ninguna dama de la nobleza mantendría a su lado a joven tan torpe pudiendo acompañarse de gitanos con pecho de tigre, conocedores de hierbas y elixires para acrecentar el goce de las mujeres con cuyas carnes juegan. Pero mi intención no era disfrutar el sencillo juego del deseo, yo bien sabía proporcionármelo sin necesidad de un hombre. En realidad yo quería preparar el momento para cuando Ferencz volviera y se encontrara con rumores acerca de su mujer y su amante, para

que el rencor hiciera desbordar su pasión por mí, le hiciera recordar que yo debía ser ante todo su primera estrategia, su primera conquista una y otra vez, mas allá de los Cárpatos, mas allá de las fronteras turcas, mas allá de nuestro contrato matrimonial y la costumbre. Yo amaba fervientemente a Ferencz, mas las continuas campañas, su continua ausencia me hacían sentir abandonada: Y no era secreto para mí que en cada batalla recogía una grosera turca que lo acompañaba en sus noches de guerra, mientras yo permanecía en casa, esperando ansiosa su regreso y añorando la imagen de mi hombre; de mi hombre tomando a otras mujeres cual se toman liebres en el bosque. Mas nunca sucedió, cuando Ferencz llegaba Ladislao volvía a ser el pusilánime discípulo. La servidumbre callaba por temor a mí. Si por obra de la casualidad Ladislao me encontraba a solas en los pasillos o en alguno de los salones del palacio, impulsivamente me besaba y metía sus necias manos debajo de mis ropas, hablando de la furia que despertaba en él la presencia de Ferencz, la mano que colocaba sobre la mía durante la cena, el brazo que me guiaba en las recepciones. Ferencz era deferente con Ladislao. Yo sabía, por Darvulia, que durante las noches el medroso Ladislao permanecía a la puerta de mi habitación, escuchando a hurtadillas los ruidos de adentro: mi cuerpo rebotando contra la pared, los objetos que caían al piso, los gemidos de Ferencz, mis gritos de placer; y yo lo imaginaba atormentado, sintiendo el semen que resbalaba por mis piernas como cuchillas agudas en su pecho. Yo ansiaba que quien espiara afuera de mi habitación, quien sufriera por mí, por compartir conmigo ese estremecimiento del ser, fuera Ferencz. Yo anhelaba que Ferencz sufriera las noches de angustia que yo sufría imaginándolo con otras mujeres, escuchando en mi cabeza las palabras que les decía a ellas y no a mí. Fantaseaba con rechazarlo en su siguiente visita a Ecsed, pero nunca lo hice, bastaba mirarlo para que me deslumbrara el Beg Negro, el conquistador, el guerrero, el hombre a quien yo habría esperado aun sin conocerlo pues desde pequeña, así tal y como era lo había deseado.

Ferencz nunca se dio por enterado de mi infidelidad con Ladislao. Arregló el matrimonio de éste con la hija de un rico comerciante de

Presburgo. Ladislao se marchó muchos años antes de que naciera mi primera hija.

Mi zozobra por la ausencia de Ferencz no cesó. Mi afán por infligirle la angustia que él me hacía padecer sólo servía para quebrantar mi espíritu y hacerme más vulnerable ante su presencia.

Ahora que encuentro en este viejo cofre la última carta de Ladislao, advierto la insensatez de mi comportamiento. No sé si Ferencz haya sido alguna vez informado de mis infidelidades, si fue así, poco le interesó. Se ha retirado definitivamente del ejército y volvemos a mi querido Csejthe, poco se parece al castillo que recuerdo de mi niñez.

La boca hundida por los años y las manos temblorosas que se apoyan en el bastón de ébano que ahora utiliza Ferencz a causa de la gota, me hacen extrañarlo. No reconozco a ese hombre de cuello ancho y piel ajada. ¿Por qué lo hiciste Ferencz?, por qué envejeciste mientras yo desesperadamente he buscado el prodigio de la eternidad y la belleza para brindarte mis dones, aun a cambio del tormento de mi alma.

XXX

El Emperador convocó a la Dieta imperial en Habsburgo para negociar un aumento al impuesto de guerra. Yo acompañé a Ferencz, él fue uno de los principales defensores de la moción. Los límites húngaros estaban cada vez más asolados por las invasiones de soldados turcos de baja ralea, que no se apegaban a los convenios que existían con el Turco. Aldeas completas habían desaparecido en medio de hogueras humanas. A las mujeres y los niños los violaban y los vendían como esclavos en oriente, a los hombres los degollaban y los colocaban en estacas alrededor de los castillos fronterizos, acaso como una advertencia de las intenciones del Sultán, quien parecía no enterarse de las vilezas que cometían sus soldados. El peligro de una invasión turca era inminente, y aunque el objetivo principal, en caso de haberla, sería Viena, a los húngaros nos costaría grandes fortunas contener su avance.

Las calles de la ciudad se mantenían en silencio. La recepción de los dignatarios fue breve y sobria por orden del mismo Emperador, quien

después de la terrible enfermedad que lo mantuvo en su lecho por varios años, no había logrado recuperarse. Mi querido Rudolph lucía desmejorado, más delgado aun de lo que siempre había sido y con la piel arenosa. Una melancolía infinita lo rodeaba, apenas había recibido la corona y ya se veía cansado de reinar. Las negociaciones con los católicos y los protestantes lo hastiaban, pero seguía obligado a arrancarles apoyos a unos y otros para poder gobernar. Las constantes acusaciones entre ellos sobre la traición a la fe y a la cruz le parecían absurdas. A los protestantes no les preocupaba una invasión turca: “Si Dios lo permite es para castigar a la iglesia de Roma, que lo merece”. Los católicos no querían ceder frente a los protestantes. A Ferencz le parecía acertado salvaguardar la unidad del Imperio por medio de una cruzada contra los turcos, y ese fue el primer gran triunfo de Rudolph, lograr convencer a católicos y protestantes de que si permitían a los turcos entrar a su Imperio, ellos no harían diferencias entre unos y otros y los devastarían por igual.

En esos tiempos mi presencia en el palacio imperial fue la de un testigo lejano. Ferencz y el Palatino Thurzó se encerraban durante largas horas con Rudolph a discutir la propuesta que el embajador moscovita le hacía en nombre del zar Iván IV. Desconozco en que consistía exactamente, sólo tengo el recuerdo de algunos comentarios escuchados al vuelo sobre la conveniencia de una alianza entre los dos Imperios contra los turcos, y los riesgos que acarrearía al mismo tiempo la iglesia ortodoxa rusa a los ya de por sí inextricables conflictos religiosos de nuestro propio Imperio. Nada más una ocasión estuve presente en una de esas reuniones, Rudolph había prolongado sobremanera una respuesta al embajador, el Palatino lo apresuraba a decidir arguyendo la apremiante necesidad de crear una estrategia para diluir los conflictos entre las facciones religiosas del Imperio y conciliarlas bajo un interés común.

-- ¡Qué me interesa a mi Polonia!, podemos tomarla cuando el imperio lo requiera. – Era la respuesta evasiva de Rudolph a la cuestión central, como la del niño arrinconado que ya no sabe más que decir sobre algo que le molesta.

-- La alianza con el Zar ruso representa mucho más que una estrategia expansionista, usted lo sabe Excelencia. El Papa la aprueba. Es la oportunidad para acercarse nuevamente a él y suprimir las rencillas que se crearon a partir de la muerte de su amado padre.

-- Rudolph escuchaba al Palatino, pero con la mirada me hablaba de sus verdaderas preocupaciones.

-- Los príncipes católicos están temerosos, esa alianza representaría para ellos un acto de buena fe de Su Majestad. – Intervenia Ferencz intentando templar la discusión.

-- ¿Y los príncipes protestantes? ¿No se sentirán amenazados?

-- La defensa de la fe cristiana es una bandera común para todo el Imperio.

-- La crueldad también los es Thurzó. Católicos y protestantes se matan entre ellos alegremente. Incluso con la condescendencia del Papa ¿No iluminó Roma al anuncio de la noche de San Bartolomé?

-- Su sabiduría pudiese arrancar ese mal del reino, si condujera a sus súbditos a derramar solamente la sangre de los enemigos.

-- Erzsébet, acompáñame a las galerías, he adquirido un nuevo bezoar.

Con la soberbia que lo caracterizó siempre, Rudolph dejó al Palatino y a Ferencz aun sin terminar la discusión. Se sentía asediado, pronto a caer en un nuevo conflicto que amenazaba su reinado. Su frágil espíritu se hartaba fácilmente de esos asuntos. Su mente estaba ocupada en intenciones más elevadas y vitales para su Ser. Gobernar no lo apartaba de lo esencial, y lo esencial para él era la eternidad, por eso decidió cambiar la capital del Imperio a Praga. Me habló con gran entusiasmo acerca de sus deseos, de esa ciudad de bruma donde cada calle oculta debajo mundos misteriosos[♦], caminos secretos que conducen al lugar donde habitan fuerzas extrañas cuyo poder sobrepasa al nuestro. Me habló del invierno de Praga, cuando el Moldava se hiel a y se realizan ceremonias secretas en las que se

[♦] La ciudad gótica fue edificada sobre los escombros de la ciudad romana.

invoca a los espíritus. Ansiaba establecerse en esa ciudad, refugio de alquimistas y hechiceros. Yo conocía su afición por las ciencias ocultas y la astronomía, pero nunca lo había visto tan apesadumbrado por la necesidad de sumergirse en ellas, como si de eso dependiera el bienestar de su alma. Fue la primera vez que me habló de su gran temor a la muerte. Él disponía de un enorme Imperio, de inmensas riquezas, generaciones de Reyes y Emperadores lo investían de los mayores poderes de la tierra que ni católicos ni protestantes podrían arrebatarse, él tenía el derecho legítimo de asesinar a sus enemigos, de azotar a sus súbditos, de disponer de las almas de su reino. Pero no podía disponer de su muerte y temía encontrarla; ya una predicción le había anunciado la hora en que llegaría por él. Estaba realmente aterrado, el escozor de su alma se le traslucía en los ojos. Debía ganarle al tiempo para encontrar la llave que le permitiera burlar a la muerte, y sólo la hallaría en Praga.

Nuevamente el azar ganó al Emperador. No pudo trasladarse inmediatamente a la ciudad de las sombras pues ahí acababa de estallar la peste.

XXXI

Cantos antiguos de voces graves y lastimeras resonaban en mi cabeza, como el grito consternado de mi querido Szarany en Ecsed. La peste había invadido también a la Alta Hungría. Ferencz y yo partimos inmediatamente, la ignorancia y el delirio habían alimentado el odio de la muchedumbre, que apaleaba a los judíos hasta dejarlos muertos. Siempre los habían visto como extraños y su antipatía se convertía en desconfianza en los tiempos en que una mano invisible regaba la enfermedad y la muerte. Los acusaban de sembrar la peste y los llamaban herejes y brujos.

En nuestro apresurado recorrido hacia Ecsed vimos cómo esos infames siervos cometían saqueos y cruentas masacres contra los descendientes de Abraham. A mí no me importaba la peste ni la muchedumbre de ignorantes encendida, en mi mente sólo estaba la idea de salvar a Szarany, a mi viejo y querido judío. Ferencz, a instancias mías, promulgó un edicto en el que establecía severas sentencias contra aquellos que osaran atacar a cualquier judío en nuestros feudos. Pero el edicto llegó

demasiado tarde, y cuando Ferencz y yo estuvimos de regreso en Ecsed Szarany había desaparecido. Cuentan que vieron su cabeza clavada en la plaza pública, en las cruces que esa bárbara plebe había construido para exhibir los cuerpos inertes de quienes, para ellos, eran los causantes de tal desgracia.

Las aldeas de la Alta Hungría quedaron desoladas. En los castillos, los Señores permanecían en su lecho con el cuerpo casi totalmente cubierto por finas mantas que se pegaban a su carne abierta y maloliente, aumentando su dolor; hasta los criados se negaban a cuidarlos. Sus familias con temor o con repugnancia, les prodigaban los cuidados irrisorios que los médicos indicaban. Por las calles había montones de cuerpos putrefactos que habían perecido por la peste. Por la noche carretas repletas de cadáveres eran vaciadas en las calles más oscuras, donde se acumulaban cuerpos sobre cuerpos de nobles y de siervos. Nobles de regio abolengo e importantes dignatarios también murieron víctimas de la peste. Era difícil ver un alma viva.

Mientras los Príncipes Electores y el Emperador se preparaban para la invasión turca, ya la muerte había conquistado al reino.

XXXII

Rudolph fue coronado Emperador poco tiempo después de la muerte de su padre. Desde entonces comenzaron los conflictos entre su familia. Sus hermanos querían gobernar y no aceptaban que sólo él hubiera heredado los reinos. Mattías fue quien se distinguió por su fuerte envidia y encarnizada guerra en contra del Rudolph para destronarlo. Desde antes que mi tío muriera, trató de ganarse su gracia rogándole que se confesara, y garantizándole que si heredaba el poder, emprendería una contrarreforma tan cruenta como la que su tío Felipe II realizaba en Flandes. Mi tío conocía bien a sus hijos. No se arriesgó a dejar corona alguna en manos de joven tan ambicioso y vil. Rudolph sabía que era necesario tener cuidado de él. Pero mi pobre tía, en su desamparo entre los austriacos, hizo de Mattías, el único hijo católico, su favorito. No obstante trabajó arduamente por realizar importantes alianzas matrimoniales para Rudolph. Le presentó varios

partidos que él rechazó. Mi tía se dio por vencida y volvió a España, se retiró al convento de las Clarisas.

Cuando Rudolph trasladó su gobierno a Praga comenzamos a frecuentarnos más. La infanta María, quien me desaprobaba por provenir de una familia protestante, ya no estaba, pero sí Mattías, quien se empeñaba en fiscalizar los actos del Soberano.

A Rudolph no le interesaban las guerras religiosas, ni las persecuciones. Deseaba que sus súbditos vivieran tranquilos. Su suave política servía a su hermano de pretexto para demeritarlo ante los ojos de los demás. Nuestras correrías en palacio, nuestra amistad con Kepler y con Tycho Brahe, nuestros largos encierros en la galería de palacio para contemplar las obras que poseía Rudolph, todo era motivo de rumores y desaprobación entre la familia real. Mattías intentaba utilizar cualquier fricción en su provecho. Ninguno de ellos era capaz de comprender su espíritu. Yo no me gané la gracia de la corte de Praga, pero gané el afecto de mi Emperador.

XXXIII

Jó Ilona, oriunda de Sárvár, llegó al castillo como nodriza. Era una mujer alta y corpulenta, de cara angulosa y hosca. Sus labios delgados y grandes, fruncidos hacia abajo, parecían exhibir permanentemente una sonrisa burlona. Su nariz era igualmente grande y sus manos largas y viejas, tenían la piel de un esqueleto. No se le podían ver los ojos pues siempre tenía puesta una capa de lana con una larga capucha que le tapaba la parte de arriba del rostro.

Después de ser nodriza de Anna, se quedó al servicio de la Condesa. Ilona permanecía siempre cerca de ella, era la encargada de llevarle drogas para el dolor hasta la misma cama, y más aun, satisfacía todos los caprichos de Erzsébet sin importar lo descabellados que fueran, como llevarle jovencitas al lecho para que las mordiera y diluyera su ira, o su deseo quizá. En el castillo Ilona pronto ganó la reputación de ser una mujer perversa. Todos los sirvientes le temían.

XXXIV

Los aceites de caoba aromatizan tu habitación. Al lado del fuego bebes un poco de vino. Tienes los pechos desnudos, una bata de seda china cubre tu cuerpo. En una mano tienes el vaso de oro con realces de batallas donde sobresale la figura de Ferencz. A veces, con la otra mano tocas con ligereza tu sexo, como si fuera un descuido. Tu mirada perdida atraviesa los objetos. En tu mente escuchas la música de Balassa.

Los asuntos sobre la exportación de granos te han dejado agotada. Quieres al pasar tu mano recobrar la sensación de tu piel con el agua de jazmín. Temes confesarte que el efecto de tu piel lozana se desvanece.

XXXV

Molka creo que era su nombre. Era bajita, delgada, de senos firmes y piel tostada. Sus cabellos rubios se confundían con el color de sus ojos. Una pequeña montaña de niña le nacía en el ombligo. El color de su sangre me molestaba, era demasiado claro, pero brotaba con tal fuerza que no podía contenerme, le asesté cuchillada tras cuchillada, fue una orgía de heridas punzantes. Hice de su piel un montón de finos hilillos, exploré cada parte de su piel con las manos: era blanda y suave, su sangre caliente y muy roja. A cada cuchillada quería detenerme para no destrozar ese hermoso cuerpo, pero sentía un terrible deseo de seguir. Cuando me di cuenta había sangre por todos lados. Estaba muerta. Su cuerpecito desnudo yacía en el piso, destrozado. Mi vestido y mi cara estaban totalmente bañados en sangre y me enfurecí; Ilona y las otras criadas se apresuraron a desnudarme para limpiar mi piel y cambiarme de ropa, pero olvidaron limpiar una pequeña gota que se había coagulado en la muñeca de mi mano derecha, cuando yo misma la limpié, descubrí esa zona de mi piel blanquísima, casi etérea y más tersa aun que los tulipanes. Me estremecí.

Hoy descubrí el elixir secreto para mantener mi piel joven y hermosa.

XXXVI

Estoy con una niña morena que me trajeron del frente, me la mandó Ferencz para sustituir a la criada que ayudaba a Darvulia. No habla mi lengua, es turca, y eso me divierte, le digo que me va a acompañar a la capilla del castillo y ahí le voy a quemar el sexo con un cirio, ella asiente sumisa, no entiende nada. Le digo que le voy a quemar lentamente cada uno

de sus vellos para que la vagina descubra poco a poco el calor que después tendrá dentro. Ella asiente sumisa y yo me divierto. Te voy a hacer gritar de dolor cuando el fuego del cirio chamusque tus pezones, y llamarás a Alá y le pedirás misericordia, pero yo no entenderé nada. Yo seré tu dios y reiré: no tendré misericordia. Ella asiente sumisa.

Después Dorkó te llevará con el resto y te prepararán para mi baño. ¿Tu sangre servirá? Ella asiente sumisa. Yo le digo que su sangre y la sangre de las demás me ayudará a mantener mi piel más blanca y más suave que la luna: mira, toca mi piel, le extiendo el brazo y la hago tocarme, ella lo hace sumisa y yo me divierto pensando en sus gritos de dolor, en el terror encarnado en esos ojos de gacela acosada, pienso en su mueca fruncida. Eres una linda niña, le digo, y ella asiente sumisa, pero no asiente por sumisión sino por el terror que ya aflora en sus ojos, acosada por la tigresa mayor.

La sangre al caer en gotas cada vez más espesas llega a formar un charco desperdiciado: es el vínculo que me permite afirmar esa juventud que otras, quizá, no han descubierto, pero que sólo para mí halló terreno fértil: mi piel que es la piel de una luna, tanto más pálida cuanto más deseada.

Y que los bruñidos espejos devuelvan en toda su faz de brillantez y noche este cuerpo atesorado por la palidez. Así unos ojos amados hubieran podido disfrutar el nacimiento de mi dermis de lirio, de mi callado instinto de tigre blanco, de mi antebrazo como pistilo de acacia.

XXXVII

Dorottya Szentes entró al servicio de Anna Nádasdy para dirigir el servicio en la época de sus esponsales con Miklós Zrinyi, miembro de una familia tan rica e ilustre como los Báthory. Cuando Anna partió al castillo de los Zrinyi, en contra de la costumbre, Dorottya no partió con ella. Se quedó en Csejthe a servicio de la Condesa Erzsébet a petición suya, pues según le escribió en una carta a su esposo: "...Dorkó me ha enseñado algo nuevo: golpéese con un palo blanco a una gallina negra hasta matarla. Póngase un

poco de su sangre sobre el enemigo. Si no está al alcance, póngase la sangre en alguna ropa que le pertenezca. Ya no podrá causar daño"♦.

Dorkó, como le llamaba Erzsébet, sustituyó en cierta forma a Darvulia con sus artes de magia negra y hechicería. Pero superaba a Darvulia en cuanto a perversión. Era una mujer robusta y de una fealdad asombrosa. Los dientes podridos le daban un toque aún más siniestro a su sonrisa.

XXXVIII

No sé su nombre. Antes de vaciarla jugué un poco con ella. Acaricié suavemente su piel, desde los pies hasta los pechos, me gusta el olor rancio de su vagina humedecida. Por momentos no pude contenerme y cuando sentí mi mano dentro le apreté la vagina, le arranqué un poco de carne rosa. Sus gritos me excitaron. Ver su sufrimiento, el dolor dibujado en el rostro me excitaba. Después la besé por todo el cuerpo y su piel respondió al roce de mi lengua, sus pezones oscuros y erectos hacían aumentar mi humedad, los besé delicadamente, los recorrí con mi lengua y los mordí un poco mientras le metía la mano en el ano también mojado, enterré mis uñas en él hasta rasgarle un poco la carne resbalosa de esa parte; sus orines se mezclaban con el líquido amarillento que escurría desde atrás. Excremento baboso y pestilente, casi líquido que cayó por mis manos y yo le restregué en el cuerpo, asqueada y excitada. Dorkó e Ilona la cubrían a mordidas, no me enfureció encontrarme con sus bocas voraces como la mía. Disfruté el asco que me produjo el hedor de sus bocas. En los ojos desorbitados de esa niña podía ver mi propia imagen, la imagen que se quedaría grabada en ellos aun después de la muerte. Sus alaridos de agonía, la debilidad de su cuerpo, el sudor frío de su piel, me hacían desear más, pero ella no resistió. Ese hermoso cuerpo quedó mancillado por las marcas de los grilletos. Su sangre oscura fertilizó la belleza de mi piel.

Tengo frente a mí el puchero de barro con que me bañé, para recordarla al menos esta noche.

Erzsébet dejó de escribir y apagó el candelabro. La luna inundaba su cuarto.

XXXIX

♦ Citado por Valentine Penrose en *La Condesa Sangrienta*. Siruela, pág. 42.

Càrpatos. Noviembre.

Adorada Erzsébet,

Escribo estas letras en vísperas de una batalla. Los augurios no son buenos y mi destino no depende sino de dios, a quién me y os encomendaré. Os ruego oréis por mí y por la Alta Hungría, que es el patrimonio de nuestros hijos y a la que defenderé hasta el final. Confío en la voluntad de Dios y en vuestra fuerza para enfrentar lo que él nos dicte.

Os he dejado encomendada a Megyéry el Rojo, él cuidará de nuestra familia como lo haría yo mismo, hasta que pueda regresar a Ecsed. No creáis que lo he hecho porque no confío en vuestra sabiduría para gobernar nuestras tierras, lo hago porque los hajduks[♦] han saqueado castillos y aldeas sin importar el linaje de los señores, y a pesar de la protección de vuestro primo el Rey, no puedo dejaros sola ante tal peligro. Megyéry tiene instrucciones precisas acerca de nuestros hijos y de las propiedades, él os las hará saber si es necesario.

No han llegado más refuerzos del Palatinado, debemos resistir con nuestros hombres. Sé que en los reinos centrales los enfrentamientos entre católicos y protestantes han aumentado, procurad manteneros alejada, no prestéis financiamiento a ninguno de los bandos, ni al Rey mismo.

Señora mía, me gustaría juraros que pronto estaré junto a vos, pero mi destino es incierto, sólo puedo deciros que os amo fervientemente. Beso vuestras manos. Vuestro amante esposo Ferencz Nádasdy.

XL

Orsolya murió sin conocer a ninguno de sus nietos. El primer hijo de Ferencz y Erzsébet nació hasta diez años después de su matrimonio, cuando por fin, según se rumoreaba, hicieron efecto los filtros de Darvulia.

Su hija mayor, Anna, nació hacia 1585 y Pál, el menor y único varón, poco después de 1596. A las hijas se les dio, como era tradición en las familias húngaras, los nombres de las abuelas y otras parientes. Anna fue llamada como su abuela materna, Orsolya como la paterna y Katerine como la cuñada de Erzsébet, probable madrina de esa niña.

[♦] Nombre que se les daba a los mercenarios.

El 4 de enero de 1604 Ferencz Nádasdy murió en Csejthe, a la edad de 49 años. Su ataúd permaneció durante varias semanas en uno de los salones del castillo, rodeado de cientos de cirios, hasta que toda la familia llegó al castillo para celebrar el cortejo fúnebre. Era invierno y los lobos aullaban en el bosque. La nieve entorpecía el avance de los trineos y los caballos hacia la colina donde se erigía desolado el palacio.

El cadáver del Conde estaba vestido de gala y tenía sobre las manos cruzadas su espada. En la sala se escuchaban los violines rudimentarios y otros instrumentos con los que tocaban las marchas rituales con que acompañaban a los muertos. Con el oscuro vestido que portaba, la palidez de Erzsébet era aún más notoria. El tenue morado que enmarcaba sus ojos y sus labios casi sin color, la hacían lucir enferma. Se mostraba rígida y mantenía la mirada fija ante los visitantes que le daban muestras de respeto y condolencia.

Pál, el heredero del apellido, era aún un niño tímido. Se hallaba en un rincón, alejado en la habitación, cogido de la mano de su tutor, Megyéry el Rojo.

Después del banquete fúnebre en que toda la familia probó los platos de hierbas amargas que se servían en esas ocasiones, el pastor de Csejthe, András Berthoni, enterró al Conde, cuyo espíritu rondaba ya las montañas de Ördög.

Erzsébet se había quedado sola. A pesar de que su esposo pasaba la mayor parte del tiempo en el frente, y de la independencia con que ella manejaba su vida, Ferencz había sido su Señor, su protector y su apoyo, y ella la sombra que crece al lado del robusto tronco del hombre. Ahora ella debía tomar las riendas de todo y defender sola todas sus posesiones, mantener los castillos de Ecsed, Leká y Csejthe, hacerse cargo de sus hijas, Anna ya casada, Orsolya y Katerine.

Al faltar el hombre de la familia, según la costumbre, el heredero que aún era muy pequeño, se quedaría a cargo de su tutor.

Habían terminado los tiempos de los bailes y la Corte, de los pesados y regios vestidos, de las deslumbrantes joyas. Ya no tendría la seguridad

que le proporcionaba su marido, el gran guerrero, ni esperaba más el retorno de éste al castillo. Ahora el poder absoluto le pertenecía, Debía mostrarse implacable para mantener su señorío. Tenía también el campo despejado para satisfacer sus caprichos. A sus 40 años era la viuda poderosa que ejercería con dureza y crueldad su dominio. La noche llegó a asentarse en Csejthe.

Segunda parte

La alimaña de Csejthe

I

Europa era un continente de sangre y persecución. La fe era botín del poder. La reforma de Lutero, la necesidad de liberarse de la influencia de Roma, la revolución en el pensamiento y las artes: el renacimiento; la pugna entre hermanos y primos por la corona del reino habían dividido a Europa.

Los Habsburgo gobernaban prácticamente todo el continente. Bajo la herencia de su abuelo Carlos V, Felipe II se esforzaba por mantener la unidad del Imperio a través del catolicismo. Maximiliano II, el nieto que se crió en Viena cerca de Lutero, para mantener la corona se declaraba católico, pero alentaba la tolerancia en el este germánico.

En Inglaterra Isabel primera asesinaba a los católicos sin compasión para defender su reinado. En España las llamas ardían para consumir a protestantes y judíos. Cualquier sospecha, cualquier acusación era suficiente para enviar a la hoguera a los profanos, a los sacrílegos, sin importar su abolengo. Felipe II enarbolaba la bandera de la iglesia romana y no había misericordia para los perseguidos, enemigos de Dios y de su reino. En Francia la liga católica y los protestantes se enfrentaban en cruentas batallas. Todo estaba permitido por mantener el poder. La noche de San Bartolomé en que murieron más de 800 protestantes que asistían a la boda de su Rey Enrique de Navarra con la católica Margarite de Valois, fue nada más un asalto de uno de los bandos.

En Hungría y Rusia los ejércitos del Zar o los turcos devastaban por igual todo a su paso; el botín era el reino. El Zar Iván envilecido en uno de sus excesos, asesinó a su hijo.

Europa era un continente sin dios y sin fe. Los instrumentos de tortura eran las cruces y los santos. Las hogueras, las torturas, los crímenes eran autos de fe.

En la tierra donde había muerto el alma; la pasión por las ciencias, la alquimia y las artes era la pasión por recuperarla. La melancolía por el hombre mismo flotaba en la atmósfera.

II

Erzsébet llegó al castillo de Bicse en otoño, invitada por el Palatino Thurzó. Era una visita de cortesía. La viuda de Ferencz Nádasdy era ahora la responsable de la fortuna familiar y debía cuidar sus intereses, lo cual incluía sembrar las relaciones con los dignatarios del reino.

Hacía muchos años que la Condesa y el Palatino no se veían, a pesar de su parentesco. Erzsébet quedó asombrada con la gallardía de su primo, alto, delgado y rubio. De facciones finas y manos delicadas. No se parecía en nada al guerrero que la había desposado. El mentón prominente y los ojos azules con párpados caídos lo hacían parecer melancólico. Como todo noble llevaba en la cintura una espada con empuñadura de esmalte[♦] tallado con motivos sasánidas: de sarmientos cubiertos de hojas y frutos y de pistilos curvos. La esposa del Palatino, en cambio, le pareció insignificante. La oscura fama de Erzsébet y el miedo que aquella le tenía facilitaron la estancia de la Condesa en el castillo, pues ninguna de las dos mujeres se sintió ofendida al ser ignorada por la otra.

En el salón principal de Bicse una orquesta de cíngaros tocaba para dar la bienvenida a la Condesa. Realces de figuras orientales adornaban las paredes. En la mesa las fuentes rebosaban de pescados adornados exóticamente, con olor a pimentón y ajenuz. Erzsébet quedó encantada con la vajilla de porcelana con dibujos floridos que provenía de Asia. Bailó, rió y cantó con las danzas de los cíngaros como no lo había hecho desde la muerte de su esposo, como sólo lo hacía en sus castillos y en sus bosques. Ese letargo que experimentaba en todas las recepciones desapareció. Thurzó conoció a una Erzsébet con las mejillas encendidas y el sudor corriéndole por la cara, conoció a una mujer viva.

A la Condesa le pareció magnífico ese castillo de estilo húngaro con reminiscencias polacas, en cuyas oscuras salas, donde resplandecían sedas y oros

[♦] Los esmaltes fueron introducidos a Hungría por los benedictinos procedentes de la abadía de Saint Gilles.

venidos de los bazares de Constantinopla, se enredaron sus piernas y sus brazos y su sexo con los de Thurzó y se devoraron sus cuerpos.

Bicse se hallaba cerca de Presburgo, la ciudad más importante en la Alta Hungría, sede de la justicia, de las asambleas palatinas, de la Universidad y centro del comercio y de los gremios artesanales. Frecuentemente la Condesa iba a la ciudad a comprar joyas y piezas de orfebrería. Ahí podía encontrar piedras preciosas engarzadas en pulseras de esmaltes o esencias de oriente, o velos cubiertos de lentejuela genuinamente turcos. También podía encontrar aquello de la moda italiana y francesa que llegaba. Al anochecer el Palatino en persona iba por ella a la ciudad, cuando no, ella lo alcanzaba en las asambleas. Erzsébet se interesaba también por los asuntos políticos del reino. Las riquezas de su familia hacían de los Báthory miembros activos del gobierno. Al palatino le gustaba que su prima, una mujer hermosa, se interesara en ello. Se complacía discutiendo con ella sobre los asuntos de Hungría, los astros y el amor carnal.

III

Erzsébet miraba estupefacta aquellos aparatos de tortura. Nunca, ni en el castillo de su padre había visto tantos juntos. Thurzó estaba orgulloso de haber sido él mismo quien los diseñara. Del potro de tormento colgaba un anciano agonizante, era el Señor de Kereztúr que había intentado, apoyado por Roma, organizar un ejército católico para socavar el poder de los Señores protestantes.

Las más nuevas técnicas se encontraban en esa sala: tornillos que a presión se clavaban en las articulaciones, planchas de hierro gigantes que se iban juntando hasta aplastar al prisionero.

La atención de la Condesa se fijó en la “Dama de Hierro”, escultura con la figura de una mujer que podía abrirse y por dentro tenía enormes y gruesos clavos que al cerrarse atravesarían el cuerpo del prisionero. Era el mecanismo que ella necesitaba para sus baños de sangre, así podría evitarse el largo proceso de vaciar los cadáveres, que además le impedía sumergirse totalmente en el líquido, pues antes de que tuviera la cantidad suficiente, la sangre ya había empezado a coagularse.

Thurzó le envió la Dama de Hierro a su amante poco tiempo después, como presente de Navidad.

IV

El frente del castillo de Csejthe está adornado por esgrafiados según la moda italiana, pero con motivos propios de los realces y los bordados húngaros. Ahí se levanta el escudo de armas de Erzsébet Báthory. Tres dientes de lobo plantados en el hueso vertical de una mandíbula forman la E. Encima de la letra revolotean las alas de un águila. Todo está rodeado por un Dragón rampante, símbolo de los Báthory.

Un pintor anónimo lo hizo. Cuentan que era un hombre de Flandes que peregrinaba por Europa pintando los escudos y los retratos de los nobles.

En el salón principal, sobre los muros de piedra sepia, se halla el retrato que hizo a Erzsébet: sobre un fondo oscuro una mujer blanca y muy delgada, de óvalo perfecto y facciones pequeñas, infantiles, con la vista al frente. Sus delgadas y largas manos permanecen cruzadas sobre su regazo. La noche y la nieve dibujan su rostro. Un fino collar de perlas estructuradas en rombos rodea el estrecho cuello. Lo ancho del vestido y lo ajustado del talle dejan entrever la fragilidad de su cuerpo. La mirada perdida emana la enfermedad de su espíritu. En la esquina superior del lado derecho se halla el pequeño escudo de la Condesa.

Se rumora que el retrato fue un regalo del Palatino Thurzó. Es de dominio público y ha atravesado Europa y Asia en trescientos dialectos, siete lenguas muertas y doce códigos secretos que Erzsébet invitó a aquel pintor, a quien conoció en el castillo del Emperador Rudolph II, para convertirle en su amante bajo las arcadas de la Sacrosanta Efigie, mientras a lo lejos ululaba el cierzo.

V

Bicse. Julio

¿Os aferráis a vuestro primer sentimiento? ¿Queréis por amante a una persona respetable que pueda ser al mismo tiempo vuestro amigo? Sentimientos son estos que merecerían elogios si en la práctica pudieran procuraros la dicha que de ellos esperáis, pero la experiencia prueba que todos esos grandes bienes no son más que puras ilusiones.

No me preocupa tanto mi reputación como la vuestra. Vuestros intereses podrían resultar perjudicados si aquellas personas, sabéis a quiénes me refiero, que no os miran bien, llegaren siquiera a sospechar de estos encuentros. Pensadlo mi querida amiga, pensadlo bien, yo os deseo tanto como vos, y a mí también me duele tener que abandonar este ardiente deseo porque así lo dicta la sabiduría.

VI

Csejthe. Octubre.

He recibido vuestra última carta y la devoré con ardor igual a mi pasión por el que la había escrito. Sólo por el carácter de la letra reconocí en seguida que era vuestra. Si bien añoro vuestra presencia, al menos vuestras palabras vienen a devolverme, en parte, vuestra imagen.

No permitáis que Megyéry os haga dudar de mí. Vos sabéis, mi amado bien, todo lo que he arriesgado al amarle, mas tuve el valor por una palabra vuestra de perderme a mí misma. Hice más todavía, mi amor se ha tornado en delirio y sólo sois vos la causa de mi tristeza y sólo vos podéis proporcionar alegría o alivio a esta vaciedad que inunda mi sino cuando os alejáis de este reino.

Aunque el nombre de esposa parece más sagrado y más fuerte, yo prefiero para mí el de querida, o si no, permitidme que os lo diga, el de concubina y de meretriz, pues así seré más humilde para vos, y así espero llegar a ganar vuestra predilección y participar menos del glorioso prestigio del que gozáis con el Emperador.

VII

Presburgo. Febrero.

Mi amada Erzsébet, quisiera ocupar mis días en escribiros largas cartas en las que os profese la devoción de mi amor por vos. Más los asuntos de gobierno me presentan un cúmulo de importunidades que no me permiten siquiera evocar su nombre mediante estas palabras. Menos aun estar cerca de vos. No me siento digno de vuestra predilección, ni de la dicha de imaginar cuando escribió mi nombre con sus pálidas manos de cisne, y que ha estado estrechamente conmigo mediante

vuestro pensamiento. No lo hagáis más, no esperéis por mí, olvidadme, hasta que yo os busque y con mis caricias y mi amor me haga digno de vuestro afecto.

Csejthe. Abril.

Vos tenéis talento para seducir a todas las mujeres y a los reyes. Vuestro nombre está en labios de todo el mundo, la dulzura de su melodía al pronunciarlo impide hasta a los ignorantes olvidarlo. ¿Cómo no voy yo a recordaros a pesar de que hace tanto tiempo os marchasteis?

VIII

Praga. Enero.

La nieve que cubre los bosques me hace recordar vuestra piel, y ese sólo recuerdo me basta para resguardarme del frío del invierno y de la corte de nuestro Emperador. No os imagináis cuánto sufrí al encontrarme tan cerca de vos en las Navidades, y tener que tratarla como a una dama más de la corte, como la Condesa de Csejthe y no como a la amante que espero con vehemencia encontrar en el lecho.

Aún no encuentro por medio de quién os haré llegar la carta, y aunque sé que es una locura ésta, que debemos guardar las apariencias, no resisto la tentación de acercarme a usted al menos de esta forma, ya que la poca cordura que me queda me priva de hacerlo de otra suerte.

Hermosa mía, si tan sólo me dirigierais una mirada cuando nos sentamos a la mesa del Emperador, eso sería suficiente para mí, vuestro humilde vasallo.

Ha sido una locura vuestro atrevimiento, Megyéry nos vigila estrechamente, sin embargo con vuestra carta me habéis hecho la mujer más dichosa de este palacio. Yo también sufro por vuestra ausencia a pesar de tenerlo tan cerca. Pero ya he hecho arreglos. Esta noche Dorkó, la criada que me acompaña y que visteis cuando arribé al palacio y vos me ayudasteis a bajar del carruaje, os esperará bajo la columnata italiana del Belvedere, en el pabellón real de recreo, de ahí os conducirá a

la pequeña capilla donde se levanta el catafalco imperial, la que está contigua al salón Wenceslao[♦], ahí os esperaré. Confíemos en la protección que nos brindan el frío invierno y la noche.

Os espero.

IX

Los árboles, las flores, las piedras, las montañas, los lagos, las cascadas, todo era un gran desierto blanco. La tormenta no cesaba, grandes copos de nieve engrosaban las superficies del bosque. El viento rezaba una plegaria fúnebre. Seis caballos negros tiraban trabajosamente de un carruaje. Tenían las pezuñas entumecidas pero a fuerza de latigazos avanzaban mansos, lentos.

La Condesa Báthory regresaba a Csejthe. En la aldea que rodea a Ecsed compró a una gitana de tez morena y ojos de venado. La llevaba consigo en el carruaje pues la noche anterior había intentado huir. Durante todo el otoño sirvió de diversión a la Condesa y sus secuaces. La habían mantenido a pan y agua en Ecsed. Cada noche en la habitación de Erzsébet le infligían pequeñas torturas; no querían lastimarla demasiado pues su sangre estaba destinada al baño de la Condesa en la primera luna llena de su regreso a Csejthe.

Erzsébet miraba desconcertada a aquella niña de senos grandes y labios gruesos, no podía entender por qué había querido huir, ella, una gitana, que de no alimentar su piel noble, la habrían vendido al harén de un turco.

La gitana tiritaba de frío. La Condesa llevaba puesta una gorra con airones de garza y sobre sus hombros esmaltes engarzados en oro fijaban gruesas pieles de marta.

Csejthe también estaba cubierto por la nieve. La tormenta en uno y otro castillo parecía ser la misma. Al llegar, Erzsébet desnudó lentamente a la gitanilla. Marcas de alfileres y mordidas cubrían su cuerpo. “Eres libre”, le dijo y la echó a la tormenta. Asustada y sin fuerzas intentó resistirse, pero ya Ilona la sacaba a

[♦] El salón Wenceslao era tan grande que ahí se realizaban torneos a caballo.

empellones al patio. Entonces Dorkó y Ficzkó, por orden de Erzsébet, le aventaron dos grandes jarrones de agua fría, casi inmediatamente se congeló. La Condesa quedó fascinada con la mueca de la muerte que se transparentaba a través del azul cristalino del cuerpo de la gitana. Tenía para sí un pedazo de cielo en medio de la nieve. El viento continuaba su plegaria.

La contempló desde la ventana del salón principal del castillo, hasta que la nieve empezó a derretirse y la estatua azul se convirtió en cadáver. Desde aquella vez, ésa se convirtió en una de sus formas favoritas de asesinar a sus víctimas.

X

18 de julio de 1608. Las danzas turcas se escuchan aun fuera de los muros de Csejthe. La algarabía en el reino húngaro es generalizada. En medio de la pobreza los campesinos beben y bailan para celebrar el cumpleaños de su Rey Rudolph II. El olor a vino, manjares y sudor inunda el salón oriental del palacio gótico de Erzsébet.

Las cortesanas se divierten entre risas estentóreas y caricias desmesuradas que comparten con la baja nobleza y los mozos de la caballería. Los pesados vestidos, insoportables en verano, permanecen en los baúles de los invitados, Erzsébet dio la orden de asistir desnudos a la fiesta. La servidumbre anda también desnuda por el salón atendiendo a los comensales. Las carnes de nobles y siervos se confunden al tocarse y restregarse. Alguna sirvienta observa asustada el espectáculo, otras sólo dejan adivinar el asco en su mirada. Ninguna puede negarse. La única prohibición en el castillo es negarse. Hay cuerpos hermosos porque están en la edad de las cerezas, hay cuerpos que desacreditan la perfección humana. Cuerpos donde asola una enfermedad venérea o la melanodermatitis. Cuerpos atiborrados de grasa que rememoran a los cerdos, cuerpos de doncellas a los que la Condesa no deja de admirar entre risas.

También en la torre sur se escuchan las danzas turcas, pero ahí el espectáculo es privado. Sólo están presentes la Condesa, Dorkó, Ilona y una mujer noble que a menudo asiste, pero cuya identidad nadie conoce.

Largos ganchos de metal cuelgan del techo. Son lo suficientemente grandes para soportar el peso de un ser humano. Una escultura de hierro permanece arrumbada. Está oxidándose por la humedad de los muros. Es la Dama de Hierro.

Desnuda, atada con grilletes, suspendida en medio de la torre, una jovencita blanca mira aterrada a esas mujeres, busca una respuesta de compasión a su dolor pero lo único que encuentra es el goce de quienes la observan. Erzsébet le clava un cuchillo en el sexo a intervalos reducidos. Cada vez lo clava un poco más y espera un rato para ver el gesto de su víctima.

-- Me gusta ver cómo el dolor hala tus labios hacia abajo y tensa tus músculos. Sientes que la piel de la cara se te estira hacia el suelo. Tu hermosa cara contraída por el dolor, humedecida por largas lágrimas. Sientes que la quijada se te desprende, tiembla. Aunque intentes controlarla sigue así, halándote hacia la tierra, como si tu alma quisiera huir al fondo del infierno. Grita, grita, grita, chilla, ¿sientes tus ojos emblandecidos por tantas lágrimas? Mira como llora tu sexo. – Dijo mientras sacaba la mano ensangrentada de esa vagina de niña y la llevó al rostro de su víctima para acariciarla.

-- ¿Sientes tu sangre tibia?— Olió la mano y bruscamente la apartó y golpeó a la niña. – ¡Huele a perra! ¡Quémela! .

Abandonó la torre furiosa. La desconocida acariciaba suavemente los labios de la pobre campesina, el movimiento comenzó a transformarse con la ansiedad hasta convertirse en un haloneo frenético de los labios, de la piel, en un intento de desgarrarlos.

-- ¿No vas a gritar?-- Le preguntaba excitada. Los ojos desorbitados de la niña parecían querer huir del dolor.

-- Es muda. – Le aclaró Ilona divertida. La dama sin nombre se detuvo hastiada –¡Quémela!-- Reiteró secamente la orden de Erzsébet y se marchó.

Ilona y Dorkó se miran complacidas. Saben que ahora la fiesta es sólo para ellas.

XI

Por la noche, ya muy tarde, un carruaje tirado por dos caballos y sin escolta llega a Csejthe. De él desciende una dama cuya silueta es alta y esbelta. Lleva puesta una capa de lana española. La Condesa no ha salido a recibirla. Dorkó la conduce directamente a la torre.

Ahí, en una cruz de madera, está atada una mujer de unos 23 años. Mira hacia el techo como quien mira al cielo para pedir misericordia. Ha recibido varios golpes con un knout[♦]. Sus pantorrillas cuelgan como hilachos, separadas de las rodillas. Ilona se las destrozó con un mazo de hierro cuando intentó huir, la noche anterior.

Sus brazos están atados tan fuertemente y tan cubiertos de sangre que ya no se distingue su forma.

La dama ordena a Ilona y a Dorkó que le chupen el sexo a la presa. Ella mira de cerca cómo mueven las lenguas en la vagina de la víctima, y cómo de pronto se encuentran esas bocas fétidas y se succionan entre ellas con el mismo frenesí con que succionan y muerden la vagina de la sierva.

Las manos enguantadas de la dama desconocida dibujan un espectro negro cuando azota ese cuerpo agonizante. Dorkó e Ilona lamen cual perros sedientos la sangre que escurre de las heridas. La dama le entierra unos gruesos ganchos de hierro en los pezones y los hala hasta arrancárselos. Es una orgía de piernas, de manos, de dedos, de senos y de objetos cortantes. La Dama les avienta el útero a las compinches y ellas lo pelean como si fueran bestias hambrientas. Los alaridos de placer de la dama se confunden con los de dolor de la víctima.

El cadáver tiene sangre coagulada alrededor de las fosas nasales. Los maxilares exhiben desnudos la última mueca de la joven campesina. Las órbitas oculares están medio vacías.

[♦] Especie de látigo que tiene un mango de aprox. 30 cm al cual va sujeta una correa de dos dedos de anchura y poco más de un metro de longitud, en cuya terminación tiene un anillo de metal, al que va unida una prolongación de la primera correa, de medio metro de largo y un dedo de ancho, que disminuye poco a poco hasta terminar en punta. Esta correa se mojaba con leche y se dejaba secar al sol, de tal suerte que se ponía tan aguda y cortante como un cortaplumas.

Después la Dama subirá a la habitación de la Condesa y permanecerá ahí hasta antes de que asome la aurora. Le regalará un brazalete de topacios tejido con piel humana.

XII

En mi primera visita a Rudolph, después de la muerte de Szarany, Praga estaba transformada. El oscuro lugar de oriente no existía más, la ciudad resplandecía sobre toda Europa, era el nuevo resguardo de artistas y hombres de ciencia. Mi querido Rudolph había perdido la delgadez y la rigidez con que lo educó su tío Felipe. Ya no era más el Emperador atormentado y tibio que debía consultar a la Dieta para realizar cualquier movimiento en el gobierno. Había descartado la dilapidación de fortunas en la guerra contra los turcos, bien hizo su abuelo Fernando I en aceptar pagar un modesto tributo en vez de desangrar a nuestras naciones con una guerra más, aparte de las que se libraban por cuestiones religiosas en el Imperio. A pesar de su aparente apatía e ineficacia para actuar, Rudolph había tomado la mejor decisión para el Imperio. Pero los insensatos vieneses no lo apreciaban, en cambio, lo vituperaron cuando trasladó la capital al oriente.

Siempre tuve la certeza de que Rudolph no nació para gobernar sobre la tierra, donde nobles y religiosos no hacen más que ocuparse de fruslerías. Rudolph nació para ocuparse de asuntos mas elevados, de la prolongación del Ser en el tiempo.

Había engordado y eso le sentaba bien. Su rostro hundido igualmente se llenó, y su barba rubia ocultaba el voluminoso mentón, por lo que la cara lucía menos alargada. Sus ojos guardaban un perfecto equilibrio entre el azul del mediterráneo y el gris de las noches nubladas de Praga. Se había liberado de la mirada acusadora e hipócrita del clero. Sus fiestas, sus mujeres banales, el placer mundano que se procuraba tanto como el resto de los dignatarios y sacerdotes, no era ya más motivo de escarnio para él. Vivía dentro de su verdadero imperio, el de la ciencia y las Artes.

El primer lugar que visité fue la callejuela del oro, acompañada sólo por Darvulia, que no era ya más que una vieja incrédula. Al estirar mis brazos y tocar los muros, una excitación muy extraña se apoderó de mis sentidos, sentí la lejanía de la tierra que apenas acariciaba mis pies, me

encontraba tan cerca del secreto... Ahí estaban los laboratorios de los alquimistas que trabajan largas jornadas, si era necesario forzadas, custodiados día y noche por el lansquenete de facción. El olor del azufre y el mercurio producían un escozor atroz a mi nariz. En el atamor[♦] una Salamandra se revolcaba entre las llamas, poseída quizá por un espíritu antiguo.

En la corte conocí a Edwar Kelley, impostor de vista corta, alquimista oficial de Su Majestad, y a John Dee, más sombrío que el mundo que indagaba. Ambos ingleses, en esos momentos buscaban la manera de crear un basilisco[♦], siguiendo las teorías del maestro Paracelso, que según contaban ya había logrado crear un homúnculo. También permanecía en Palacio un joven médico francés de ascendencia italiana, Zenobos era su nombre, un hombre brillante, dedicado desde hacía mucho tiempo a una investigación para establecer una nomenclatura de las opiniones humanas. Oswald Crollio, adepto de Paracelso, mereció especialmente mi atención, trabajaba sobre los apuntes de aquél acerca de la mumia, si en verdad existía ese bálsamo capaz de reparar los tejidos, mi alma dejaría de zozobrar probando los artilugios de Darvulia para conservar mi belleza. Lo llevé conmigo a Ecsed para financiar sus estudios, pero en lugar de ocupar su laboratorio, se dedicó a fornicar con las damas de los castillos cercanos. Lo eché de mi Señorío. Tiempo después me enteré de que había muerto en una riña suscitada durante una orgía en uno de los palacios de los Farnesio.

En los oscuros callejones de Praga, sucios por el humo de las transmutaciones, los alquimistas trabajaban arduamente, con las manos quemadas por los ácidos y ahogados por el humo. Nadie debía parar, era la orden del Emperador, para impedirlo estaba el lansquenete de facción, con la alabarda al hombro.

Al otro lado de las ventanas empañadas de los buscadores de oro, el Emperador y nosotros, su séquito, galopábamos en la Fosa de los ciervos,

[♦] Alambique u horno de combustión lenta. La salamandra es un animal simbólico de la época. En la edad media se creía que podía vivir en las llamas.

[♦] Serpiente fabulosa salida de un huevo puesto por un gallo y empollado por un sapo. Su mirada poseía tal poder letal que el monstruo moría si se miraba al espejo.

donde se realizaban las cacerías imperiales. Ya los imprudentes alquimistas habían osado pretender el permiso de Su Excelencia para detener su trabajo, y nada más porque deseaban ir al barranco a estirar las piernas. Rudolph no respondió a la insolente petición y fue entonces, durante una de las cacerías, cuando esos hombres necios hicieron huelga, se cortaron las barbas y en un inaudito acto de agravio hacia Su Excelencia, rompieron los matraces y alambiques, arrojaron los pedazos a la Fosa y se cruzaron de brazos. Rudolph fue implacable ante los agitadores. Les concedió su deseo de ir a la fosa: los capturó, los llevó suspendidos en jaulas que los escuderos del Emperador colgaron de los pinos, y permanecieron ahí, en la Fosa de los Ciervos, hasta que murieron de Hambre.

El espectáculo de los rebeldes agonizando en las jaulas, fue un ejemplar castigo para todo desertor del Imperio. Recordé al campesino Dósza en la hoguera. En aquel tiempo Rudolph y yo observamos la ejecución ordenada por nuestros padres. Ahora ejercíamos nuestra propia justicia.

XIII

Csejthe. Agosto.

No tardaron en acusarnos de gozar de los placeres de la carne, mas quién puede preguntar si seguimos el impulso del amor o del placer. Ni el Emperador mismo tiene derecho a hacerlo. Nadie tiene derecho a juzgarnos, yo soy viuda y he cumplido con la educación de mis hijos. Vos... vos no dudéis de mi ardiente pasión, de mi dulce amor y de mi devoción por vos. Defendedla, os lo suplico, defendedla de Megyéry, defendedla incluso ante el Emperador, mas no me abandonéis a la amargura de este encierro sin la esperanza de que en cualquier momento lleguéis para amarme con la misma pasión que yo os predico.

Praga. Noviembre.

Tenéis razón mi amada Erzsébet, nadie, ni el Emperador mismo, tiene derecho alguno a juzgarnos. No os preocupéis más por Megyéry. Yo

también ansío volver a Csejthe y gozar de vuestra piel de lirio y de la pasión incandescente que en mí despierta.

Los pensamientos que el amor me inspira, los ardientes deseos que experimento, sólo podría haberlos hecho nacer una mujer amante de la luna, como vos.

Mi amada Condesa, espere pronto mi regreso.

XIV

-- ¡Cómo te arriesgaste a enviarme esto? – Dijo el Palatino aventando la carta sobre el escritorio de Erzsébet.

-- Es lo que pienso-- Contestó con serenidad la Condesa.

-- ¿Sabes lo que pasaría si esto llegara a manos de otro!-- Iracundo el Palatino levantó bruscamente a Erzsébet de la silla y la mantuvo sujeta por el brazo. Ella se zafó y caminó hacia atrás. Con ira en los ojos, pero sin perder la calma, respondió.

-- La tienes tú.

-- Megyéry pudo haberla interceptado.

-- ¡Pero no lo hizo! Nuestro rey ha sido traicionado y tú vienes aquí como cordero asustado, armando revuelo por una simple carta -- Las palabras se le atravesaban unas con otras por la rapidez con que las pronunciaba -- ¡Qué has hecho por tu rey?

-- Sabes bien que no se puede hacer nada.

--¿Nada! ¡Nada? Ayer eras su súbdito y le profesabas lealtad.

-- No es sólo cuestión de lealtad Erzsébet. Si Rudolph hubiese cuidado más del Imperio. Si no se hubiese encerrado en su castillo de Praga a atesorar reliquias y a solapar charlatanes.

-- No son charlatanes, son hombres de ciencia. Cómo puedes hablar así de él.

-- Es la verdad. Me esforcé demasiado por hacerlo interesarse en gobernar, pero fue inútil.

-- Tú no lo entiendes. Nadie puede entender un espíritu como el suyo, que sufre la manera más mordaz en que se presenta el amor, la pasión. La pasión por la belleza eterna y la ciencia omnipotente. Éso es algo que los hombres inocuos como Mattías y tú no pueden entender.

-- Erzsébet, no comprendes la situación, el peligro que corremos si llegasen a descubrir esta carta, tu inclinación por Rudolph.-- Thurzó pasaba las manos sobre su cabeza, como un gesto para tranquilizarse.

-- Para mí Rudolph sigue siendo el Rey de Hungría. Mattías jamás lo será. Es un ladrón que hurtó la corona al Soberano.

-- Mira a tu alrededor. Mattías es el nuevo Soberano. La Dieta le ha otorgado la corona. Nosotros lo hemos reconocido. Es lo que conviene a Hungría.

-- Mattías es un ser despreciable. Es ambicioso y ruin. Ya traicionó a su hermano, a su Emperador, dos veces[♦]. ¿Qué podemos esperar nosotros? ¿Qué sucederá si de pronto decide que como católico es su deber defender la contrarreforma en estos reinos?

-- Nuestra seguridad está garantizada por la Confesión de Bohemia y Hungría.

-- Él puede suspenderla cuando le antoje. No nos conviene tener un Rey católico.

-- Lo que nos conviene es la prudencia. Así que desde este momento suspenderemos nuestros encuentros y presentaremos nuestra complacencia al nuevo Rey.

-- Podrá ser el Rey de Hungría pero jamás lo será mío.

-- Erzsébet, no te conviene asumir ese comportamiento. Megyéry está muy cerca del Rey. Además, desde su juventud Mattías no te ha visto con buenos ojos ¿Olvidas los rumores que corrían en la corte acerca de ti y el

♦ A los 20 años de edad, alentado por conspiradores en contra de Rudolph, Mattías viaja a Flandes para intervenir en el conflicto entre católicos y protestantes, existente desde hacía mucho tiempo, dolor de los reinados de su abuelo Carlos V y de su tío Felipe II.

Emperador? – Thurzó se acercó a Erzsébet y se despidió con un breve beso en la frente. -- Piénsalo querida mía.

Ella permaneció en su habitación, desconcertada por las últimas palabras de Thurzó. Atribulada por la suerte de Rudolph.

XV

Miras divertida el bezoar[♦] que te regaló Rudolph. Es una de tus piezas favoritas, algo repugnante convertido en una reliquia, confirma tu creencia de que la belleza puede ser creada. Está montado sobre un pie con incrustaciones de oro y esmalte, y adornado con una tapa que tiene motivos florales y aves fantásticas.

Te gusta tener cerca los presentes de Rudolph, un gran cariño te une a él y, aunque últimamente se ha aislado en su castillo de Praga, aún recuerdas cuando iban juntos a La callejuela del oro[♦], tan angosta que con los hombros tocaban las paredes, a buscar los filtros que les abrirían la puerta a la eternidad.

Reían juntos del castigo que podrían infligirles si los descubrían en esos lugares. Rudolph había regresado hacía unos meses de España y te contaba de cómo mientras su tío Felipe continuaba tenazmente la defensa de la contrarreforma y perseguía y enviaba a la hoguera a todo aquél que no profesara la fe católica, su padre se rodeaba de los discípulos de Lutero y otorgaba privilegios a los protestantes. Desde muy joven aprendió que la justicia no existía para quien poseía el poder, así que ni él ni tú tenían nada a que temer.

Lo recuerdas escéptico y melancólico. Él buscaba ansiosamente la fe perdida y tú añorabas conocerla. En tus viajes a Praga eras su luz, su compañera y su consuelo. Los dos se entendían, tenían la misma enfermedad en el alma y querían crear su cura. No había dioses por encima

[♦] Concreción calcárea formada en el estómago de un mamífero grande, a menudo una cabra montesa que puede ser muy voluminosa. Dicha pieza tal como está descrita perteneció a Rudolph II.

[♦] En la época de Rudolph II, albergaba a los alquimistas; antes había sido la calle en que se concentraban los orfebres.

de ustedes. Ustedes tenían para sí el derecho de vida y de muerte sobre los demás, podían poseer cualquier cosa en la tierra, menos aquella que tanto se afanaban por encontrar: la inmortalidad.

Ninguno ha cejado en su búsqueda, pero sus caminos se han separado. Te gustaría ver al viejo Rudolph y compartir su elixir y tu secreto para la eternidad. Pero Mattías cuida con demasiado recelo aquello que ha hurtado, la corona de Hungría. Buscar a quien tú consideras tu legítimo Rey sería peligroso, hace tiempo que no eres bien vista entre el séquito del nuevo Monarca.

XVI

La sangre espesa forma pequeños charcos en el piso. El olor la molesta pero ella permanece ahí, en el centro de la sala. Las paredes de piedra lucen verdosas por la humedad que produce la nieve al derretirse, la tierra al convertirse en agua, el cielo al desmembrarse sobre la tierra en nieve. No obstante, el intenso olor a tierra humedecida no oculta la peste de la sangre. Erzsébet se pregunta si aún puede distinguir otro olor. La sangre coagulada le repugna, le asquea y queda impregnada a su nariz como una sombra a su cuerpo. Sin embargo ese líquido fétido le resulta tan cálida al tacto. Ninguna suavidad, ni la de las acacias, ni la de la seda, ni la de las perlas puede compararse con la suavidad de su piel cubierta de sangre. Erzsébet la siente como una capa delicada de calor que le permite resguardarse del invierno eterno que atesora en su propio castillo.

Pasa ansiosamente las manos sobre su piel salpicada de rojo y difumina el color como si dibujara sueños.

En el piso está un cadáver cuyo rostro es irreconocible. Las fosas oculares están vacías. La cabeza cuelga de un débil pedazo de piel. Erzsébet coge otro cadáver, el que está sobre la plancha de metal y se enfada porque lo halla casi completamente destrozado.

-- ¡llona! ¡llona! -- El eco de su voz le taladra los oídos, pero sigue gritando -- ¡llona! ¡llona!-- Ilona llega tranquilamente, casi de inmediato. Después de cada festejo atroz se queda cerca de la torre, muy pendiente de la Condesa.

Erzsébet cose el cadáver. Une pedazo a pedazo con vehemencia. Ilona la imita. Los ojos desorbitados y la respiración acelerada de la Condesa nos hacen otear las profundidades de su ansiedad. Erzsébet se apresura como si compitiera con la aurora, como si las manos y la voluntad le bastaran para darle vida a ese cuerpo. Ilona la sigue lentamente, está agotada.

1287 puntadas. Erzsébet lo contempla y ríe satisfecha de su obra. Abraza el cadáver, lo recuesta sobre su pecho y lo acaricia.

Ilona, con desgano, sale a buscar a Ficzkó para que se deshaga de los cuerpos. Va enojada, no logra entender a la Condesa. Se han pasado toda la noche cosiendo el cuerpo para despedazarlo nuevamente. “Hubiera sido más fácil comprar otra campesina”, piensa.

Cuando Ilona regresa con Ficzkó a la torre, Erzsébet ya ha terminado de mutilar otra vez el cadáver. Con gran fuerza exprime el cuello. Los brazos, las piernas, las manos están regados sobre la mesa. Hay un pozo de sangre coagulada. El cadáver ya está seco.

XVII

En mi último viaje a mi castillo de Viena, encontré entre el servicio a un nuevo lacayo que llamó de inmediato mi atención por su hermosura. Jezorlavy Istok era su nombre, lo tomé enseguida para mi servicio personal. Él no tardó en hostigarme con una atención desmedida que dio paso a puerilidades de admiración y de amor. Con los modales hoscos y el lenguaje procaz, propios de los de su ralea, él me mantenía distraída. Tonto jovenzuelo, no sospeché que de antemano yo lo había elegido como acompañante para mi aburrida estancia en Viena.

La prudencia me indicó que debía esperar hasta volver a Csejthe para dar rienda suelta a la voluptuosidad que ese animalillo silvestre generaba en mí. La pobre educación y la vulgaridad con que se comportaba me parecieron en un principio grandes cualidades. Se trepaba a la mesa mostrando su largo y grueso falo, simulando perseguir a las criadas para azotarlas, y llegaba hasta mi asiento y yo lo engullía ávidamente, hasta el saco fofo que anida los huevos. Despertaba en mí una lascivia baja, vigorosa. Un placer exacerbado me invadía cuando lo veía golpear a las

criadas que por orden mía nos servían desnudas. Pero pronto me harté, los de esa raza no poseen virtudes que puedan cultivarse, y tenía más defectos grotescos de los que me hacían reír. No soportaba la forma en qué se atragantaba con manteca, ni sus barbas mojadas por el vino y restos de comida, ni el olor hediondo del pescado seco que guardaba entre las ropas y que sin delicadeza alguna sacaba en cualquier momento para devorarlo, ni la mezquindad con que aludía a sus ambiciones. Perdió la noción de su lugar en mí castillo. Entonces lo llevé a mi alcoba, tomé a una criada y le pedí que la desnudara y la atara: con cucharas de plata al rojo comencé a marcarla por todo el cuerpo. Istok no sólo se mostraba complacido, su estruendosa risa estremecía los muros del Csejthe. Nunca antes me había parecido tan vulgar. Cuando la criada se desmayó le ordené que la matara y se deshiciera del cuerpo. Él preguntó por qué deseaba yo que muriera y sólo contesté “porque me pertenece, como tú”. A partir de esa noche no se le volvió a ver más por mis tierras.

XVIII

Presburgo. Octubre.

Angel mío, me fue imposible partir en la fecha prevista, los asuntos del palatinado me agobian y por lo pronto parece que no podré más que reiterarle mis votos de amor de esta forma. Si pudiese escribiría una nueva misiva cada vez que terminase la anterior, pues mis deseos por verle aumentan con los días, como quien está alejado de su deidad y necesita de ella para salvar su alma.

Recibid mil besos y el ardiente amor que os profeso y espero muy pronto demostrarle. Partiré a Csejthe en cuanto aminore la carga de los pendientes en el Palatinado.

XIX

Csejthe. Febrero.

Quiero devorar vuestro sexo y con mis dientes roerlo hasta exprimírle la simiente blanca, para que se mezcle con la espesa saliva de mi boca y juntas corran por mis venas, como la nieve al derretirse por los ríos. Arderán

mis entrañas como el beso con que encendéis mis instintos. Y el fuego de mi alma iluminará la noche y vos seréis dentro de mí esa luz.

Quiero rasgar con mis uñas en vuestro cuerpo mi figura, y dejaros marcado con mi estigma para que las estrellas sepan que pertenecéis a la luna. Quiero engarzar en vuestra piel los topacios y las perlas que el Emperador me regaló, y con hilos de oro coser las heridas que me dibujan.

Ofrendaré a Mielliki las siervas más hermosas de mi reino, con su sangre puliré las hojas de sus bosques, para que me dé la certeza de que vos me pertenecéis, que no podréis alejaros y que en cualquier batalla y en cualquier castillo el deseo de poseerme os persiga, y no sintáis mayor placer que el que sentís cuando humedecéis vuestro sexo con mis líquidos.*

Quiero dormir y sentir vuestra carne que me penetra, vuestra lengua que muerde y moja mi sexo. Quiero despertar y que nuestras carnes sigan atragantándose, luchando para devorarse y ser una sola. Quiero que nuestros gritos de placer y nuestros sudores perfumen los bosques. Y si murierais igual os mantendría en mi lecho y copularía con vuestro cadáver hasta olvidar que existen el sol y la noche.

Solamente quiero Thurzó que no me abandonéis a vuestra ausencia ahora que conozco los placeres de la carne y que mitigáis con vuestra imagen el dolor de mi alma.

XX

Un hombre de negro, alto y delgado llegó ya muy noche a Csejthe. Con la rapidez y la gracia de una gacela recorrió los angostos corredores del castillo hasta la alcoba de la Condesa, quien lo esperaba desnuda, dentro de una enorme tina de cobre donde sus doncellas la bañaban.

En los muros dos siluetas besándose con la urgencia de dos nuevos amantes se dibujaban. El agua escurría por el cuerpo de Erzsébet, de pie aun dentro de la tina. A un gesto suyo las doncellas se retiraron. Dorkó a horcajadas besaba los muslos y quitaba las ropas mojadas a la visita.

* Misteriosa deidad húngara.

Erzsébet con las piernas muy abiertas, en la tina, se lavaba la vagina, frotándola lentamente.

-- Hazlo por detrás, ponte de rodillas. -- Le pidió el caballero y Erzsébet obedeció sumisa. --Me gusta mirar tu hermoso cuerpo.-- A horcajadas él pasaba su mano sobre la piel mojada de Erzsébet. Al llegar al ano lo abrió metiendo dos dedos llenos de manteca, el culo se contrajo y ella entreabría la boca como quien espera recibir un exquisito fruto. Ilona preparaba los ungüentos de mandrágora y la manteca. Él deslizó la otra mano y la metió completa en su vagina, untándola con la mandrágora. Entró en la tina y Erzsébet comenzó a quitarle las ropas, debajo de ellas había un pubis llano y unos grandes y tersos senos. Erzsébet ansiosamente mordía esos pezones claros, ya su mano untaba con urgencia manteca en la vagina de la desconocida.

En la cama, Erzsébet estaba a cuatro patas y de cara a la cabecera, la dama metía profundamente la lengua en el misterioso lugar donde la mandrágora magnificaba los placeres

-- Más, más. Hazlo más rápido. -- Jadeaba Erzsébet y humedecía sus labios con la lengua. Con las dos manos, la mujer mantenía bien abiertos la vagina y el ano de la Condesa y ordenaba a Ilona que los oliera. Cuando ésta lo hizo, la dama sacó los dedos de la vagina, y mandó a Ilona que los chupara, después se los clavó con fuerza en los ojos. Al unísono del grito, Erzsébet y su amante rieron estruendosamente. La mujer continuó lamiendo la vagina de Erzsébet, que permanecía acostada boca arriba y con las piernas abiertas.

- Chúpame.- le pidió a Ilona.

Los gemidos de Erzsébet eran incontrolables; echaba el culo hacia atrás y hacia delante con gran fuerza, la lengua de Dorkó entraba y salía suavemente de su ano. Erzsébet comenzó a orinar. La dama abrió la boca ávidamente para tragar esos orines, sus pezones erguidos eran más cortantes que una cuchilla. Las dos mujeres se besaron con lascivia. A la condesa Dorkó le metió en la vagina la cola de una serpiente negra y ella empezó a retozar con mucha energía. La dama se colocó sobre su cara y

Erzsébet clavó la lengua en esa vagina con olor a sangre descompuesta. La condesa se estrujaba los pechos en un largo y sostenido orgasmo.

Al marcharse, la dama le entregó a la condesa el brazalete de carne humana y topacios que le había prometido.

XXI

Csejthe. Mayo

Mi querido Thurzó

Hace tanto tiempo que vos no venís a Csejthe, que mi alma no es más ya que un débil eclipse de recuerdos. Ninguna respuesta habéis dado a mis últimas cartas. En Presburgo no logro obtener noticias vuestras.

Mis días sin vos, la incertidumbre de si vais a volver, me atormenta cruelmente. Y además Megyéry... Mi alma no soporta más esta zozobra, su silencio me lacera más que la noticia atroz que espero escuchar de vuestra persona, ¿acaso no me amáis ya?

Os lo ruego, poned fin a este verdugo que es la incertidumbre.

Suya, Erzsébet Báthory.

XXII

Thurzó no tardó en venir a Csejthe, a prodigarme su incondicional amor. Yo le recibí con el entusiasmo de una mujer cuya prisión y albedrío se encuentran en el ser amado. La voluptuosidad volvió a atrapar nuestros cuerpos y a mi alma, pero no a la suya. Yo lo notaba apesadumbrado, y los problemas del reino no me parecían suficiente motivo, nunca antes lo había visto así.

Lo colmé de atenciones y caricias, quería distraerlo, hacerlo sentir seguro conmigo. Organicé una cacería, ya en el bosque nos olvidamos de los alces y los zorros. Dejamos los caballos y caminamos largamente, yo arrancaba frutos rojos y él me miraba con idolatría.

- Eres tan blanca Erzsébet.- Me dijo mientras pasaba sus fuertes manos sobre mi Rostro.

- Me creó la noche. - Susurré a su oído y él me tomó en sus recios brazos y me dejó caer sobre la hierba. Por su mejilla escurrían gotas de sangre. – Te he mordido - murmuré, él asintió con la cabeza y yo bebí con avidez su sangre caliente.

Yacíamos desnudos uno al lado del otro. Con qué inaudita rapidez habíamos apagado el incendio que nos arrebatava y cuyas cenizas quedarían prendidas en nuestro ser, consumiéndolo aun después de que él se marchara. "Las tempestades son pasajeras, no así la nuestra, la de nuestro amor", me repetía desesperadamente, no quería dejar lugar a la desesperanza, ni a la terrible idea de que nuestra pasión también terminaría. Y sin embargo, junto a las florecillas que con nuestros cuerpos habíamos pisado, junto a los frutos secos que yo había arrancado, estaban las palabras de amor y la ternura, nuestras fugaces caricias. Un devastador odio me empezó a inundar; cruel, despiadado, se apoderaba de los dos. Thurzó me miró como si yo fuese su enemigo mortal. Las heridas que yo le había hecho con mis uñas, la sangre que brotaba de ellas me parecían repulsivas, y él también se asqueaba al mirar mis muslos, sus ojos delataban sospechas "Me envenenaré, como intentó hacerlo con Ferencz" que aunque no las decía yo podía intuir las. Él cerró sus ojos, se mordió los labios y sus dedos se cerraron convulsivamente. Yo me levanté pero él me haló de una pierna y me tiró, me golpeó en la cara, yo me defendí y le clavé las uñas sobre las heridas, se las abrí más. Él apretó mi cuello con una mano y con la otra me golpeaba. Yo no podía desprenderme, tenía la fuerza de una bestia. Le arañaba la cara, los brazos, el pecho. Entre Espumarajos y sangre nuestras bocas se buscaron y volvimos a poseernos con lascivia y dolor.

Por la noche curé sus heridas con sutil esmero. Mis ojos no se apartaban de su cuerpo, quería extraer su espíritu con mi mirada. –Debo marcharme – decía y ya aventaba mis manos. –No podrás avanzar demasiado con esta oscuridad. – Le contesté sin atreverme a pedirle abiertamente que se quedara. - Si es necesario, lo haré. - Su respuesta fue tan fría, él tan distante, que supe que no podría retenerlo más –Espera un momento, déjame contemplarte. Quiero aprender tus labios, tu nariz, tu cabello, tus manos, quiero aprender tu imagen para cuando estés ausente. –

Erzsébet. –Déjame mirarte. Nunca se mira lo suficiente a los seres que se aman. Deberíamos mirarlos como si fueran a morir esa noche.

XXIII

Los ojos de los muertos son un túnel oscuro donde nace el silencio. Y su piel es grotescamente blanda, fofa, es tan larga que se resbala entre las manos como la piel de los cerdos. Podría cubrirse a una bestia con esa pestilente y aguada y grasienta piel humana.

Está colgada de una soga, la apretábamos sólo lo suficiente para ver sus ojos a punto de reventar de tan desorbitados, y sus mandíbulas desencajadas intentando atrapar un poco de aire. Sus manos queriendo librarse de la cuerda eran las raíces de árboles viejos. Tenía 15 años. No soporté la angustia de esos ojos que me llamaban, así que les clavé una pequeña daga a cada uno. En ese momento los párpados se aferraron al resto de la piel y se cerraron como dos capullos. Ya no veía más sus pupilas pero podía adivinar su dolor, yo también lo he sentido. En el alma. La sangre escurrió de los ojos como dos largos riachuelos y goteó hasta los senos; al llegar más abajo comenzó a coagularse. Limpié con mi mano el pequeño monte de sangre coagulada que se había formado alrededor de las dagas y más sangre comenzó a brotar.

Cuando soltábamos la soga, el cuerpo escurría como una gota de lluvia que se ha quedado en una hoja y está a punto de caer al suelo. Esa imagen me gustaba. Me gustaba su fragilidad y su resistencia, la mantuvimos viva casi toda la noche. Con cuidado le arranqué el cuero cabelludo, frenaba cuando el dolor estaba a punto de matarla. La dejaba descansar y después continuaba. Su cara sigue siendo bella, aun con los párpados sellados y el cráneo descubierto. Todavía cuelga de la soga como una águila herida, agonizante. Ya no sé que quiero hacer con ella. Estoy hastiada.

XXIV

Las lluvias arreciaban en toda Hungría. Yo miraba las gotas caer como perlas punzantes, en una persecución infinita donde cada una se precipitaba sobre la otra. Corrían como soldados huyendo en el césped hasta perderse.

Los siervos caminaban trabajosamente entre el lodo, con las ropas pesadas, untadas al cuerpo por la lluvia. Hacía varios días que no salía el sol en Csejthe.

Una de esas mañanas en que yo observaba el patio, entre la servidumbre distinguí a un hombre encorvado, llevaba puesta una capucha parda de lana, no era un aldeano, podía asegurarlo. No me interesaba a qué se había detenido, mas me intrigaba la presencia de un extranjero en medio de esas tempestades. Podía ser un espía enviado por Megyéry, en caso de ser así... pero la prudencia me dictaba acercarme primero a él para indagar cuáles eran las intenciones de su amo. Ordené que lo hicieran pasar y fingiendo cordialidad le ofrecí posada hasta que el tiempo mejorara y pudiera partir.

En cuanto estuvo frente a mí tuve la certeza de que era realmente un extranjero perdido por la tormenta. Sus pequeños ojos oscuros devolvieron la tranquilidad a mi alma. Era un hombre de ciencia, un alquimista. Cuando tomaba vino se estiraba tanto como las flamas de un cirio, su delgado cuerpo parecía crecer; sus manos largas y maltratadas temblaban al coger el vaso. Se veía extenuado. Según dijo venía de los países nórdicos, donde sirvió como médico en la corte del rey. Sus nuevos estudios lo llevaban de regreso al Mediterráneo, iba camino a Francia, pero buscando refugio de las lluvias había llegado hasta Csejthe. Sébastien Théus dijo llamarse.

Convidé a mi invitado un banquete imperial: pulardas, asados de corzo y pasteles de anguila; pero la biblioteca lo atrajo más y, por otra parte prefería la col agria que esos manjares. Su cara y el suave movimiento de su cuerpo me recordaban a alguien, pero no hallaba a quién. Según me contó, ejercía la medicina en París, pero sus estudios lo llevaron a Florencia y después a recorrer los pueblos de toda Europa, hasta que sus investigaciones lo condujeron al norte, donde buscaba observar los efectos del día polar. En su camino aprendió a manejar las plantas y musgos del bosque que los curanderos de las aldeas empleaban; y las costumbres de los nómadas del norte que curaban a sus enfermos con baños, fumigaciones e interpretando los sueños. Sus conocimientos despertaron mi curiosidad, a veces me sorprendía ansiosa, esperando el momento en que sus palabras

me dieran la clave de lo que yo siempre he buscado. Pero inmediatamente abandonaba esa idea, esos no eran tiempos para levantar sospechas, un alquimista en mi castillo serviría de mucho a las intenciones de Megyéry. Entonces prefería continuar disfrutando de su sabia presencia.

- Si sus viajes han sido tan bondadosos para sus propósitos, por qué vuelve a París. Ahí no tardarán en condenar su ciencia y si no es cuidadoso, también su alma. La hoguera es ahora el mayor carnaval en esos reinos.

- Deseo imprimir en Francia mis Proteorías; he trabajado en ellas desde mi juventud. Es ahí donde inicié esos trabajos, y es ahí donde debo culminarlos. –Yo apenas lo escuchaba, mi alma estaba ya hurgando en mis recuerdos. –¿Proteorías? ¿Aun no se han publicado?

- Por supuesto que no Condesa. Le decía que son el trabajo al que me he dedicado desde la juventud.

Entonces lo recordé, era el mismo alquimista que yo había conocido en la corte de Rudolph, en Praga. En esa época él realizaba estudios sobre los movimientos diastólicos y sistólicos del corazón. Rudolph tenía la ilusión de que ese joven encontrara la fórmula que le garantizara la eternidad. Yo guardaba la secreta esperanza de que, una vez descubierto el mecanismo que hacía correr nuestra sangre, encontrara el medio de renovarla; si lográbamos renovar el líquido que alimentaba nuestra envoltura, podríamos mantener esa envoltura, ajena a los estragos del tiempo. Podríamos resguardar nuestra juventud y belleza.

Cuando las tormentas cesaron, otorgué a Zenobos la cantidad necesaria de táleros para llegar a Francia y echar a andar la publicación de sus Proteorías. Lo despedí como Sébastien; él debía tener poderosas razones para ocultar su nombre.

XXV

Viena se había convertido en la sede de ceremonias y recepciones que remembraban las que antaño brindara el emperador Maximiliano. Los lujosos salones y los excesivos banquetes no eran más que groseras emulaciones del placer, que complacía a una nobleza torpe, vilmente enriquecida y falsamente preocupada por la salvación de Su majestad.

Las largas mesas de ébano estaban saturadas de una bebida amarga, clara y de sabor vulgar que la corte se había dado en preferir sobre el vino, la cerveza. Los grandes platos de pescado seco, las frituras y el olor rancio de la manteca hacían de esas recepciones una sucia mezcla de olores que asqueaban mis sentidos tanto como las falsas virtudes de la nobleza que nunca, desde mi juventud, dejó de murmurar acerca de mí.

La razón de mi presencia en esas fiestas, y más aún, de mi existencia, era Thurzó. Viena era el punto más alejado de Presburgo y Csejthe, y aparentemente el menos comprometedor para los dos. Pero con frecuencia desaparecía de las recepciones con la misma rapidez que una liebre sorprendida por el cazador. En una de esas ocasiones, en que Thurzó me había citado pero ni siquiera había llegado a Viena, yo me esforzaba por sonreír y compartir las insulsas conversaciones de las damas de la nobleza cuando, en una fuente que se hallaba a la puerta, vi sentada con la mirada perdida y la mente ausente, a una hermosa niña de ojos de noche y cabellos de miel. Era primavera, ella jugaba con el agua de la fuente y su olor se confundía con el del jazmín; permanecía ajena a las intrigas de la corte, limpia de todos los humores malsanos que en ese palacio se mezclaban. Para cuando logré deshacerme de las aves de rapiña que me acompañaban, la niña ya había desaparecido, la busqué en los salones contiguos y entre los danzantes y los músicos pero fue inútil. Una gran ansiedad se apoderó de mi Ser, yo debía encontrarla, esa niña debía de ser mía.

Dentro del palacio, esa misma noche, comencé a indagar acerca de ella pero nadie supo darme razón. Mi hija Katerine juzgó pernicioso mi obsesión por esa niña desconocida, jamás vista en la corte del emperador o entre la nobleza. Nada me disuadió de mi búsqueda, sin embargo el ahínco con que la realizaba tuvo que ceder ante la carta de Thurzó en que me anunciaba que no viajaría a Viena, pues asuntos urgentes en Transilvania detenían al rey y por tanto también a él.

La cólera se apoderó de mi alma, no era ya el amor el que con su desdén asolaba mi Ser, sino el rencor, mustia voz de una larva maligna: el naciente odio que por ser dirigido al Ser amado también mata a quien lo engendra.

XXVI

Me hospedé en el castillo de Miklós Zrinyi, mi yerno; acaudalado noble, de mi edad, que hacía tiempo había desposado a mi hija Anna, y cuyas muestras de afecto me permitían esgrimir el pretexto de visitar al reciente matrimonio para esperar a Thurzó en aquella ciudad vana, nido de las almas abyectas que tanto detestábamos Rudolph y yo.

Después de la última carta que recibí de mi amante, las reservas que la prudencia dictaba no tenían lugar en mi atormentada alma. Por orden mía, Ficzkó secuestró a una joven doncella, acompañante de mi hija Katerine. La necesitaba para pronto sosegar mi alma, o la locura se apoderaría de mí, pues el desamor gangrenaba mi Ser.

Descubrí una sala abandonada que acondicioné para ello. Los muslos níveos y redondos de la doncella se me antojaba ofrendarlos a Thurzó la siguiente vez que lo viera. Después la idea se fue convirtiendo en un atroz sentimiento de celos, de rabia al imaginar a mi amado acariciando esas lozanas carnes, como quizá en ese preciso momento, lejos de mí, estuviera haciendo. Me quité el velo de seda que cubría mi cabeza, lo unté con manteca de cerdo y lo introduje en la estrecha vagina de esa mujer. Le prendí fuego. Me quedé mirando cómo el cuerpo se contraía. Con una fuerza que no era de este mundo halaba los brazos y las piernas, de tal suerte que parecía romper la cuerda de viena con que estaba atada. La nariz afilada, los pómulos salientes de esa triste y delicada cara, dibujaban una sombra en las paredes a la que ni el terror ni el dolor podía arrebatarse su perfecta belleza.

El olor a carne carbonizada impregnó rápidamente mis ropas, y la falta de ventilación de la pequeña sala, produjo pronto una escandalosa humareda que hubo que apagar de inmediato, antes de que pudiera verse en el castillo; tuve que privarme del placer de ver morir a aquella doncella para no levantar sospechas. De nada sirvieron tales precauciones: Ficzkó cometió un error inexcusable, arrobado ante la belleza de la mujer a quien él mismo había conducido a su destino, se enamoró de ella y quiso ofrendarle un funeral honroso, enterrándola a unos pasos de la capilla del castillo. Los perros, guiados por sus instintos hallaron el cadáver, el pastor se apresuró a

dar la noticia a su Señor, mi yerno, y a exigir la aclaración del crimen, que le pareció, a juzgar por las huellas de la tortura, aberrante. Miklós, caballero perspicaz, no tardó en indagar acerca de la desaparición de la doncella de Katerine, y en relacionarla con el cadáver hallado cerca de la capilla. Yo permanecía imperturbable ante sus pesquisas. Él nunca me miró con recelo, ni mis actos levantaron sospecha alguna.

XXVII

La voluptuosidad se alimenta con la exaltación de la sangre, y ver la sangre brotar con la misma fuerza que fluye en nuestras venas, es el mayor placer que este saco de cuero corrompido por el tiempo y que cubre al alma, puede experimentar.

En Viena, Zrinyi pronto desistió de sus investigaciones. La tranquilidad era el espejo que deseaba que todos miraran en sus tierras. Eso y la regla de discreción fueron suficientes razones para mandar callar al fraile franciscano que clamaba (qué tonto) justicia. Será afortunado si existe la justicia que él concibe en el reino de su Dios.

Inesperadamente el rey Mattías llegó a Viena, entre su séquito se hallaba Megyéry el Rojo. Thurzó se había quedado en Transilvania, pero pronto alcanzaría a Su majestad. “Pronto” significaba ya tan poco para mí. Podría preparar la saturnia[♦] antes de su arribo y para él sería “Pronto”.

Las recepciones del nuevo monarca no eran más que espectáculos de gula y serpientes conspirando para derrocar al emperador. Yo no era bien vista ahí y no me interesaba asistir. Me instalé en mi propio castillo y me procuré el mayor divertimento. Las niñas que compré eran todas altas y bellísimas. Dorkó e Ilona las mantenían en la torre más elevada del palacio. Era una torre derruida, abandonada desde los tiempos del primer esposo de mi madre.

[♦] Era el producto de la destilación de la llamada hierba de luna que, de acuerdo a los alquimistas de la época, era indispensable para la transmutación de los metales. El proceso de destilación era largo, pues implicaba recolectar y enterrar durante varios meses la hierba, para después sacarla y destilarla.

Nunca supe los nombres de las jovencitas que ejecuté ahí; tengo recuerdos aislados de sus rostros compungidos; de Ilona y Dorkó sujetándolas mientras yo les enterraba alfileres en el punto donde se une la carne con las uñas. Me gustaban las ejecuciones con varias mujeres a la vez, sus lamentos y gritos armaban un coro aterrador, digno de las ceremonias de Ördög. Yo desmenuzaba con unas tenazas ardiendo los pequeños pechos de una rubiecilla, cuando Ilona a golpes deformaba el cuerpo de una trigueña. O simplemente caminaba por el cuarto, observando a Dorkó y a Ilona torturando, lacerando hermosos cuerpos de nieve, de los que brotaba la sangre con tanta rapidez como los líquidos de mi vagina que se humedecía más y más con los gritos, los golpes y ese líquido púrpura que frenéticamente lamía y embarraba en mi piel mientras reía y obligaba a mis víctimas a morder mis senos, a batir su propia sangre en mi cuerpo, a meter su mano ensangrentada en mi sexo mientras yo pedía “más, más, más fuerte”, hasta que el látigo de Dorkó ensordecía mis sentidos y mis espasmos de placer se confundían con los últimos estertores de las víctimas.

Ese verano fue muy cálido. Thurzó llegó hasta el otoño, en el momento preciso en que aparecieron cinco cadáveres destazados a las orillas del Danubio. Yo, había partido ya a Csejthe.

XXVIII

Desde la muerte de Ferencz mi alma no ha hallado sosiego. Los muros de Csejthe se me han echado encima. Por las noches veo flotar en la niebla la mueca avejentada de Ferencz, siento en mis manos su piel ablandada por el tiempo, carente de aquella belleza que alguno vez arrobó mi Ser; y un pánico inusitado se apodera de mí, toco mi rostro y aun siento la lozanía de mi juventud, pero me pregunto ¿cuánto más la conservaré, bastarán mis esfuerzos para alejar al tiempo de la frágil envoltura de mi alma?

La zozobra se apodera de mí en cualquier lugar al que vaya. He viajado de castillo en castillo, de Sárvár a Kolozsvar a Bicse. He comprado jóvenes de todas esas regiones, incluso de aldeas cada vez más lejanas. He enviado a Dorkó y a Ilona a buscarlas, a buscar mujeres que reúnan a las

más bellas niñas de cada feudo. He sido generosa con aquellas campesinas que me han traído a sus hijas; algunas han vuelto con otra hija más, aunque ya saben para qué las necesito. Ya no sé cuántas criaturas han entrado a mi servicio, han sido tantas en los últimos tiempos y a veces estoy tan cansada. Ilona y Dorkó se hacen cargo, yo asisto sólo para observar, esperando el momento de mi baño. No podría participar de las torturas, mi alma está fatigada, el más leve movimiento, la más suave palabra basta para lastimarla. He dado orden a los criados para que no me molesten con nimiedades de deshechos y cadáveres, pago bien para que se hagan cargo de esas minucias.

“Sáquenlos y entiérrenlos. No los quiero cerca de Csejthe. No quiero saber dónde se pudren”

XXIX

Zsabó: Alta, robusta, ojos claros y piel suave y oscura. Catorce años. La trajo Ficzkó de Tlapanfalve.

Dorkó e Ilona le ataron fuertemente las manos con cuerda de Viena. La golpearon hasta dejarle la piel abierta y el cuerpo negro como el carbón. Dorkó le cortó uno a uno los dedos con unas cizallas. Graznaba el cuervo herido. Ordené que le pincharan las venas con las tijeras. Resistió más de doscientos golpes antes de morir. Es inaudito cuánto soportó esta perra.

Zsalai: Sólo un poco más alta que yo. Delgada, los huesos se traslucían en su piel. Rubia de ojos oscuros. Dieciséis años. Hija de Mattías Oëtvos, enterrador de oficio. La trajo su madre.

Dorkó la pinchaba. Kochiská mantenía la lumbre que ordené para poner al rojo los atizadores. Ilona los aplicaba en la cara, en la nariz. Sus gritos me aturdían, pedí a Ilona que le abriera la boca, al hacerlo le desgarró las comisuras; y metiera el hierro al rojo dentro. No supe en qué momento murió.

Katerine: Alta, blanca de piel de lirio. Doce años. Vienesá.

Yo personalmente le arranqué pedazos de carne con tenazas, y le hice profundos cortes entre los dedos. Se desmayó apenas había

comenzado la tortura. Mandé que la llevaran desnuda a la nieve y la regaran. Yo misma la regué con agua helada. Murió.

Anna: Piel de cereza. Regordeta. Diecinueve años. Trabajaba en la cocina. Ilona la sorprendió hurtando leña.

Ordené que la mantuvieran en el sótano, sin comida durante una semana. Al término de ese plazo, la llevé a la nieve y la obligué a meterse en agua fría hasta el cuello. Murió congelada. Sus ojos han escapado a los subterfugios del olvido.

Jó: Robusta. Piel de trigo y cabellos rubios. Pertenece a la servidumbre del castillo de Beckó, la llevé conmigo hasta Sárvár. Quince años. Senos almohadillados.

Ilona y Dorkó la pellizcaban y le hincaban alfileres por todo el cuerpo. Kochiská, por orden mía, le metió en la vagina húmeda el hierro al rojo con que se marcan los caballos. Su mueca, a pesar de tan vulgar, era hermosa. Tenía ojos de lince agonizando.

Hermana de Grégor Sanosci, el herrero: Alta, delgada, de sonrisa sutil y manos bien formadas. Catorce años. En la iglesia de Podolié.

Ordené a Dorkó y Kochiská que la golpearan, la mantenían sujeta sobre el altar mayor. Yo la desnudé, y le carbonicé el sexo con un cirio. Sus gritos se escucharon hasta el convento de los franciscanos y los insolentes osaron arrojar cascotes de pucheros hacia los ventanales. Le enterré la base de hierro del cirio en el pecho para que se callara.

XXX

Csejthe. Octubre.

He visto todos los rojos de la sangre, algunos parecidos al rojo del cielo en el crepúsculo, otros como el de las cerezas; y algunos tan oscuros como el granate. He conocido también el rojo de los órganos del cuerpo y el de la pasión, pero no he conocido el rojo del amor. Acaso sea que el amor no tiene color ni esencia, y los aceites de jazmín que se queman mientras nos amamos no sean más que un olor que guardo como recuerdo de vuestra imagen; que probablemente no sea tampoco la imagen el amor.

He salido por las noches a los bosques, y al lado de los lince y los lobos he llamado a las vilas[♦] y a Isten para que me revelen el secreto, no del placer mundano sino del amor. Lo he buscado en la carne, en la sangre, en la muerte. Lo he buscado en vos que me abandonáis con tanta frecuencia, y me dejáis a merced del silencio como si él fuera mi amante y no vos. Quizá el amor esté entre mi soledad y vuestra ausencia Thurzó; quizá deba buscarlo en vuestra muerte.

XXXI

Aun escucho el golpe seco de su cuerpo contra el piso. Había resistido los azotes con el rostro imperturbable, mirándome fijamente como yo la miraba. Nunca antes había visto tal orgullo en una campesina. Su belleza no era pueril como el de otras; sus cabellos negros relucían cual si los lavara diariamente, y su cuerpo olía a hierbas frescas. Ficzkó la encontró en el camino a Nyitra, llevaba una carta para Megyéry el Rojo, en cuyo castillo la esperaban, seguramente para el servicio personal del Honorable Megyéry, cuyos finos gustos no pueden ser demeritados por sus intrigas. Me habría gustado mantenerla a mi lado, pero su insolencia y su empecinamiento en huir me obligaron a enviarla prontamente a las mazmorras. En ese helado lugar y con el régimen a pan y agua de Dorkó, hasta la más bella acacia se consume. Así que decidí servirme de ella inmediatamente.

Durante los castigos jamás se dobló ni suplicó mi gracia, sólo algunos apenas perceptibles balbuceos de dolor se le escaparon; aunque su espalda estaba ya cubierta por un manto líquido de color púrpura. Sus piernas comenzaban a temblar instintivamente. Ordené que le quitaran los grilletes y la sostuve un momento sobre mi pecho; ella se desprendió de mí con la misma agilidad de un conejillo. El terror afloraba en su ser, no así en su rostro. Cogí las tijeras y le pasé el filo suavemente por las mejillas níveas, como el leve trazo de un pintor para dotar de expresión a su obra. Seguí pasando el filo por su cara, bajé a su cuello, lenta, muy lentamente, asegurando el trazo, haciéndolo más firme. La sangre empezaba a brotar

[♦] Hadas.

con mayor afluencia. Yo pasaba mi rostro delicadamente sobre su cuerpo para mojarme con ese bálsamo cálido, renovador de vida. Me desnudé para sentirla en toda mi presencia. Yo reptaba en su piel con más vehemencia en tanto más profundas eran las heridas que le asestaba. Un deseo infinito se apoderaba de mí, me hacía estremecer, necesitaba más, más sangre para calar mi espíritu, que sin embargo me hacía contener para no terminar aquello tan sublime, esa voluptuosidad que sólo se puede alcanzar en los ensueños a que induce la mandrágora. Le ordené que me hablara, le pedí que me hablara, le supliqué que me hablara pero no lo hizo, quizá le habría concedido la gracia de permanecer a mi lado. Ilona y Dorkó le abrieron la boca hasta donde las mandíbulas les permitieron. Yo halé su lengua y la corté de un tajo. Aun escucho el golpe seco de su cuerpo contra el piso; y el golpe viscoso de la lengua al caer del muro, donde se quedó adherida durante instante, dejando una mancha oscura. El resto fue un frenesí de golpes, cuchillas y sangre, que acabó cuando ya no había cuerpo para continuar.

XXXII

En Presburgo, Megyéry el Rojo se extrañaba ante el retraso de la llegada de Katya, nieta de su fiel escudero, quien había perdido una pierna en combate, y había permanecido desde entonces como el asistente más cercano a él. Antes de morir le había pedido a Megyéry se hiciera cargo de su nieta huérfana. Katya y el criado que la acompañaba, debían llegar al castillo en los primeros días de junio; julio estaba por finalizar y nadie, tampoco en el castillo de Kozspók, sabía nada de ellos.

Un especial sentido de lealtad unía a Megyéry con sus súbditos; de ahí el prestigio de que gozaba en Hungría, como uno de los Señores más justos del reino.

El adusto Megyéry envió a uno de los escuderos de su guardia a investigar acerca del paradero de Katya; el compromiso que había contraído con el abuelo de la niña, no le permitiría descansar hasta hallarla y cumplir con la promesa de cuidarla.

György fue el encargado de realizar esa tarea. Partió de Presburgo hacia Nyitra con la orden estricta de no regresar sino era con Katya. Sólo contaba con la descripción que los criados de Kozspók habían hecho al primer enviado del Beg Rojo.

Aldea por aldea György se detenía para preguntar acerca de una niña blanca de cabellos negros y ojos azules. Nadie le daba razón, e incluso percibió una singular resistencia de los aldeanos a contestar a sus preguntas. Conforme avanzaba camino a Nyitra, de nada le valía que se presentara como escudero de Megyéry el Rojo, los siervos se negaban a salir de sus casas o a detenerse para escucharlo. Un cierto temor se dibujaba en los ojos de esos hombres de piel curtida y cuerpo raquíptico.

Las hierbas y las piedras que György encontraba en el camino, se movían como flamas ardiendo alimentadas por el viento. El calor del verano extenuaba al caballo y al jinete. Hacía varias aldeas que no veía alguna muchacha, sólo niños mujeres y hombres mayores. Desalentado el escudero continuaba su camino. Las provisiones se le habían acabado y tenía que detenerse a cazar y buscar agua para él y el animal. Ni en las caballerizas ni en las posadas querían atenderlo. Los aldeanos se negaban a venderle alimentos, cerraban sus puertas si sólo lo veían venir. Murmullos secretos, ininteligibles para György, tejían un grueso manto de miedo que cubría esas regiones.

Ya cerca de Nyitra, en el entronque que lleva a Csejthe, un campesino libre, dedicado a la preparación de cerveza, le brindó hospedaje. Sólo paso una noche ahí antes de partir a Kozspók, pero le fue suficiente para averiguar, a cambio de unos táleros, que hacía ya muchos días, el cruel jorobado, lacayo de la condesa, había secuestrado cerca de esas tierras a una niña blanca, de cabello oscuro y ojos azules. Asesinó por la espalda al hombre que la acompañaba, y a ella la sometió a golpes y se la llevó atada no sabían a dónde. György preguntó indignado por qué no hicieron nada para detenerlo: - Ese jorobado cuenta con la venia de la Condesa. Nosotros no podemos hacer nada, estas son las tierras de esa alimaña.

A Kozspók el escudero sólo fue para comprobar que el criado que acompañaba a Katya no había vuelto. Una vez que tuvo la certeza de que el

hombre y la niña de los que habló el campesino eran los que buscaba, partió a Presburgo.

A Megyéry le extrañó mucho el relato de su escudero. Decidió partir a Csejthe no sólo para exigir a la Condesa la aclaración de los hechos de que era acusado su lacayo; sino también para indagar acerca de la actitud de los aldeanos. Un estremecimiento se apoderó del Beg Rojo, sabía que algo atroz estaba en ciernes.

XXXIII

Su voz era divina. Los más apreciados atributos celestes le habían sido otorgados. Sin poder advertir lo que sucedía a mí alrededor, mi alma se estremecía y lloraba conmovida ante el prodigio de esa voz.

La veía más alta y más delicada, una frágil estatua de hielo azulado cuya hermosura radica en la perfección de sus rasgos y la frugalidad de su existencia. Era la niña que había visto sentada en la fuente, de ojos de noche y cabello de miel. La había encontrado y su agudo canto tocaba mi alma. Anna Harcai la llamaban. Su padre la había vendido al Señor de Leiningen a cambio de su libertad, y este a su vez la había regalado a los franciscanos, quienes la guardaban con el mismo celo que a la santa Cruz.

Anna Harcai sería mía. Me costó el castillo de Beckó y la cornamenta que Ferencz obtuvo en su última cacería, y engarzó en oro, rubíes y zafiros para mí. Una abyecta mujer, dueña de una casa de diversión en la parte más sórdida de la ciudad, donde los franciscanos se daban a los placeres mundanos, fue quien arregló el contrato. Ficzkó se hizo cargo de la proxeneta, cuyo cadáver apareció en las aguas del Danubio hasta la primavera, cuando se descongeló el río.

Entre terciopelos azules y verdes, Anna era el adorno más regio de mi castillo. No necesitaba de perlas ni oro, su belleza apocaba cualquier lujo que para la vista pudiera comprarse. Partimos casi enseguida a Csejthe. A partir de ese momento se convirtió en mi más preciada reliquia, mi doncella más cercana a quien no obstante procuraba mantener lejos de los horrores de mis torres; quería perpetuar su inocencia, construirle un manto que la protegiera de los sórdidos placeres del hombre y las intrigas palaciegas.

Por las mañanas, después de su baño en agua de rosas y jazmín, se reunía conmigo en el salón oriental, y cantaba para mí largas horas. Después yo leía para ella con ardorosa pasión, las obras de grandes maestros como Shakespeare y Aretino, mientras ella tendida en el piso, recostaba su cabeza en mis rodillas y yo acariciaba suavemente sus cabellos. El mundo que compartíamos era un mundo de ensueños y quimeras, la muerte me parecía una idea falsa y lejana; la ausencia de Thurzó un adormecimiento de mis sentidos. En aquella época leí mas que nunca.

XXXIV

Mi cuerpo está fatigado y mi alma ya no tiene fuerzas para resarcirlo. Observo a las criadas entrar y salir de mi habitación con cubos llenos de agua. Ni con toda el agua del mar negro podrían limpiar las manchas que cubren mi habitación. El olor de la sangre ya no me molesta, tampoco me excita. Esos charcos ennegrecidos por los días no pudieron guardar la esencia de los cuerpos que ocuparon. Es sangre muerta. Esos cadáveres, ayer lozanos y tiernos hoy son presos de la muerte. ¿Es que acaso la belleza no es suficiente para detenerla? Cómo puede mi piel nutrirse de la belleza de esas niñas, si su sangre, sus cuerpos, no son mas que ruinas de lo que yo deseo.

La zozobra se apodera de mi ser, y yo no sé si podré continuar esta búsqueda cruel en que mi enemigo sólo me contempla y con eso es capaz de derrotarme; ese mismo enemigo que mientras a la piel humana lacera, hace resplandecer los bosques en primavera, y los cubre de serenidad en invierno. Por qué si los animales, los ríos, las flores, el sol, son testigos de la resurrección del cosmos, y el hombre es también hijo de ese cosmos, por qué no renace.

A qué Dios rezar por la resurrección de la carne. A qué Dios encomendar la envoltura vil que un día resplandeció y al siguiente no es más que un fruto podrido en manos de la muerte. He buscado febrilmente en tantas bibliotecas, tantos sabios, tantas ciencias y no he hallado la respuesta que sosiegue mi alma. A qué Dios pedirle la piedra filosofal, si destruyeron a los Dioses antiguos; si masacraron a Cristo, si no hay nadie. He buscado en

tanta sangre la vida, y ahora la observo sólo como una mancha necia que las criadas no pueden limpiar. ¿Acaso eso es la vida? Yo necesito la eternidad.

XXXV

Su piel tiene los suaves pliegues de la nieve que cubre las montañas. Un manto delgado y mortecino, blando aún pero que en unas horas comenzará a endurecerse y adoptará la textura de la corteza muerta. Esta suspendida en medio de la torre. Cuelga de un gancho de hierro, es tan bella, una virgen crucificada. Por el frente, se ve el armazón del cuerpo apenas revestido por trozos rojizos de carne. Los huesos y la piel cobijan sólo un gran vacío. Tan profundo como sus ojos muertos.

Dorkó, Ilona y Kotioshká se divertieron con ella antes de que yo llegara a la sala. Sus pechos tenían negros círculos ahí donde el calor de los cirios había chamuscado la carne. La ataron tan fuertemente a la plancha que la cuerda había roto sus manos y pies. No permití que tocaran alguna otra región de su cuerpo, no golpes, no cortaduras, ninguna marca más; quería conservar el llano nevado de su piel para cubrirme con él en las noches en que Thurzó me abandona.

Sus labios, sus labios carnosos como una cereza se me antojaban engarzados entre perlas y diamantes para mi querido Rudolph. Los acaricié largamente, la melancolía de mi alma extinguía al furor que invadía mi cuerpo con los placeres físicos. Sus ojos de liebre asustada me causaron ternura, quería recargarla en mi regazo y llorar con ella la desolación que nos embargaba. Lavé con agua de Jazmín aquellos senos y cubrí con ungüentos sus heridas. Ella me miraba aterrada. Con mis delgados labios recorrí a pasos lentos su piel, para contagiarme de la esencia de su belleza. Cuando llegué a su sexo limpio, nuevo, me detuve para contemplarla. La canción triste y vieja que sonaba en mi mente y la imagen de esa niña estremecían mi alma. La abracé con todo mi ser, con toda mi carne y su cuerpo temblaba y el frío de sus lágrimas me estremecía; esos sollozos laceraban mi débil espíritu; dentro de mí eran el estruendoso aullido de los lobos. Enloquecía de dolor y mis manos no bastaban para cubrir mis oídos. Cogí la daga de plata y se la ensarté en el pecho, lanzó un agudo y atroz

grito que perforó mis entrañas. Entonces saqué la daga y la volví a clavar en su pecho, y continúe rasgando su cuerpo hasta llegar al sexo. Volví a pasar la daga, surqué y surqué hasta abrir un canal, y después continúe clavando, abriendo canales, rasgando la carne por dentro. Le arranqué el corazón y el hígado, froté con ellos mi piel, me revolqué en la sangre que brotaba y la bebí con voraz lascivia; comí su sexo, me enredé en sus intestinos y con el filo de mis dientes me libré de ellos. Fue una orgía de garras y dientes, un festín de humores tan dulzones como nauseabundos.

Su cuerpo está suspendido en medio de la sala. Los muros y el piso están cubiertos de sangre. Las perlas blancas del collar que me regaló Ferencz cuando volvió de su última campaña, refulgen ahora rosáceas.

En unas horas Ficzkó vendrá a desollarla.

Veo el armazón tan vacío y pienso en mi alma.

XXXVI

- ¿Acaso pretendías burlar a tu ama?

Le dije a la traviesa Kiseglei; una jovencita que Ilona trajo de Vechey y que yo envié con las criadas encargadas de recolectar la leña para el castillo. Era realmente bella, pero muy baja de estatura; de Vechey no trajeron más que a mujeres pequeñas, como si yo no pagara por ellas. Asigné a esas campesinas las labores más duras del palacio, y ordené que las mantuvieran desnudas, para contemplar sus jóvenes cuerpos y para saber cuánto resistirían al invierno de Csejthe. La única alta y hermosa era hermana de Kiseglei, aunque un poco obesa para mi gusto, así que la envié a las mazmorras para prepararla: tres semanas sin alimento alguno, sólo agua. Esa pequeña traviesa que me divertía tanto, osó robar a Dorkó las llaves de la celda para liberarla.

- ¿Acaso pretendías burlar a tu ama? – Le dije mientras depositaba en su mano extendida la llave que había hurtado al rojo. Gimió pero no la soltó. -¿Te gusta el hierro ardiente? –Le dije e hice a Ilona traer el hierro con que marcamos los caballos. –Pues ahora lo vas a gozar. –Le dije, y Dorkó e Ilona comenzaron a marcarla como a un potro salvaje. Ella se resistía, pero cada vez que se movía para esquivar a Dorkó, su cuerpo se encontraba con

el otro hierro ardiendo en manos de Ilona. Su piel despedía un olor dulce, de carne quemada. A cada lamento, a cada súplica le clavaba una tenacilla también ardiendo. La voluptuosidad se apoderaba de mí. Tomé las tijeras y yo misma hice pequeños cortes en las arterias de sus brazos. Probé la sangre que apenas fluía y comencé a succionar con fuerza en cada una de sus heridas. El aliento no se le agotaba y seguía balbuceando una especie de súplica. – ¿Quieres clemencia, tú, que fuiste acogida por mí y no tardaste en traicionar mi bondad? Los de tu ralea son como buitres que esperan al acecho la oportunidad para roer las entrañas de la mano que los alimenta. – Le dije y ya en mi mente veía sus pequeñas entrañas raídas. Dorkó trajo una rata que yo misma le metí en la vagina. La ataron y yo me quedé mirando cómo se retorció, esperando que el dolor aumentara, que su cuerpo soportara la tortura. Cuando una lo ha hecho tantas veces, aprende a prolongar el dolor de sus víctimas, e ahí las sutilezas del placer que la imaginación puede proporcionarnos.

XXXVII

El Beg Rojo, Megyéry, partió de Presburgo consciente de que su diligencia sería larga y difícil. Había dejado pendientes importantes asuntos del reino, pero el más importante de ellos era la sucesión del Imperio. Rudolph se había negado a nombrar heredero a Mattías. A pesar de los intrincados sucesos que podían avizorarse, su principal preocupación en esos momentos era esclarecer el secuestro de Katya y el asesinato de su acompañante. En caso de confirmar la versión que le había llevado su escudero acerca de esos crímenes, la Condesa Báthory, prima del rey de Hungría y del emperador germánico, se vería envuelta en un gran escándalo por mantener a su servicio a un criminal. Había una razón más de preocupación para el Beg Rojo: los extraños hechos observados por su escudero, y que el no tardaría en constatar.

En la primera aldea en que se detuvo, su presencia causó expectación. Con los honores que el Señor merece, y con el afecto que su noble política le había hecho ganar, encabezaron el recibimiento el dueño de la posada y el encargado de los asuntos territoriales. Contrariamente a otros tiempos, la recepción fue breve y la respuesta de los aldeanos tímida,

apenas estuvieron presentes en la plaza pública; ni el colorido de las ropas, ni el ruido de las danzas magiars, ni el alboroto ni el júbilo que caracterizaban las fiestas improvisadas que surgían en cuanto llegaba el Beg, sucedieron durante esta visita.

El informe acerca de los asuntos de la aldea y los acontecimientos era protocolario y frío; descriptivo pero no rutinario. Algo en las profundidades de las palabras de su delegado y el posadero, avisaba como un eco lejano. Después de mucha cerveza y manteca de carnero, aquellos hombres empezaron a hablar todavía reticentes, restando importancia a sus comentarios, aminorando el temor del pueblo por la superchería. “Los aldeanos están asustados, cuidan a sus hijas como a grandes reliquias. Hace tiempo empezó a murmurarse que alrededor de Csejthe, las mujeres jóvenes, sobre todo si son altas y bellas, han ido desapareciendo. Hace poco, niñas de estas tierras han empezado a desaparecer”.

Los sucesos de ese día se repitieron aldea tras aldea, con tanta similitud que el Beg Rojo por un momento creyó estar atrapado en el mismo lugar. Sólo había algo que distinguía un pueblo de otro, el creciente temor que oscurecía los rostros de las gentes.

Era pleno día cuando la escolta de Megyéry arribó al último pueblo, la gente al ver a los soldados corrió despavorida hacia el bosque, huyendo de ellos como de la peste misma. El Beg ordenó que rodearan el bosque y trajeran de regreso a los siervos; no estaba dispuesto a partir sin conseguir información acerca del horror que los corroía. La gente miraba a su otrora amado Señor con el horror que veneraban a Ördög, y era necesario que más de dos guardias llevaran ante él a los siervos para que declararan. Ejércitos de niñas hermosas marchaban desde hacía tiempo, no sabían a dónde, las mujeres que las reclutaban ofrecían hacerlas entrar al servicio de una noble dama. Muchas campesinas habían vendido a sus hijas por una falda o un suéter, o por no dejarlas morir de hambre a su lado. Esas niñas nunca más fueron vistas. Los perros que frecuentemente escarbaban en el bosque, habían encontrado pedazos de cuerpos, cráneos, piernas, restos atrozmente mutilados. Cuando aquellas mujeres volvieron a la aldea para comprar más niñas, los campesinos se negaron, imaginaban ya los

horrendos sacrificios a que las llevarían; entonces empezaron a arrebatárselas a sus padres, o las raptaban en los caminos o en los campos cuando salían a trabajar. Si alguien se resistía inmediatamente le daban muerte. En cada aldea los siervos hacían una descripción distinta de las responsables, no sabían exactamente a qué castillo las llevaban. Pero en la mayoría de los relatos coincidieron en la presencia de un repugnante hombre jorobado.

El Señor Rojo ya no tenía dudas. El lacayo de la extraña Condesa estaba implicado en los atroces crímenes. Una grave sospecha lo perturbaba, sólo alguien con gran poder podía realizar actos tan aberrantes sin temer a la justicia de los hombres.

En Csejthe, antes que la Señora, lo recibió ansiosamente el pastor Ponikenus, lo llevó consigo a la capilla para confirmarle sus sospechas acerca de la condesa. Él jamás había sido testigo de los crímenes, pero sí los sirvientes que horrorizados liberaban su alma contándole a él. Incapaces de obtener justicia, los criados habían comenzado a huir. Cuando Megyéry le reprochó el no haber denunciado tales actos, el pastor se disculpó por el enorme temor que le inspiraba su señora, pues si esa mujer desde hacía ya algunos años, podía procurarse serrallos de hermosas niñas y desaparecerlas sin que nadie reclamara por ellas, qué podía esperar él, un humilde hombre tan desprotegido como el resto de los habitantes de ese condado.

No obstante, dijo que de ser necesario, bajo el auspicio del Beg, redactaría un informe para las autoridades, donde podía dar datos precisos acerca de los lugares donde han enterrado cadáveres; describir el estado de aquellos que se habían encontrado cerca del castillo e incluir los relatos de quienes vieron alguno de esos crímenes. Advirtió a Megyéry que no aceptara nada que le ofreciera la condesa, pues cuando ella sospechó que él sabía acerca de los asesinatos, generosamente le obsequió un queso, que por desconfianza él echó a un perro, este lo comió y murió en el acto.

XXXVIII

Csejthe. septiembre

Mi amado bien Thurzó, solicito vuestra protección con urgencia. Las intrigas de Megyéry el Rojo ponen en peligro mi vida. No dudo que ese maligno íncubo aproveche su cercanía al rey para desplegar las conspiraciones de mis enemigos en contra de mi nombre. Recordad que el mismo rey estaría satisfecho de ver caer al último sostén de su hermano^{♦ 1} en este reino.

Por favor, os ruego que no imaginéis esta carta como un delirio de una mujer sola y débil, que busca refugio en el amante para sosegar sus miedos. Es cierto que desde la coronación de Mattías, vos me advertisteis acerca de los riesgos que corría mi persona si clamaba fidelidad al legítimo rey de Hungría. Yo misma he regido mis actos bajo la bandera de la prudencia, pero ya mis enemigos han comenzado a hurgar en mis tierras, ha buscar falsos testimonios para condenarme.

Megyéry estuvo en Csejthe. No fue una visita de cortesía. Venía acompañado de una gran escolta, y sin delicadeza alguna, violando todas las normas protocolarias que rigen a nuestra nobleza; me exigió le entregara a un fiel lacayo, a quien según él, habían visto suficientes testigos para ajusticiarlo por cometer terribles delitos. Cuando me negué a hacerlo, me acusó de proteger a un criminal, y me advirtió - como si ese hombre de baja alcurnia, criado que ha ascendido al precio de servilismos y felonías, pudiese advertirme a mí, la Condesa de Csejthe- me advirtió que los tribunales de Su majestad investigarían minuciosamente la situación de mis territorios.

Con la fina atención que a mi rango distingue, le respondí que nada tenía que ocultar, y nadie tenía derecho alguno a inmiscuirse en los asuntos de mis propiedades. Entonces como una fiera herida escupió una sarta de falsas acusaciones acerca de cadáveres mutilados, desaparición de campesinas y raptos en los que según los siervos de este señorío, estaba implicado Ficzkó, el discreto lacayo que ha procurado nuestros encuentros y la llegada segura de vuestra correspondencia.

[♦] Mattías pretendía ser nombrado heredero del Emperador. La familia Báthory poseía grandes poderes políticos desde que Esteban Báthory ascendiera al principado de Transilvania, y después recibiera la corona de Polonia.

Harto indignada me dispuse a abandonar la sala cuando entre imprecaciones me reclamó le entregara a una jovencita que según sus informantes fue secuestrada por Ficzkó en la bifurcación del camino a Nyitra.

La seguridad con que hacía tales aseveraciones me dejó desconcertada. Después de que se marchó y mi alma estaba ya un poco sosegada, llamé a Ficzkó y lo interrogué acerca de esas acusaciones. Continué con la sesión pero ya me había convencido de la insensatez de realizarla. Ficzkó fue recogido por Ferencz, y criado en el seno de Ecsed desde que era pequeño; su lealtad hacia Ferencz primero, y después hacia mí, no estaba en entredicho, y no tenía ningún motivo para dudar de su palabra; menos aun cuando las denuncias de Megyéry se fundaban en relatos de los siervos, de quienes está por demás decir que son supersticiosos y malintencionados, las deformaciones de Ficzkó han sido desde siempre motivo de habladurías para ellos, y menos se le tolera porque fue acogido por los Señores. No me extrañaría que esas historias hayan sido engendradas por la envidia.

Sé que no cuestionaréis mi inocencia ni la de mis sirvientes. Si contara con el abrigo de Ferencz no os molestaría; pero ahora que estoy sola e inciertos acontecimientos amenazan la estabilidad del señorío, cualquier voz que me inculpe, aun la de los siervos, será válida para mis enemigos, y entre ellos incluyo al mismo rey. Mi ejecución sería favorable doblemente: Megyéry, tutor de mi pequeño Pál, sería libre para manejar la fortuna de los Báthory que por derecho pertenece a mi hijo. Su Majestad y su ignominiosa corte, eliminarían al súbdito irritante, leal a su emperador y cuya voz aun es válida. Recordad que los lazos de sangre no son siempre lazos de afecto.

Seré inexorable al defender mi inocencia; pero son demasiados y muy poderosos aquellos que se beneficiarían con mi caída, es por eso que temo por mi integridad.

Con plena confianza en vuestro amor y lealtad, me encomiendo a vuestra voluntad. Quien lo ama fervorosamente Erzsébet Báthory.

XXXIX

No podía correr el riesgo de que mi carta no llegara a su destino. Yo misma viajé a Viena, donde en ese momento se encontraba Thurzó, y se la entregué a él mismo. Lo vi en una pequeña recepción de la corte. Mattías tenía una nueva celebración, no sé de qué, seguramente alguno de esos triunfos pusilánimes que obtenía mediante intrigas.

Megyéry fue el primer hombre con quien me crucé al llegar a palacio, me miró suspicaz y yo le respondí con una sutil sonrisa. Como la más fiel de los súbditos saludé a Su majestad, y me uní a los grupos de damas que entre copas de oro cinceladas y brocados baratos, comentaban escandalizadas las “excentricidades del Emperador”. Insolentes obtusas; no hacían más que repetir los comentarios de sus esposos, representantes del rey, que con fútiles rumores pretendían lavar la traición que urdían para derrocar a mi amado Rudolph. Me habría gustado escupirles en el rostro aquello que pensaba, pero mi presencia en ese palacio tenía otras razones, cardinales para mi seguridad.

Thurzó llegó a palacio cuando la luna se había adueñado del centro celeste, y resplandecía como una amatista. El rey acaparó su atención, me acerqué para despedirme de su majestad, con la confianza de que él, Thurzó, comprendería mi intención. No fue así, Thurzó demoró demasiado en separarse de Mattías y mi alma ya comenzaba a zozobrar en la ausencia del amante. Megyéry se acercó a mí no con fines afables:

- Condesa, su presencia en este palacio me asombra.
- No entiendo por qué caballero; Viena ha sido siempre uno de mis destinos.
- Pero la corte de Su Excelencia no es precisamente uno de los sitios que más frecuenta.
- He sido invitada a esta recepción. O es que acaso olvida que soy Condesa de Csejthe, prima del rey y del emperador.
- Lo tengo presente. Es por eso que mucho me temo haya venido usted a disuadir al rey de que intervenga en las indagaciones de los atroces crímenes que se han cometido en sus tierras.

- Qué interés podría tener usted en la aclaración, en caso de que fueran ciertas sus imputaciones, de esos “atroces crímenes”. Querido Megyéry. Qué pronto olvidó la amistad que prodigaba a mi esposo.

- Usted es muy hábil para confundir los motivos, Condesa. – Ansiaba con urgencia que ese ser espurio se marchara. Thurzó jamás se acercaría a mí mientras el Rojo estuviera presente.

Cuando iba a abandonar el castillo, una mano vigorosa tomó la mía para ayudarme a subir a la carroza. Era Thurzó, no necesitaba siquiera mirarlo, lo reconocería entre mil almas perdidas en la niebla. De mí pecho saqué la carta, él la tomó discretamente y partió. Ese silencio absoluto, esa mirada esquiva denunciaba tantas traiciones y yo sólo alcancé a otear la discreción de un amante para proteger a su amada.

XL

Cuando Mattías II escuchó acerca de las suspicacias de Megyéry el Rojo, no brincó sobre el sillón de cedro y terciopelo púrpura en que estaba sentado, porque era el Rey. Los humores emanaban complacencia. Desde tiempo atrás le había preocupado la aprobación de los Báthory a su reino. Que una de ellos estuviera implicada en tales crímenes, - aunque no le parecían en verdad tan atroces, pues eran muy similares a los practicados por la inquisición y su hermano - le daba la argucia necesaria para garantizar la lealtad de aquellos primos tan incómodos.

El palatino Thurzó, a cuya jurisdicción pertenecían los asuntos que trascendieran los límites de las facultades de los tribunales señoriales; no se sorprendió ante el relato de Megyéry, ni siquiera cuando mencionó detalles acerca de torturas y cadáveres. Hacía tiempo que sabía de eso, él mismo había regalado a su amante una dama de hierro para desangrar doncellas. Erzsébet era libre de disponer de sus propiedades, y entre ellas se incluía la vida de los siervos. Más sabía que no se trataba de un simple caso de delitos comunes, - en los que incurrían frecuentemente los señores feudales, libres de cometer cualquier exceso pues financiaban al rey en todas sus empresas.- Era un asunto de Estado. Ya lo había previsto desde la coronación de Mattías; y aunque no hubiese pertenecido a su jurisdicción,

igualmente se habría hecho cargo del asunto, pues su posición dentro del séquito real se veía amenazada ahora más que nunca, con las imputaciones que se hacían a su pariente.

György Thurzó, gran palatino de la alta Hungría, muy estimado por el rey debido a su perspicacia como estadista; era vulnerable ante las intrigas del cardenal Forgach, consejero del rey, pues él provenía de una de las mayores familias protestantes del reino, mientras el rey y los miembros más influyentes de su séquito eran católicos.

Megyéry poseía un espíritu hermético, y era difícil acceder a sus móviles. Fue leal compañero de batallas de Ferencz durante su juventud. Jamás estuvo de acuerdo en la condescendencia de Ferencz hacia los actos vejatorios que Erzsébet le relataba en cartas. Tampoco aprobó la conducta liviana de la esposa de su amigo después de que muriera. Era tutor del heredero por voluntad del mismo Ferencz, por tanto, consideraba que era su deber proteger los intereses del pequeño Pál de esa arpía, la condesa. Más aún, era su deber moral impedir que esa mujer gozara de tales privilegios que pudiera cometer tan horrendos crímenes en contra de los siervos, solapada por el desamparo de esos y la impunidad que el poder le otorgaba. (En realidad estas son sólo especulaciones, en aquellos siglos hasta el alma más recta tenía sus reveses).

Los rumores y el terror de los siervos habían rebasado las fronteras de Csejthe. Pronto salieron a relucir las historias de los frailes franciscanos que escuchaban los gritos de jóvenes doncellas, víctimas de perversas torturas. En Viena, todavía causaba pánico el recuerdo de los cadáveres hallados en el río; y Miklós debía hacer grandes esfuerzos para contener al pastor de su capilla y que no denunciara el hallazgo del cadáver enterrado a los pies de ese recinto.

Ya fuera por justicia, o por razones políticas, era urgente hurgar en la vida de la condesa, hallar las pruebas que justificaran el enjuiciamiento de sus crímenes ante los Báthory y ante el Emperador.

Entre nosotros existía el lazo que sólo la complicidad puede tejer. Recibí su visita como respuesta a mi última carta, aquella que le entregué en el palacio de Mattías.

Era cierto que en los últimos tiempos se había alejado. En mis conversaciones frente al bretzel intentaba convencerme de que era natural, pues debía asegurar su permanencia en la Dieta ahora que todas las circunstancias le eran adversas, pues el rey y su séquito pretendían eliminar a los protestantes de los altos cargos. No me extrañó la respuesta inmediata a mi carta. Lo recibí con el sexo abierto igual que la mandrágora, con el deleite de esa noble planta. Él se sirvió de mi concupiscencia. Antes de que anocheciera portaba su traje; me esperaba en la pequeña biblioteca, otrora la sala privada de Ferencz. Me devolvió el papel en que depositara mi confianza, y me hizo saber que estaba enterado de aquellas acusaciones desde antes de recibirlo. Qué sencillo parece al escribirlo en estas hojas. Qué doloroso fue enterarme de que ya lo sabía y no hizo nada, no me buscó para advertirme, quizá porque sospechaba la certeza de tales imprecaciones. Pensaba al mismo tiempo que él me interrogaba. Ambos sabíamos que las afirmaciones de Megyéry eran verdaderas. Preguntarme era darle espacio a la duda; dudar era la concesión que de nuestra complicidad quedaba. Tal vez debí agradecerle ese gesto. Me limité a negar, a negar tales hechos. Debía hacerlo para protegerme; él debía preguntarme para protegerse.

Después de que se marchó todo se ha vuelto incierto: sus palabras y las intenciones que ocultaban, el doblez de su comportamiento. Por qué no me defendió ante el rey y ante Megyéry, por qué tardó en alertarme acerca de las indagaciones que habían iniciado. Por qué aceptó ser él quien las dirigiera. Se quiebra mi alma y no puedo evitarlo; la traición ha sido más cruenta en tanto proviene de mi adorado Thurzó. Quizá no debiera escribir más esto, estas mismas palabras podrían ser mi condena, pero si no las escupo ahogarán mi Ser. Te di mi pasión y te permití hurgar en todos los recovecos de mis placeres, ahora que los conoces eres mi más mortal enemigo, el que sabe exactamente donde buscar las pruebas para condenarme.

Debí avizorar este fin, ya una vez traicionaste a tu rey; te negaste a seguirlo y defender su corona ante mí misma, la súbdita más devota de Rudolph. Cómo no ibas a traicionar a la mujer que te resulta incómoda ante la nueva corte moralista de Mattías. Traicionaste a tu rey y a tu fe, traicionas a tu amante; eres una alimaña al servicio de los intereses de mis enemigos. Pobre Thurzó, siempre a la sombra de alguien, pronto sabrás que estás solo, que no hay poder ni fe que te sostengan.

Es inaudita la manera en que erigí mi condena al amarte. Es inaudita la manera en que te amé porque me he condenado. Pero te amo.

XLII

El olor a estiércol y el sudor rancio de cuerpos sucios cubre a Csejthe. Por los campos se ven mujeres cargando pesados botes con agua; otras atadas con cadenas, dan vuelta sin cesar a los molinos. En todo el castillo hay sólo mujeres. Todas desnudas por orden de la condesa. Algunas, las que se resistieron a cumplir la orden, tienen llagas en la espalda y en las piernas. Cadáveres ya putrefactos se encuentran regados, son las siervas que no resistieron el castigo. Nadie se hace cargo de ellas, sus compañeras ya ni siquiera se detienen a observarlas, nadie puede detenerse, la condesa quiere enviar cuanto antes la cosecha a Danzig. Solamente los buitres acompañan esos cadáveres.

El olor a sangre seca y a carne descompuestos que sale de la habitación de la condesa inunda el interior del palacio. Sobre la cama, en el piso, por todos lados hay cuerpos casi totalmente mutilados. Las sedas y los tapetes están manchados de sangre. Erzsébet apenas puede moverse entre ese cementerio, pero hace varios días, desde la última fiesta, no ha permitido que nadie entre a su habitación. Ella viste de terciopelo y seda. Una tiara de plata y diamantes, que forma una corona de flores de loto la hace lucir majestuosa. Lleva en el pecho un prendedor de los mismos materiales y con finísimos acabados, también en flor. Ella escribe sin cesar en su libro de piel negra. Ni los fuertes perfumes que siempre ha usado sirven para simular el hediondo olor.

Fuera de su habitación, en los corredores, en los salones, en las esquinas de cada habitación, hay cadáveres desnudos de mujeres que no

resistieron a los castigos de Ilona y Dorkó, quienes complacidas ejecutan las órdenes de su señora.

XLIII

Limpiaba de mis manos la sangre de Ezra y entonces lo advertí, estaban manchadas por lunares oscuros, huella innegable de la vejez que se precipitó sobre Ferencz, sobre Rudolph, sobre mi tío Maximiliano. Metí mis manos entre el cadáver, las restregué en lo más profundo para enjuagarlas con aquella sangre. Exprimí cada uno de sus órganos, sus venas; las tallé con esos líquidos fuertemente hasta lastimarlas, hasta que mi sangre también brotó y cubrió por un momento aquellas manchas oscuras que anunciaban mi muerte: la vejez.

Subí angustiada a buscar mi bretzel[♦], pasmada frente a él toqué mi rostro. La lozanía de mi piel, antaño perfecta como la superficie pulida de un diamante, comenzaba a resquebrajarse. Tal vez había reído tanto, había llorado tanto que mi boca, mis ojos tenían ya pequeños pliegues. Pero qué pasaría si continuaran creciendo, si dentro de algunos años mi cuerpo se convirtiera en un saco arrugado y decrepito, igual que le pasó a mi tío Maximiliano, a Rudolph, a Ferencz. Qué pasaría si mis manos llegaran a ser el cuero fruncido y rasposo que cubre a un esqueleto. La sola idea me hacía estremecer. Pensé en buscar yo misma mi muerte, resignarme y aceptar mi derrota en contra del tiempo y de los hombres. Renunciar a la belleza, a lo eterno.

El miedo crispó mi Ser. Me he vestido con regios linos y terciopelos; finísimas piedras han exaltado mi belleza y he sido la noble más distinguida de las cortes. He tenido todo lo que el poder de los hombres pudo proporcionarme. Pero no me ha bastado. He leído apasionadamente los escritos de todos los filósofos y he descubierto en ellos puertas inextricables. He amado y he adivinado detrás del amor, algo más elevado y más bello que el amor mismo. No puedo resignarme a no alcanzarlo. No puedo conformarme con los privilegios con que se conforman los hombres. Cuando halle las llaves de esas puertas, cuando encuentre aquello que se oculta

[♦] Espejo.

detrás del amor y posea el secreto de la eternidad, entonces poseeré el mayor de los poderes y la mayor de las dichas.

Envié por Majorova, la bruja de la aldea que proveía a Darvulia de hierbas y venenos. Era una mujer consagrada al diablo y conocía los secretos de los maleficios. Le exigí una respuesta, por qué mis baños de sangre no habían resultado, por qué el tiempo devoraba mi carne. Dijo que yo había errado al bañarme en la sangre fútil de pobres campesinas que eran casi animales; que debía alimentarme de Sangre Azul.

XLIV

Inmediatamente partieron los sirvientes de Erzsébet en busca de hijas de Zémans[♦]. Fue una cacería difícil y encarnizada, no obstante volvieron a Csejthe con veinticinco doncellas. Erzsébet enfermó de nostalgia. Sus secuaces se hicieron cargo de torturar a las jóvenes. La primera semana Dorkó mató a una de ellas a golpes. Otras seis fueron destinadas para el baño de la condesa. Sacaron a la Dama de Hierro, Ilona desnudó a las muchachas a base de golpes y mordidas; las finas ropas terminaron en hilachos salpicados de púrpura. Echaron manteca de cerdo en los mecanismos del enorme instrumento; que con grandes dificultades fue colgado del techo, de tal suerte que la sangre escurriera hacia la enorme tina de bronce en que se bañaría Erzsébet. La primera doncella adivinaba su destino, pero el terror desorbitó sus ojos sólo en el momento en que Dorkó comenzó a cerrar la estatua calada, cubierta por dentro de gruesas estacas de hierro. Los gritos no se escucharon, ya una estaca había atravesado la boca de la víctima. La muerte fue casi instantánea. La sangre caliente empezó a escurrir sobre la tina. Los gritos, las súplicas de las demás sólo sirvieron como motivo de burla a las grotescas mujeres. Pronto renunciaron al uso de la dama de hierro, era un instrumento pesado, difícil de transportar de un castillo a otro en aquella época en que la condesa se movía con tanta rapidez como una fiera acechada. Entonces Dorkó e Ilona detonaron su crueldad para asesinar a las jóvenes, abriendo grandes canales en su cuerpo, torturándolas lentamente para prolongar su muerte, o hincándoles

[♦] Barones y caballeros húngaros de la baja nobleza, pero dueños de grandes fortunas.

fino alfileres de plata por todo el cuerpo durante la noche, golpeándolas cruelmente hasta que su amorado cuerpo inerme era abierto para aprovechar su sangre. En cuatro semanas, ya no quedaba ninguna doncella.

La Condesa había prohibido a los propietarios vender sus cosechas de trigo y vino antes de que se vendiesen las del castillo. También había implantado toda una serie de severos impuestos. Parecía que se apresuraba a acumular una gran fortuna, independiente de la de su familia. Y era sí en efecto, Erzsébet se disponía a marcharse, buscaría refugio en Transilvania con su primo Báthory Gábor, que según su reputación, era casi tan cruel como ella.

XLV

En los dominios de la condesa Báthory, la continua desaparición de mujeres vírgenes, casi niñas, ha propagado una espesa niebla de terror. Los siervos nada pueden hacer contra la poderosa Señora. Ahora han comenzado a perderse hijas de acaudalados caballeros.

Desde la muerte de Ferencz Nádasdy ha corrido el rumor de que su extraña esposa lo envenenó, pero eso nunca ha pasado de ser una murmuración en las cortes y los pueblos. También se ha hablado de las vejaciones que inflige a sus sirvientas; no ha tardado en propagarse la historia de los asesinatos que comete en las oscuras torres de sus castillos. Hacia 1611 el rumor acerca de los crímenes de la hermosa Erzsébet ha crecido lo suficiente, y se inicia una investigación velada en contra de ella.

La condesa se siente segura con el Palatino Thurzó en Presburgo; mas no así en Viena, donde el rey Mattías y su corte no le son favorables. En cuanto inician las primeras acusaciones de Megyéry el Rojo, ella comienza a tomar una serie de medidas sobre los cuerpos de sus víctimas, de los que nunca antes se había ocupado. Da la orden de depositar cuarenta cadáveres en un hoyo cavado para guardar trigo. Cinco cuerpos más son enterrados en el cementerio de la aldea: craso error, los himnos a Lucifer, y el fuego que preparan para quemar las ropas de las muertas despiertan a algunos aldeanos, que en silencio son testigos de uno de los actos que

después condenará a los compinches de la condesa, y que pronto se convertirá en un fuerte rumor capaz de traspasar las fronteras de sus territorios. En Kerezstúr, ha pagado a unos estudiantes que se encuentran de vacaciones, para que entierren a varias muchachas muertas. En el cementerio de Podolié han sepultado a otras cinco muchachas. Kata Beniezky la lavandera que entró al servicio de la condesa después de la muerte del conde, también se ha unido a Dorkó, Ilona y Ficzkó para deshacerse de los cadáveres que cada vez son más.

Durante estos tiempos difíciles para la familia Bathory, en que la Condesa es objeto de los rumores y las pesquisas de la corte; la condesa Anna Zrinyi ha ido a Csejthe a visitar a su madre. Erzsébet tenía cinco jóvenes sirvientas en el castillo, preparaba un baño de sangre y bálsamos secretos para el solsticio de invierno. Cuando llegó su hija, ordenó a Dorkó que las encerrara en alguna de las habitaciones. Dorkó las ha dejado morir de hambre, pero temerosa de la furia de su ama, obliga a Kata a que las meta debajo de la cama y finja llevarles comida. Cuando

Anna Zrinyi y Erzsébet Báthory parten a Sárvár, Dorkó le dice a Kata que levante el suelo del cuarto y entierre ahí a las muchachas. La lavandera no se atreve a hacerlo, los cuerpos siguen debajo de la cama y el fétido olor de los cadáveres descompuestos comienza a propagarse por todo el castillo e incluso fuera de éste, lo cual alimenta los rumores de los aldeanos. Al enterarse la condesa, desata su ira en contra de la hija mayor de Kata, una joven de 16 años y cara redonda, a quien golpea cruelmente durante largo tiempo. La niña se ha desmayado desde los primeros golpes, pero su madre padece el sufrimiento que la pobre infeliz ya no siente. La furia de Erzsébet es tal, que ordena que la levanten aun después de muerta y la sigue golpeando. Ya está anocheciendo. Ocho jóvenes más han muerto en esta semana, y la ansiedad no deja de atormentar a la condesa. Ficzkó es el encargado de llevar los cadáveres a los campos de trigo para enterrarlos; es ahí donde un aldeano lo ha visto acariciando lascivamente los mutilados cuerpos, masturbándose y eyaculando sobre ellos, embarrando el semen en los restos.

En la corte de Viena, en las posadas y las tabernas de Hungría, se cuentan historias acerca de la alimaña de Csejthe, a quien la sangre humana y los cuerpos abiertos fascinan y de cuyos castillos sale un fétido olor a cadáveres podridos. Se cuenta también que come los órganos de sus víctimas en ceremonias nocturnas, como ofrenda al diablo. Otros más afirman haber visto a la pálida condesa en medio del bosque, rodeada por lobos que no la atacan, mientras ella se desprende los brazos y piernas y se va transformando hasta convertirse en un enorme perro negro, prueba evidente de su alianza con el diablo.

La ruina se precipita sobre Erzsébet Báthory. Esta vez ha ido demasiado lejos, no ha asesinado a insignificantes hijas de siervos; ha tocado el cuerpo y los intereses de la alta nobleza.

XLVI

Han pasado demasiados inviernos desde que partí de Csejthe y regresé a él. Seguirán pasando los inviernos y ¿acaso hallaré la forma de detener el tiempo? ¿O seguirá marcándose en mi piel y no se detendrá hasta el día de mi muerte? Cuándo dejarás de burlarte de mí, cuando encontraré el modo de satisfacerte para que vengas a mí y sacies el hambre de mi alma. Cuándo podré atraparte y asesinarte. Cada intento nuevo de poseerte es el padre de una desilusión. Ni la sangre que alimenta las almas de mis siervas, ni el resplandor de su belleza, ni el placer de poseer esos cuerpos de lluvia han servido para mitigar tu sed, eres inexorable. Cada vez que las poseo me haces saber que no poseo nada.

Por qué si la sangre es vida no renace en piel. Por qué si el placer reverbera en mi cuerpo, en mis venas, en mis huesos; por qué se esfuma como la niebla del bosque cuando quiero aprehenderlo. Por qué, por mas esfuerzos que haga, al día sigue la noche. Por qué no puedo permanecer en mi noche eterna sin que las acacias, las lilas o los tulipanes se marchiten. Por qué después del amor hay esto, la nada, el hastío y el tiempo.

XLVII

Navidad de 1610. En Presburgo habría una sesión del parlamento con el rey Mattías. Todos los palatinos de las provincias, los nobles y los altos

dignatarios estaban convocados. Csejthe se hallaba en el camino que va del noroeste de Hungría a Presburgo, así que ilustres miembros de la nobleza pidieron a Erzsébet los hospedara en el antiguo castillo de los emperadores durante las fiestas de Navidad, en su camino al Parlamento. El palatino Thurzó se separó de su joven esposa, no sin gran pesar, para asistir a la celebración a la cual también asistirían Megyéry el Rojo, quien había ido a Sárvár a dejar a Pál Nádasdy; y el mismo rey Mattías II.

Que el parlamento se reuniera después de Navidad no le importaba a Erzsébet, sin embargo se sentía amenazada por aquellos tres invitados, así que decidió llenar las mesas y los salones de baile, hacer una fiesta refulgente. Envió invitaciones a todos los castillos de los alrededores.

Su obsesión en esos momentos era rejuvenecer su piel, recuperar su belleza; agotar los baños de sangre y eliminar a quienes se le opusieran sin importar su linaje. Quería acabar con todo, incluso con Csejthe, planeaba quemarlo a su partida.

Caía la nieve y el viento era helado. Erzsébet, deslumbrante, con la piel más clara que los copos que caían sobre las oscuras ropas, y cubierta de rutilantes joyas, recibía impasible a sus invitados.

Sabía que el solsticio de invierno era propicio para negros conjuros, pues era el tiempo en que Satanás escuchaba a sus adoradoras y les concedía favores. La noche anterior a la celebración, en uno de los pequeños cuartos subterráneos, el fuego iluminaba la artesa y la tina de bronce llena con agua del río. Abrigada por el calor del fuego y la complicidad de la noche, Erzsébet fue despojada de ropas y pieles. Ese menudo cuerpo entró lentamente a la tina y se acomodó en ella. Majorova pronunciando palabras incomprensibles, en un dialecto antiguo, humedeció las belladonas secas, y pasó ese ramo viejo sobre el cuerpo palpitante de Erzsébet excitada, después lo dejó caer en el agua, cogió entonces de esa hierba con forma humana que tanto era temida, y preciada aun más que el oro, lo mandrágora. Repitió la operación. La voluptuosidad se había apoderado de la condesa, en su rostro mortecino se dibujaban pavorosas las llamas del pequeño fuego. La belladona era una planta jugosa y parda, que utilizaban las curanderas para dormir a las mujeres con dolores de parto; y

los médicos para practicar amputaciones a campesinos o soldados heridos. La mandrágora embriagaba a aquellos que la olían. Vertieron sobre la artesa la mitad de esa agua, la otra mitad debía devolverse, sin derramar una gota, al río.

En la artesa con el agua de Erzsébet, se preparó una masa mientras las dos mujeres, Majorova y ella misma, emitían un conjuro en el que mencionaban tres nombres. En la masa del pastel de Noche Buena, se acumulaban los maleficios contra el rey Mattías, contra el Palatino Thurzó y contra Emerich Megyéry. Contra todos aquellos que pudieran perjudicar a Erzsébet Báthory.

El camino a Csejthe era el halo de un duende que invade la noche. La nieve que levantan los trineos, los cascabeles y el ruido de cascos sobre el pavimento del sendero que subía al castillo anunciaban la algarabía de Noche Buena. Ya al pie de la escarpada montaña en que se halla Csejthe se oían las canciones húngaras, cuyas notas reverberaban en el espíritu del bosque helado. Las luces en lo alto centelleaban como vilas en vuelo.

El patio estaba lleno de trineos y de tiros de caballos. El rey Mattías, Megyéry el Rojo y el palatino Thurzó se habían unido a la fiesta, que según la costumbre debía durar tres días. Para los ojos humanos Csejthe era un mundo ambarino, con algunos destellos azules y naranjas que provenían de las chimeneas. Un enjambre de criados atisbaba la leña.

La luz de las antorchas y las velas retocaba los colores del terciopelo y la lana, más oscura o más parda que en el día. Las joyas y los objetos refulgían con más fuerza bajo ese ambiente invernal que abrigaba al castillo. La orquesta tocaba sin interrupción. El ruido de copas, las risas, la gente que hablaba tan alto, que iba y venía, calentaban las gélidas estancias de piedra, figuraban una corte fantasma en un castillo perdido.

Nívea, con los labios cubiertos de sangre o cereza, Erzsébet Báthory presidía los banquetes. Una banda ceñida a la frente era la señal de su viudedad en esa celebración familiar, pues ella era la anfitriona en ausencia de Ferencz Nádasdy.

La condesa miraba a lo lejos, muy lejos, como si pretendiera encontrar lo inasible. Ya no temía a nadie, conocía sus privilegios y estaba decidida a defenderlos. Sin embargo la amenaza rondaba a su mesa. Se preguntaba quién osaría levantarse primero contra ella, ¿Thurzó, el hombre que traicionó su pasión por una pusilánime razón política? ¿Megyéry, el hombre obtuso, incapaz de comprender aquellas razones que escapan a la razón? ¿El mismo rey, Mattías el católico, el que causó perjurio en contra de su propio hermano? Sonrió y lo miró de frente cuando cada uno vació de su copa un poco de vino a la otra; ritual necio para cerciorarse de que aquel quien servía no pretendía envenenar a su convidado. Bebió y lamío el vino que quedó en sus labios. Mattías hizo lo mismo, seguro por la seguridad de Erzsébet al mezclarlo y beberlo. Ella miraba al rey a la cara y ya en el destello de sus ojos estaba la imagen de su cuerpo desnudo la noche anterior, el olor de los filtros mortales y los maleficios que había proferido. Esperaba que llevaran el pastel envenenado. Las voces de los comensales eran ruidos extraños, en su mente sonaban las oraciones de los funerales del rey.

El pastel era suculento a la vista de cualquier humano. Delicioso para la gula del rey. Los criados lo colocaron, por órdenes de Erzsébet, ante sus enemigos. Los invitados, fieras atragantándose de un manjar, cayeron enfermos. Pero Mattías, Megyéry y Thurzó no lo probaron. Erzsébet observó imperturbable su derrota. Otro plato con fuertes venenos, un poco de pescado seco pudo salvarla, pero estaba hastiada, había demasiados testigos. Decidió renunciar a otro intento.

XLVIII

El rodeo a Presburgo no era fortuito, yo lo sabía y sólo esperaba el momento de enfrentarme a mis enemigos. Fue justo el día de Navidad que Thurzó me llamó para tener una audiencia privada. Seguramente lo hizo a solicitud de Mattías; pues la noche anterior su reticencia hacia mí fue la prueba inexorable de que lo perdía. El secretario del palatino, que según las normas debía estar presente como testigo, esperó en la habitación contigua.

Hubiese deseado engarzarme en su cuerpo y ofrecerle aquello que buscaba, el poder más grande, el placer más fuerte, el amor más sublime a

cambio de su silencio. Sellar sus labios me habría permitido olvidar su traición y perdonarlo. Que otro me acusara no importaba, yo sabría hacerle frente. Pero que él lo hiciera, condenaba mi alma a la zozobra. Sin embargo lo saludé protocolariamente, escuché inalterable sus palabras. Mi lacerada alma apenas soportó el contrato humillante que me proponía: aceptarme culpable para que la misericordia del rey atenuara la condena.

- Jamás. Jamás pediré misericordia a los hombres. Yo no he hecho más de lo que mi linaje me permite.

- En esta carta te acusan de haber asesinado a nueve muchachas y haberlas enterrado en la iglesia de Podolié; todas ellas hijas de poderosos zémans.

- Calumnias. Son mis enemigos quienes las han levantado. El rey mismo...

- Basta Erzsébet. No desvaríes más. No provoques la ira de quienes pueden destruirte. Hay demasiadas pruebas. Mucho se habla de ti y de tus crímenes. Dicen que has torturado y asesinado doncellas para bañarte en su sangre... para conservar tu juventud y belleza.

- Es mentira.

- Hay muchos testigos entre tu servidumbre.

- ¿Acaso los ejércitos de Su Majestad no han saqueado aldeas, violado y asesinado mujeres y niños, para defender su fe?

- Entonces aceptas que eres culpable.

- No.

- No la has negado.

- No soy culpable de nada. Me he servido de lo que es mío. La ley húngara lo establece. Las tierras y todo lo que se halla dentro de ellas pertenecen al Señor, incluyendo las almas de los siervos. Siervos, servidumbre, recuerdas el significado de esas palabras. Yo sólo me serví de ellos; tú gozaste de esos servicios, de mi juventud, de mi belleza. Tú las

poseíste. ¿Entiendes Thurzó? Yo no soy muy distinta a ti. Tú has asesinado por algo tan incierto como la Fe.

- No puedo creer lo que escucho. Cómo el valeroso Ferencz pudo casarse con una mujer tan perversa, una criminal.

- No soy una criminal – le respondí, mi corazón sobresaltado era el eco de mi angustia por convencerlo. No me importaba lo que los hombres pensarán de mí; pero tales juicios de Thurzó herían lo más sagrado y mordaz que invade a un ser humano, el amor que yo le profesaba. Debía persuadirlo para sosegar mi alma. -Soy la condesa Erzsébet Báthory.

- Eres responsable de crímenes atroces ante dios y ante las leyes. Y Yo debo hacer que se cumplan. Si no pensara en tu familia, escucharía a mi conciencia y te haría encarcelar en el acto.

- No puedes encarcelarme. Soy Erzsébet Báthory, condesa de Csejthe, viuda del conde Ferencz Nádasdy. Prima del emperador Rudolph II. Prima del príncipe de Transilvania. Dueña de...

- Desvarías.

- He tocado las puertas del placer absoluto. He oteado el manto del amor verdadero...

- Desvarías Erzsébet. Yo me encargaré de que seas condenada. –

El palatino subrepticamente abandonó la sala. Erzsébet continuó su soliloquio como un rezo.

XLIX

El Palatino Thurzó convocó en Presburgo a los miembros de la familia Báthory, con el fin de decidir la estrategia a seguir para que los actos de la condesa no comprometieran aun más el honor de la familia. Estuvieron presentes los yernos de Erzsébet: György Drughet de Homonna, jefe del condado de Zemplin; y Miklós Zrinyi, quien después de que sus perros desenterraran aquél cadáver durante la estancia de su suegra, ya no tenía dudas acerca de la culpabilidad de la condesa.

La decisión que se tomó en esa reunión fue, por iniciativa Thurzó: trasladar en secreto a Erzsébet de Csejthe a Varannó, y dejarla ahí un tiempo; mientras tanto él se encargaría de persuadir al rey de recluir a Erzsébet en un monasterio. De tal forma el escándalo no trascendería más allá de lo que convenía a los intereses de la familia.

Pero durante la primera sesión del Parlamento en Presburgo, Megyéry denunció los aberrantes crímenes de la “Dama de Csejthe”. Lo que más indignó al Parlamento fue la acusación de que la condesa no se conformaba con la sangre de campesinas, sino que también había secuestrado y asesinado a las hijas de gentileshombres húngaros.

Durante tres días el Parlamento trató el asunto. Thurzó se veía comprometido a tomar medidas diferentes a las previstas. Por un lado era su deber hacer justicia, por otro, debía buscar la manera de salvar la reputación de los Nádasdy y de los Báthory.

El palatino no tuvo tiempo suficiente para pensar en medidas que no afectaran a la familia. Llegó desde Viena un mensaje del rey en que le pedía fuera de inmediato a Csejthe para abrir una investigación oficial y castigar a los culpables ahí mismo. Los yernos de la condesa y Thurzó hicieron cuanto pudieron para retrasar el viaje, pero Megyéry insistió en regresar cuanto antes al castillo de Erzsébet, pues esa era la orden del rey. Entraron por sorpresa en el castillo el 29 de diciembre de 1610.

L

Erzsébet volvió a su habitación cuando ya había empezado la aurora. Durante un momento permaneció casi inmóvil frente al espejo, con la mirada ausente. Después sacó su diario y comenzó a escribir:

Sus senos cuelgan flácidos por el efecto de la muerte; tienen un color grisáceo igual que la lengua y los ojos abiertos como platos. El cabello rubio todavía conserva el brillo de la luz en una mañana soleada, y cae sobre su espalda formando una cascada que oculta las llagas producidas durante la tortura.

Su nombre es... era Anna Harcai. No parecía una campesina, sino una princesa perdida en los bosques de Ördög. Era alta, rubia, de ojos tan azules como el cielo en una noche de invierno. Sus manos delicadas,

blanquísimas, semejaban las alas de una gacela herida por una ballesta. Por las noches, en la oscuridad de los pasillos, su figura delgada era el espectro de un ángel. Su cara infantil, su sonrisa perfecta y mis antiguos ropajes la vestían como una verdadera cortesana.

... Su voz, esa voz tocaba al cielo o al infierno, no lo sé. Hacía palpitar mi corazón y sentir un hormiguelo intenso por todo mi cuerpo. Su voz era divina... ¿Anna habrá sido un ángel que le he arrancado al cielo?

... Yo quería conservarla, escuchar su canto todas las mañanas, pero esa voz... esa voz... cuando comenzaba a cantar aquello de “las cerezas rojas que brotan de tu boca me alimentan como el agua...” mi cuerpo vibraba con su garganta, me sentía viva, quería poseerla, devorarme su canto, fusionarme con ella, encontrar el lugar exacto donde salía ese viento etéreo y cálido que acariciaba mi cuerpo. Pronto llegué a su sexo húmedo, tibio, y sentí las vibraciones de su cuerpo y mi cuerpo y le pedí que siguiera cantando. Dorkó e Ilona la sujetaban, su voz comenzó a resquebrajarse... No, no, canta, le susurré, y apretaba sus muslos y succionaba sus senos como si pudiera sacarle los sonidos del cuerpo...

Dorkó entró subrepticamente, interrumpiéndola –Señora, vuestra excelencia el palatino Thurzó quiere verle -. La agitación de Dorkó no inquietó a la condesa. –Dile a Thurzó que en este momento me es imposible recibirlo -. La exaltación de Dorkó aumentó –Señora, usted no comprende, ha ordenado que baje- Alzando la cara de su diario le gritó con voz trémula -¡No puedo hacerlo! ¿No ves acaso que estoy llorando?

Dorkó se sorprendió, era la primera vez que veía a la condesa llorando y con el gesto desencajado.

Los soldados del palatino ya se habían dispersado por el palacio; entraron abruptamente sin importar el linaje de la condesa. En vano la servidumbre intentó detenerlos. No registraron todo el castillo, buscaron directamente en la capilla y en la torre de la muerte, ahí encontraron el cadáver de Anna, boca abajo, con la cabeza recargada en la espalda, atada con cuerdas entre cuatro planchas de metal, y con ocho cuñas clavadas en las piernas a fuerza de mazo. Era la prueba irrefutable que el rey y el palatino buscaban.

LI

En el salón oriental, con el Beg Rojo Megyéry y el mandatario del rey como testigos, frente a la imperturbable Erzsébet pronunció la sentencia: “Que Dios perdone tus crímenes. Señora de Csejthe, te condeno a prisión perpetua en este castillo. Tus criadas serán juzgadas por el tribunal. Encadénenlas”. Ordenó que llevaran a Erzsébet a su habitación y se marchó con su séquito.

El mandatario del rey y Megyéry objetaron la sentencia. Las pruebas que tenían en contra de aquella mujer demostraban la aberración de sus crímenes. Hurgando en la habitación de Erzsébet habían hallado un cuaderno de piel negra en el que estaban registrados de su puño y letra 610 asesinatos. La crueldad con que estaban descritos era inusitada. Exigían un juicio público igual al de sus secuaces. La negación del palatino fue concluyente; no permitiría que la Condesa Báthory fuera juzgada ante un tribunal, la honra de dos distinguidas familias, que valerosamente habían defendido a Hungría, no sería demeritada por las acciones de esa mujer enferma.

LII

Erzsébet ordenó que sacaran el bretzel y cualquier otro espejo que se hallara en su habitación. Tenía el rostro encendido, era una bestia herida, cubierta de rutilantes joyas que tocaba sin mirarlas. Sus ojos estaban perdidos en la inmensidad del bosque.

El pastor Ponikenus acompañado por su acólito subió a darle sus condolencias a la condesa y a proporcionarle consuelo. Apenas entró, Erzsébet le reprochó haberla traicionado. –Pero tu traición será castigada con la muerte. Gábor vendrá por mí para llevarme a Transilvania y todos ustedes, bastardos, rendirán cuentas ante él por haber traicionado a su señora. –Su serenidad podía engañar a cualquiera acerca de su certeza de que tal hecho sucedería, pero ella estaba segura de su suerte; sabía que la condena era ineludible y estaba tan hastiada que la había aceptado.

- Yo no he hablado jamás en contra suya. –Replicó Ponikenus.

- ¿Acaso crees que no sé que interceptaste a Megyéry no bien había llegado a Csejthe para denunciar mis supuestos crímenes? También sé que fuiste tú quien dijo al rey que yo intentaría envenenarlo en el banquete de nochebuena.

- Esas acusaciones son falsas, condesa. – La condesa ríe estentóreamente. – Con qué ligereza olvidas los preceptos de tu religión, mientes con mucha facilidad. –Angustiado el pastor intentó acabar con la conversación. –He traído esto para usted condesa. –Quiso ponerle en las manos un libro de oraciones pero ella lo rechazó. –No me hace falta. Los Dioses para mí no existen. – Con un ademán despidió al pastor. Parecía no importarle qué fuera de aquellos quienes la habían traicionado, el hartazgo había invadido su alma.

El 7 de enero de 1611, Dora Szentes (Dorkó) y Jó Ilona fueron condenadas a muerte. Se les cortaron los dedos de las manos con tenazas al rojo vivo, y después fueron arrojadas vivas a la hoguera. A Ujváry János, Ficzkó, se le sentenció también a muerte, pero al no haber participado directamente en los crímenes, se le concedió la gracia de ser decapitado antes de arrojarlo a la hoguera.

El rey Mattías II no tardó en enviar una carta a Thurzó, en la que le manifestaba su indignación por la excesiva indulgencia al condenar a Erzsébet Báthory. En espera de una nueva orden, dispuso que la condesa quedara incomunicada en su castillo.

El rey envió una nueva carta desde Praga donde ordenaba la ejecución inmediata de Erzsébet. El palatino y los yernos de la prisionera se esforzaban por evitar el escándalo. Thurzó argumentó a favor de la condesa, que había sido esposa de un noble guerrero de gran familia, y que su apellido era uno de los más antiguos de Hungría. Los Báthory habían sido siempre leales a la familia real de los Habsburgo, su nombre debía quedar a salvo.

En febrero Pál Nádasdy escribió al rey pidiendo gracia para su madre. Las súplicas de los condes Miklós Zrinyi y György Drugeth de Homonna (sus yernos), se unieron a las de su hijo. En abril, el rey contestó

desde Praga que debido a la fidelidad de los Nádasdy y las súplicas del Magnífico Pál Nádasdy y de los condes, Erzsébet no sería ejecutada.

En realidad no se le aplicó la condena de muerte a la condesa por la amenaza que su familia podía entonces significar para el rey. Por la misma razón, aunque el Parlamento lo solicitara, no fueron confiscados sus bienes.

La sentencia definitiva fue que Erzsébet quedara emparedada a perpetuidad en su habitación de Csejthe. Sin demora fueron tapiadas todas las ventanas del castillo, frente a su habitación fue levantado un muro que tenía apenas el espacio necesario para pasarle comida. En las cuatro esquinas del palacio se erigieron cuatro cadalsos como señal de que dentro vivía una condenada a muerte.

La condesa no realizó ninguna petición de indulto. Jamás llamó a ninguno de sus hijos ni a sus yernos, ni aceptó ser culpable de los crímenes que se le imputaban. Hasta el último momento defendió los privilegios que poseía sobre sus siervos.

LIII

Recibió la corona de Hungría antes que cualquier otra. Regresó de la península con la indumentaria de un rey en el alma y en los modos. Pero la rigidez y la austeridad que le inculcaron en España no eran bien vistos en la corte que él gobernaría, aunque poco le importaba. Desde pequeño supo que varias coronas, incluyendo la del imperio, le pertenecerían.

La catedral olía a incienso y perfumes orientales. El altar estaba cubierto por telas bordadas en oro y los cirios descansaban sobre candelabros de oro y rubíes. Rudolph había cambiado demasiado, yo no podía reconocer al hombre de gesto adusto vestido de negro, con una gran cruz de zafiros, perlas y amatistas sobre el pecho, que se dirigía al altar, para recibir la corona de manos del clero. Su seguridad era la de un hombre que se sabe dueño de grandes poderes. Su desinterés era el de un hombre que ambiciona más que reinar Hungría.

No lo volví a ver hasta que recibió la corona de Bohemia, en Praga. Esa era la fiesta mayor, el preludio a la corona del imperio que desde niño esperó. Ferencz y yo formábamos parte del séquito del nuevo rey.

Seguíamos su carroza dorada por el puente Carlos, cerca de las ruedas de los molinos, a la catedral de San Guido.

Desde lejos se veían las torres de piedra escalando al cielo, y los monstruos, también de piedra, que resguardaban a dios sobre los muros. La estatua de San Wenceslao, con los ángeles que sujetaban su manto, lo esperaba. Todavía San Guido conserva la puerta de oro, los arcos de mosaicos venecianos y los vitrales que colorearon la luz sobre el rostro largo y ovalado de Rudolph. Su mueca no era la de un hombre satisfecho con su suerte. Los labios caían formando pliegues en esa trémula boca.

- Poseo ya dos coronas y mi reino sigue siendo el mismo.

- A qué se refiere excelencia.

- Mi pequeña Erzsébet. Esa palabra retumba tan falsa en mi alma.

- No lo entiendo.

- Tú me entiendes mejor que cualquiera. Tengo dos coronas y dos títulos pero cargo el mismo cuerpo, al que otros cuidan igual desde que soy niño.

- Es porque tú eres rey desde tu nacimiento.

- Cuando era niño pensaba que mi destino sería grande, diferente al del resto de los hombres. El destino de un rey. Pero mi ser sigue siendo el mismo, ninguna grandeza se ha ceñido a él con los títulos, ningún estremecimiento lo ha recorrido. Ninguna emoción más grande que la que tuvimos cuando en la cacería del siervo atrapamos aquél zorro, ha invadido mi alma. ¿Lo recuerdas? Y ni estremecimiento, ni emoción han logrado brotar en mi ser ahora que gobierno.

- El zorro aquél, claro lo que lo recuerdo majestad.- Rudolph se acercó a mí y acarició suavemente aquel lozano rostro que yo poseía entonces. Si alguien nos hubiera visto, habría imaginado que éramos dos viejos amantes.

- Me hiciste falta en la península.

- Volviste distinto de la península.

- No Erzsébet; soy el mismo. Esta es la apariencia que adopté en la corte de mi tío[♦].

Reímos como dos niños, desde su regreso de España nadie lo había escuchado reír escandalosamente como lo escuchaba yo. Una tiara con cuatro grandes flores de lis tejiendo un corazón de piedras preciosas, coronada por una gran cruz, lo hacía verse más alto. El manto púrpura de la consagración lo hacía lucir más pálido.

- Aun no soy el soberano. Lo seré cuando me convierta en el Cesar germánico. –Decía mientras jugaba en las manos el cetro de oro y el globo.

- Cuando sea el Cesar germánico, deslumbraré a los hombres, seré ungido y consagrado, no por las manos del clero, ese hato de hipócritas que pretende mantener el poder dominándome. Seré consagrado por Dios mismo.- Sus ojos refulgían mientras hablaba.

Fue el Cesar germánico. Fue traicionado por su hermano. Jamás sintió que se estremeciera su ser. Hoy ha muerto mi querido Rudolph.

LIV

Nunca más su mirada se perdió en el bosque. Quedó recluida en la oscuridad de su alma que ni siquiera hacia el final encontró las repuestas a las preguntas que la atormentaron durante su existencia. Apenas un poco de comida le daban al día. Ella, altiva y más nivea que nunca en su fría celda, jamás se quejó. Ni siquiera los guardias encargados de procurarle lo indispensable la vieron más, sólo veían la mano cadavérica que recogía los alimentos. La grandeza de Csejthe se había constreñido en torno a Erzsébet. La sensación de asfixia jamás la abandonó, aun cuando era la Señora del antiguo castillo de los emperadores. Los murciélagos, atraídos por la oscuridad invadieron el castillo. El aroma del pino y de las acacias fue sustituido por el de esos animales nocturnos, que eran el contacto más cercano de Erzsébet con el mundo exterior.

[♦] Rudolph permaneció siete años al lado de su tío Felipe II, rey de España, para garantizar su educación católica ya que sería el emperador romano germánico.

El tiempo no existía más dentro del castillo. Erzsébet apenas adivinaba el verano por el graznido de los pájaros, o el invierno por los murmullos lastimeros del viento que parecía llorarle a ella; y por el dolor cáustico que ponzoñosamente invadía sus huesos.

Murió lentamente sin arrepentirse. No solicitó la gracia de dios, eso habría significado un gesto de arrepentimiento para el rey Mattías, y quizá le habría valido un poco de clemencia, un poco de fuego en la celda durante el invierno, algunos candelabros para que sus ojos continuaran vivos.

Entregó a sus guardias una carta con fecha del 31 de julio de 1614, en ella cambiaba su testamento. Dejaba a su hija Katerine el castillo de Sárvár, como agradecimiento porque su esposo György Drugeth, no dejó de enviarle lo necesario para que no muriera de hambre. El resto de las propiedades seguiría dividido entre sus tres hijos, con devolución a Pál Nádasdy. Dos testigos del rey dieron fe de la validez del testamento, en el que la misma Erzsébet declaró que lo hacía por voluntad propia y con plena lucidez. Sin embargo nadie la vio.

El 21 de agosto de 1614 los celadores, al no recibir respuesta cuando le llevaron los alimentos, abrieron la celda y hallaron un cuerpo pequeño y enjuto postrado sobre el piso. Los sinuosos labios otrora encendidos, habían perdido también el color; las ojeras eran del color de los primeros rayos de la aurora. En la mesa de madera había un manuscrito de letra apenas legible, pero que los hijos de Erzsébet reconocieron como la de su madre.

LV

Conozco del amor tan poco como de las puertas del infierno. Todos me consideran una dama vieja, decrepita; mujer que ha sido esposa y madre y está lista para recibir a la muerte.

Cuando me casé y sentí la protección, el deseo de Ferencz, creí que era amor. Cuando me precipité a los brazos de mi enemigo creí que era amor. Siempre fue igual, cuerpos y olores que se mezclan, manos sobre piel y calor sobre calor. Qué más hay detrás del amor.

Busqué el amor en la belleza de los narcisos silvestres que deshojé en la torre; en la sangre nueva que regó mi piel. Deseé que mi piel fuera el mejor traje para mi alma ávida de amorosas caricias.

Creí que el amor me daría aquello que me faltaba para arrebatarme la inmortalidad a los dioses. Creí que el amor haría que mi alma posara sus pies sobre el manto celeste.

Di caricias suaves y caricias violentas. Di palabras dulces y palabras crueles. Di placer y descubrí que se disfruta igual que su hermano el dolor.

No hay bondad ni maldad; no hay virtud ni defecto; no hay gloria ni vergüenza; no hay pudor ni descaro, no hay misericordia ni crueldad. Hay estas lágrimas que retumban huecas en mi alma vacía.

Conozco tan poco del amor y ya he envejecido.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Amado. *Ensayo sobre la novela histórica*. Gredos. España, 1984, pp. 265
- Baquero, Mariano. *La novela*. Universidad de Murcia. 2ª edición. 1993, pp. 289.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. Porrúa. 8ª edición. México, 1997, págs. 127- 128, 208-215, 480-481.
- Bernal, Sebastià y Lluís Alberto Chillón. *Periodismo informativo de creación*. Editorial Mitre. España, 1985, pp. 232.
- Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. FCE. 2ª edición. México, 1995, pp. 137.
- Bloch, Marc. *La sociedad feudal*. Editorial Hispanoamericana. México, 1979, pp. 356.
- Braudel, fernand. *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*. Tomo I. FCE. 2ª edición. México, 1997, pp. 858.
- Caro Baroja, Julio. *Las brujas y su mundo*. Barcelona, 1989, pp 247.
- Castro García, Oscar; Consuelo Posada Giraldo. *Manual de teoría literaria*. Universidad de Colombia. Colombio, 1997, págs. 47- 89.
- Codrescu, Andrei. *La Condesa Sangrienta*. Atlántida. Buenos Aires, 1996, pp. 356 .
- Collingwood, R. G. *La idea de la historia*. FCE. 2ª edición. México, 1996, pp. 342.
- Dallal, Alberto. *Lenguajes periodísticos*. UNAM, México, 1989, pp. 108.
- Dallal, Alberto. *Periodismo y Literatura*. Gernika. 2ª edición. México, 1992, pp. 223.
- Dilthey, Wilhelm. *Hombre y mundo en los siglos XVI y XVII*. FCE. México, 1944, pp. 503.
- Eagleton, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*. FCE. 2ª edición. México, 1998, pp. 289.
- Evans, Joan, Director. *Historia de las civilizaciones: La baja Edad Media*. Tomo 6. Alianza editorial. México, 1989, pp. 460.

- Ferdinandy, De Miguel. *Historia de Hungría: un pueblo entre oriente y occidente*. Alianza editorial. Madrid, 1967, pp. 358.
- Forster, Edward Morgan. *Aspectos de la novela*. Debate Editorial. 5ª edición. Madrid, 2000, pp. 172.
- García Cantú, Gastón. *Textos de historia universal de fines de la Edad Media al siglo XX*. UNAM. México, 1971, pp. 335.
- García Márquez, Gabriel. *Texto leído en la Asamblea General de la Sociedad Interamericana de Prensa el 7 de octubre de 1996*, pp. 7
- Hale, John R. *El Renacimiento*. Time Life. México, 1975, pp. 192.
- Hay, Denis, Compilador. *La época del Renacimiento*. Alianza editorial. Madrid, 1989, pp. 536.
- Iñigo, Alejandro. *Periodismo literario*. Gernika. 2ª edición. México, 1988, pp. 140.
- Kornigsberger, H. G. y George L. Mosse. *Historia general de Europa: Europa en el siglo XVI*. Aguilar. España, 1974, pp. 291.
- Le Goff, Jacques. *Historia Universal Siglo XX: La baja Edad Media*. Vol. II. Siglo XXI. 21ª edición. España, 1995, pp. 336.
- Lukács, Georg. *La novela histórica*. Edotirial Era. México 1966. 451 pp.
- Martín Vivaldi, Gonzalo. *Teoría y práctica de la composición y el estilo*. Paraninfo. 26ª edición. España, 1997, pp. 491.
- Mousnier, Roland. *Historia general de las civilizaciones: Los siglos XVI y XVII*. Vol 99. España, 1981, págs. 712-905.
- Parker, Geoffrey. *Historia de Europa: Europa en crisis 1598-1648*. Siglo XXI. 2ª edición. España, 1981, pp. 496.
- Pennington, D. H. *Europa en el siglo XVII*. Aguilar. Madrid, 1973. 533 pp.
- Penrose, Valentine. *La Condesa Sangrienta*. Siruela. 2ª edición. Madrid, 1987, pp. 266.
- Pirenne, Henri. *Las ciudades de la Edad Media*. Alianza editorial. Madrid, 1992, pp. 166.
- Romero Álvarez, María de Lourdes. “Deslinde entre relato literario y el periodístico”, en *Horizontes de comunicación y cultura*. Coordinadora Cecilia Thompson. Ediciones taller abierto y Universidad Intercontinental. México, 2003, págs. 177-192.

- Romero Álvarez, María de Lourdes. “El futuro del periodismo en el mundo globalizado. Tendencias actuales”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 171, Año XLIII, Enero – Marzo. México. UNAM. 1998, págs. 157 – 171.
- Romero Álvarez, María de Lourdes. “El relato periodístico como acto de habla”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Núm. 165, México, UNAM. Junio – Septiembre de 1996, págs. 9-27.
- Romero Álvarez, María de Lourdes. “Literatura y periodismo en el presente”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*. Nueva época. Vol. III, núms 1 y 2, 1998, págs. 149-164.
- Skazkin, S. D., et. al. *La Segunda servidumbre en la Europa central y oriental*. Akal Universitaria. Madrid, 1980, pp. 235.
- Viñuales, Julián, Director. *La búsqueda de la inmortalidad*. TIME LIFE. 1993, pp. 128.
- Viñuales, Julián, Director. *Brujas y brujería*. TIME LIFE. 1993, 127 pp.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- Abrahamsen, David. *La mente asesina*. FCE. México, 1993, 268 pp.
- Conradi, Peter. *La otra cara del diablo*. Atlántida. Buenos Aires, 1993, pp. 300.
- Dauxois, Jacqueline. *El Emperador de los alquimistas: Rodolfo II de Habsburgo*. Vergara. Buenos Aires, 1998, pp. 319.
- De Quincey, Thomas. *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*. Alianza. Madrid, 1997, pp. 120.
- Foucault, Michel. *Yo Pierre Rivière*. Tusquets Editores. Barcelona, 2001, pp. 220.
- Huidobro, Vicente. *Gilles de Raiz*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1995, pp. 105.
- O' Brien, Kate. *Esa Dama*. Edhasa. Barcelona, 1986, pp. 346.
- Palacios, Jesús. *Psycho Killers Anatomía del asesino en serie*. Ediciones Temas de Hoy. Madrid, 1998, pp. 278.
- Savigneau, Josyane. *Marguerite Yourcenar: la invención de una vida*. Alfaguara. Madrid, 1991, pp. 574.
- Viñuales, Julián, Director. *Metamorfosis*. TIME LIFE. México, 1989, pp.128.
- Warnock, Mary. *La imaginación*. FCE. México, 1993, pp. 362.
- Yourcenar, Marguerite. *Opus Nigrum*. Alfaguara. 2ª edición. México, 1997. pp, 380.

PÁGINAS WEB

www.tuobra.unam.mx/publicadas

www.udem.edu.mx/historia

www.usuarios.lycos.es/maupassant/Estilo.htm

www.sou.edu/language/hunter/

www.artesbr.hpg.ig.com.br/Educacao